
HARLEQUIN
Jazmín Top
TANYA MICHAELS

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2010 Tanya Michaels. Todos los derechos reservados.

DECISIÓN DE AMOR, N.º 12 - diciembre 2012

Título original: The Best Man in Texas

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-1236-9

Editor responsable: Luis Pugni

ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

BROOKE Nichols había crecido en una familia en la que los anuncios aleatorios y las declaraciones dramáticas eran un modo de vida.

–Chicas, vuestra madre me ha echado de casa otra vez.

–¿Qué os parecería saltaros hoy las clases para ir al acuario?

–¡Mamá, papá, Brooke, mirad! ¡Me he rapado al cero!

En contraste con las coloridas noticias de sus padres y de Meg, su hermana mayor, Brooke siempre anunciaba éxitos académicos, como la beca de periodismo en la Universidad de Texas o sus ascensos en el trabajo. Actualmente escribía para la sección de estilo y sociedad del *Katy Chronicle.* Ninguna de sus declaraciones pillaba nunca a nadie por sorpresa. Pero aquella noche Brooke tenía que compartir algo que le cambiaría la vida y que era inesperado.

Al menos, ella no lo esperaba, pensó acercándose a la puerta de entrada de la última casa que habían alquilado sus padres. Apenas había puesto el pie en el porche cuando su madre salió de casa.

–¡Aquí está la niña del cumpleaños! –exclamó Didi Nichols con entusiasmo.

La delgada mujer de cabello largo y rubio como el trigo estaba descalza y llevaba un vestido baby-doll. Su único maquillaje era un poco de brillo rosa en los labios. Cuando la gente veía a Didi con Meg pensaban que madre e hija eran hermanas. Cuando veían a Didi con Brooke, que tenía más curvas y el pelo oscuro, no establecían ninguna relación entre ellas.

–Vamos, vamos, entra. Hace mucho calor.

Aunque estaban solo a mediados de mayo y los meses de verano todavía no habían llegado, las temperaturas en el sur de Texas habían estado subiendo durante toda la semana.

Dentro de la casa, el aire acondicionado salía por los conductos de ventilación del techo provocando que la pancarta amarilla y morada de cumpleaños se agitara encima de ellas.

Brooke se rio entre dientes ante aquel detalle infantil para celebrar su treinta cumpleaños.

Didi siguió la dirección de la mirada de su hija y sonrió.

–Ya me conoces, nunca tiro nada. Esa pancarta vieja probablemente sea de las fiestas sorpresa de cumpleaños de Meg.

De pequeña, Brooke les hacía jurar a sus padres que no la sorprenderían con una fiesta, pero a Meg le encantaba lo inesperado y todos los años dejaba caer que le encantaría que le prepararan una fiesta sorpresa. Lo que irónicamente provocaba que nunca fuera una sorpresa.

–Tu hermana siente mucho no poder venir –dijo Didi–. Con el curso ese al que asiste durante el día ha vuelto a servir mesas de noche, y los sábados es cuando más gente hay.

Tras apuntarse a clases de cosmética y dejarlo, así como el curso de chef de postres, Meg estaba ahora preparándose para ser detective privado.

Brooke asintió.

–A Giff también le gustaría estar aquí, pero ha tenido que irse a San Francisco esta misma mañana –Brooke jugueteó distraídamente con el solitario de diamante que tenía en el dedo.

Aunque Giff Baker y ella nunca habían hablado de compromiso hasta la noche anterior, se las había arreglado para comprarle un anillo que le iba a la perfección. Algo muy propio de él.

Didi se mordió el labio.

–Tal vez habría estado mejor celebrarlo en otro momento.

No va a ser una gran fiesta solo con papá y conmigo, ¿verdad? ¿Te acuerdas del desmadre que se montó cuando cumplí los cincuenta?

–Sí, aquello fue inolvidable –Brooke hizo un esfuerzo por no estremecerse al recordar el caos.

Cuando un agente de policía se presentó con una queja por ruido, uno de los amigos de espíritu libre de Didi le había deslumbrado con una linterna en gesto de buena voluntad.

–Créeme, me parece bien que estemos solo los tres. Además, tengo algo que deciros a papá y a ti.

Didi entornó los ojos con preocupación. Estaba claro que no se había fijado en el anillo de compromiso.

–Eso suena muy serio, cariño.

Mucho. Serio para el resto de su vida.

Brooke había pasado años organizando cómo quería que fuera su futuro, qué clase de familia crearía. Sus hijos disfrutarían de una vida confortable y estable. Giff era un hombre inteligente y confiable y, además, guapo como un actor de cine. Podía darle todo lo que siempre había querido.

Una sonrisa se le asomó a los labios al imaginar sus sueños largamente acariciados hacerse realidad.

–No te preocupes, mamá, se trata de…

Pero su madre ya estaba entrando en la cocina.

–¡Everett! ¡Ven, cariño! Brooke tiene algo que contarnos.

Un instante más tarde, Everett Nichols entró en la habitación con el delantal puesto.

Pasó por delante de su mujer para abrazar a su hija.

–Espero que tengas hambre, cariño. Estoy preparando algo nuevo

por tu cumpleaños.

Los padres de Brooke se habían conocido en Las Vegas, donde Didi era crupier y Everett trataba de subir de nivel en la cocina de un hotel a pesar de su falta de preparación académica. Era un brillante chef en potencia que incurría en fallos desastrosos porque siempre quería experimentar con los sabores. Cuando criticó al chef principal por tener un gusto «demasiado predecible» se quedó sin trabajo. Everett fue entonces al casino más cercano a ahogar las penas. Según la leyenda familiar, su mirada se cruzó con la de Didi y setenta y dos horas después se casaron.

A sus amigas del instituto y de la universidad les encantaba aquella historia de pasión y romanticismo. Pero claro, ninguno de ellas había vivido el posterior matrimonio de sus padres, que estaba marcado por las discusiones apasionadas. Y las reconciliaciones.

Y las decisiones espontáneas como invertir todo el dinero en un restaurante familiar que no duró ni tres meses, o trasladarse de pronto a Colorado cuando Brooke estaba todavía en el colegio y luego a Texas en mitad de octavo curso.

Brooke estiró los hombros como si se hubiera sacudido un peso de encima. Cuando Giff le pidió la noche anterior que se casara con él, había experimentado una ligera punzada de duda. No llevaban mucho tiempo saliendo, desde la noche en que les presentaron en la fiesta del Día de San Patricio. Y aunque admiraba su brillantez como consultor técnico, su ética en el trabajo y la devoción que sentía por su madre, que se estaba recuperando de un cáncer de mama, Brooke se había preguntado en más de una ocasión si no debería sentir algo más.

Ahora, al mirar a sus impetuosos padres y pensar en lo distinto que sería su matrimonio con Giff del suyo, supo sin lugar a dudas que había hecho lo correcto al aceptar su proposición.

–Brooke, ¿va todo bien? –preguntó Everett al ver cómo su mujer se retorcía nerviosamente las manos.

–No podría ir mejor –sonrió y alzó la mano izquierda–. ¡Papá, mamá, voy a casarme!

CAPÍTULO 2

SE ESCUCHÓ un repentino pitido en el asiento del copiloto. Alguien debía de haber dejado un mensaje de voz. Conduciendo con una mano, Jake McBride mantuvo la mirada clavada en al autopista mientras rebuscaba entre mapas, CDs y la bolsa de papel arrugada en la que estaba lo que había comido hacía unas pocas horas. El estómago le rugió. Bueno, tal vez habían pasado algo más que unas cuantas horas.

Finalmente encontró el teléfono. Había pasado buena parte del día conduciendo por una zona rural donde no había demasiada cobertura, así que no le extrañaba no haber recibido en su momento la llamada. Sin mirar la pantalla para no sufrir un accidente, se llevó el teléfono a la oreja y marcó varias teclas hasta que la grabación de una voz femenina le dijo que tenía dos mensajes nuevos de voz.

El primero de ellos era de Hoskins. Ben Hoskins, la última incorporación al departamento de bomberos, no tenía mucha experiencia pero aprendía rápido y era un tipo muy afable.

–No sé si llegarás muy tarde, pero esta noche tenemos una urgencia en el bar de Buck. Nos vendría bien contar con tu experiencia.

Jake sacudió la cabeza y se rio entre dientes ante la invitación del novato para tomar una cerveza con los chicos. En el bar de Buck servían la mejor hamburguesa con chile jalapeño del estado. Pero tras cuatro días fuera de la ciudad, Jake necesitaba darse una ducha, deshacer la maleta y dormir una noche entera en su cama, así que tal vez no iría.

Tras varios años en el ejército, la idea de tener su propia cama y una dirección permanente le suponía todavía una novedad. Tras regresar a Estados Unidos y recibir el alta con honores, Jake se había comprado una casa en las afueras de Katy, que estaba a una media hora del lugar donde se había criado en Houston. Su casa era pequeña y muy cómoda, pero cuando regresaba de aquellos viajes y cruzaba la puerta de entrada nunca experimentaba la sensación de alivio y de hogar de la que hablaban sus compañeros de batallón.

Se podría argumentar que su paso por el ejército y la sucesión de misiones y estancias temporales habían contribuido a su tendencia a la movilidad, pero lo cierto era que siempre había sido inquieto. Cuando era pequeño su madre siempre le rogaba que se estuviera quieto o se callara, sobre todo si su padre estaba durmiendo la mona de su última borrachera.

Jake dejó a un lado los recuerdos de sus padres, presionó una tecla y escuchó el segundo mensaje.

– Hola.

La voz de Giff, tan familiar como la de un hermano, le provocó una punzada de culpabilidad. ¿Cuánto tiempo hacía que no quedaban para jugar al tenis o para comer unos tacos en el restaurante mexicano favorito de Jake?

–Sé que este fin de semana estás fuera en una de tus excursiones, de hecho yo estoy fuera también, en la Costa Oeste, echando una mano en el desarrollo de un producto, pero vuelvo el miércoles. ¿Estás libre para cenar esa noche? Tengo una noticia que darte en persona. No es nada malo –se apresuró a añadir Giff–. Todo lo contrario. Llámame mañana si puedes.

Intrigado, Jake dejó otra vez el móvil en el asiento del copiloto. Agradecía que le hubiera dicho que no pasaba nada malo, porque lo primero que pensó fue en Grace Baker.

La madre de Giff había librado una durísima batalla contra el cáncer de mama durante el último viaje de Jake. Si su amigo tenía algo que celebrar, eso podría ayudar a restablecer la fe de Jake en el universo. Había visto cómo la tragedia asolaba a gente buena, a gente joven.

Cuando era niño, hijo de un expolicía discapacitado y amargado que anteponía cada vez más la bebida a su mujer y a su hijo, Jake había aceptado de forma fatalista que su vida era un horror, pero creía en una especie de equilibrio cósmico. Seguro que la gente que nacía en mejores barrios y en familias sobrias no tenía preocupaciones. Entonces, cuando estaba en cuarto de primaria, conoció un día de primavera a Giff Baker, el hijo único de unos padres ricos y cariñosos. Estaba a punto de recibir una paliza en el campo de atrás del colegio. Cuando estaban en el instituto Giff medía un metro ochenta y dos y se pasaba las mañanas haciendo pesas. Pero ese no era el caso en cuarto. Tres matones le tenían acorralado. Ya había recibido un golpe en la cara cuando Jake llegó a lo alto de la colina.

Jake no conocía personalmente a Giff, pero sabía quién era. A todas las clases se les había pedido que escribieran una nota de agradecimiento al señor Baker porque su empresa había donado el aparato de aire acondicionado del gimnasio. No fue el afecto lo que llevó a Jake a defender al otro niño, sino una abrumadora sensación de injusticia. Si a la gente como Giff Baker también le pasaban cosas malas, ¿qué esperanza tenían los demás?

En las semanas siguientes al espontáneo rescate, los niños se convirtieron en los mejores amigos. En el equipo de fútbol americano del instituto Jake le cubría las espaldas, protegiéndose si era necesario. Compartieron habitación un año en la Universidad de Texas hasta que Giff se tomó un semestre libre cuando su padre murió. Jake

nunca tuvo la valentía de preguntárselo, pero no podía evitar preguntarse si Giff no lamentaría que hubiera sido su padre, un filántropo que adoraba a su familia, en lugar de, por ejemplo, un alcohólico amargado cuya mujer lloraba todas las noches y cuyo hijo pasaba en casa el menor tiempo posible.

«No es nada malo, todo lo contrario», le había dicho esta vez.

Entonces era algo bueno. Aunque no supiera de qué se trataba, ya se alegraba por su amigo. Nadie se lo merecía más que Giff Baker.

–De acuerdo, ahora que se ha ido… –comenzó a decir Meg Nichols en tono conspirador.

Brooke parpadeó.

–¿Quién? ¿Kresley?

Su amiga y editora, Kresley Flynn, acababa de excusarse para ir al cuarto de baño.

Algo que hacía cada vez con más frecuencia a medida que su embarazo avanzaba.

–Sí –Meg se sentó momentáneamente en la silla de Kresley para que Brooke pudiera oírla mejor por encima de la banda de música que estaba tocando en la sala de al lado.

El bar de Buck era sobre todo un restaurante, pero al lado había una pequeña habitación con dardos, billar y una pista de baile minúscula.

–No quería decir nada delante de ella para no parecer insolidaria. Ya sabes, el apoyo familiar y todo eso. Pero tengo que preguntártelo. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿Del compromiso?

–¿Que si estoy segura? –repitió Brooke asombrada.

El lema de su hermana mayor era saltar primero y mirar… a la larga. Si es que le apetecía. Era la última persona que Brooke hubiera esperado que cuestionara su decisión.

Tal vez prometerse tras solo dos meses saliendo pudiera parecer precipitado a los demás, pero dos meses eran prácticamente una década en la familia Nichols.

–¿Por qué no iba a estarlo?

–Bueno –Meg sonrió vacilante y sus grandes ojos marrones adquirieron una expresión compasiva–. Admito que Giff es muy guapo. Eso es innegable. Pero, ¿no te parece a veces un poco aburrido?

Brooke soltó una carcajada. ¿Así que esa era la mayor preocupación de Meg?

–Meg, el último chico con el que saliste durante más de una semana tragaba sables y hacía malabarismos con fuego en la feria medieval. Cualquiera te parecería aburrido al lado de eso. Giff no es

aburrido, es alguien en quien se puede confiar.

Meg arrugó la nariz, lo que hizo que pareciera que tenía veinte años en lugar de treinta y cinco.

–Eso es un sinónimo de predecible.

Ojalá fuera así. A su pesar, Brooke se había enamorado una vez de un chico totalmente inadecuado, un compañero escritor que había conocido en Austin durante sus años universitarios. Aquel año turbulento de rupturas y reconciliaciones con el guapo y taciturno poeta había reforzado su creencia de que no necesitaba más estereotipos artísticos ni espontáneos en su vida. Ahora tenía a un guapísimo hombre de negocios que siempre llamaba cuando decía que iba a hacerlo y que nunca se olvidaría de su cumpleaños. Nada podría hacerla más feliz.

–No me confundas contigo –le dijo a su hermana–. A mí no me gustan las sorpresas.

Meg suspiró y se apartó el rubio cabello del hombro.

–De acuerdo, pero al menos dime que lo celebrasteis con una noche loca de…

–¿Qué me he perdido? –preguntó Kresley regresando a la mesa y esperando pacientemente a que Meg volviera a su propia silla.

Kresley estaba adorable con su camisola premamá y el pelo rubio sedoso como de anuncio de champú que ella achacaba a las vitaminas prenatales.

–Justo a tiempo –dijo Meg con tono travieso–. Estaba a punto de entrar en los detalles sucios de la vida sexual de Brooke. Quiero decir, ahora que estás prometida, supongo que al fin…

–Meg, va a ser el padre de mis hijos. Tu cuñado. Esto no es una aventura sórdida de una noche.

–No lo rechaces hasta que lo hayas probado –bromeó Meg.

Meg no era tímida con los detalles. Cuando tenía poco más de veinte años traumatizó a su hermana con sus explícitas descripciones de primera mano sobre qué posturas proporcionaban los mejores orgasmos. Brooke, que entonces tenía dieciséis años, había tardado una semana en sacarse aquellas imágenes de la cabeza.

Brooke resistió la tentación de señalar que precipitarse en la cama nunca le había traído a Meg nada duradero ni serio. Pero no tenía por qué juzgarla; después de todo, su hermana nunca había buscado nada permanente en ese sentido.

Pero la pasión no lo era todo. Brooke había compartido una física increíble con el poeta y, sin embargo, la relación había sido un fracaso. Cuando rompieron definitivamente, se quedó tan devastada

que estuvo a punto de perder la beca.

Al parecer, Kresley tampoco entendía la inclinación de Brooke a tomárselo con calma, a anteponer el lazo emocional al sexo. Alzó las cejas en expresión de asombro.

–Entonces, ¿vosotros todavía no…?

–No es que sea asunto vuestro –señaló Brooke–, pero hemos decidido que es más romántico esperar a la noche de bodas.

Meg bufó.

–Al menos ahora entiendo la prisa por casarse este verano.

Cuando Giff regresara aquella semana de California buscarían sitio y fechas para la boda. Pero estaban de acuerdo en que julio o agosto les venía bien a los dos. Él ya tenía viajes previstos para septiembre y, como él decía, ya que habían encontrado a la persona con la que querían pasar el resto de su vida, ¿qué sentido tenía esperar? Además, querían estar al menos un año solos antes de tener hijos. El riesgo de complicaciones en el embarazo aumentaba significativamente a partir de los treinta y cinco años, y no todo el mundo tenía la suerte de concebir tan rápidamente como Kresley y su marido, Dane.

Brooke miró pensativa a Kresley. La editora era una de esas antiguas animadoras rubia de ojos azules que había sido guapa toda su vida, pero en opinión de Brooke nunca había estado tan bella como ahora con el embarazo. Por supuesto, Brooke podía no ser imparcial porque ella había querido toda su vida ser madre. Cada vez que se sentía avergonzada o impactada de adolescente se decía que ella haría las cosas de otra manera con sus hijos. Esos hijos imaginarios habían ido tomando forma en su vívida imaginación.

Quería ser ridículamente casera, cocinarles espaguetis y carne en lugar de pedirles que probaran las brownies de wasabi. Quería ayudarles con los deberes y coser disfraces ridículos para las funciones del colegio. Lo cierto era que nunca había cocinado carne ni tenía máquina de coser, pero eso eran tecnicismos menores.

Kresley interrumpió los planes que tenía para su futura familia.

–Al menos me alegro de que hayas pensado en julio para la boda. Seré una testigo de boda embarazada, pero si fuera en septiembre tendrían que llevarme rodando al altar.

Brooke se echó a reír.

–No estás tan gorda. Además, tendrías que estar contenta de haber ganado peso.

Durante el primer trimestre, Kresley se encontraba fatal y no era capaz de comer ni de tomar líquidos. Había perdido varios kilos.

–Me alegro de haber recuperado el apetito –reconoció con una

sonrisa mirando el plato vacío de Brooke. Tras devorar su ensalada había terminado con los tacos de Brooke.

–Hablando de comida –Meg se puso de pie–, debería darme una vuelta para ver si alguien necesita que le eche una mano.

Cuando las tres mujeres quedaron para celebrar la noticia de Brooke y hablar de los planes de boda mientras cenaban, Meg no tenía trabajo ese lunes. Pero una de sus compañeras se había puesto enferma y Buck les prometió comida gratis a las tres si Meg estaba de guardia para ayudar si fuera necesario. Brooke tenía que admitir que su hermana era una camarera muy popular. A pesar de lo poco que había trabajado aquella noche, había conseguido buenas propinas.

Cuando Meg se fue a hacer la ronda, Kresley sonrió con malicia.

–Es muy valiente por tu parte pedirle a tu hermana que sea tu dama de honor. ¿No te preocupa que te organice una despedida de soltera tan alocada que se vaya de las manos y alguien llame a la policía?

Era una preocupación legítima. En teoría, cuanto antes se casaran menos tiempo tendría Meg para planear algo salvaje. Pero lo cierto era que su hermana no planeaba las cosas. Nunca había tenido problemas para idear locuras en el último minuto.

–Es mi hermana –dijo Brooke a modo de resignada explicación–. No podía no pedírselo, y menos cuando tú estás en el segundo trimestre y…

–Solo estaba bromeando –aseguró Kresley–. No estoy dolida por que no me lo hayas pedido a mí.

–Prométeme que si trata de arrastrarte a alguna locura le recordarás que no me gustan las sorpresas.

A Kresley le brillaron los ojos.

–Si crees que servirá de algo…

Brooke pasó el dedo por el borde del vaso.

–¿Crees que es precipitado casarse con tan poco tiempo?

–Si hacéis algo sencillo, no. Dijiste que los dos queríais una boda íntima, ¿verdad?

Precipitarse habría sido que os fugarais como dos niños locos.

–No, ese no es mi estilo –el estómago le dio un vuelco ante la idea. Ella quería algo completamente distinto al matrimonio de sus padres–. Además, a Grace se le partiría el corazón si no estuviera allí.

Giff le había dicho que le había enseñado a su madre el anillo antes de dárselo a ella el viernes. Luego fueron a verla para compartir la feliz noticia. La mujer era tan cariñosa y encantadora como su hijo, y Brooke sabía que sería una suegra maravillosa.

–Vamos a cenar el domingo con ella –dijo Brooke–. Giff se ofreció

a llevarnos a algún sitio, pero ella dijo que quiere cocinar para darme la bienvenida a la familia.

–¿Es su única familia? –preguntó Kresley.

–Casi. Tiene un tío un Dallas y unos primos con los que no mantiene mucha relación que algún día me presentará. Pero aparte de su madre, la persona más importante para él es un amigo con el que creció. Al parecer, son como hermanos. Creo que le voy a conocer el miércoles. Si Giff le quiere, seguro que yo también.

–Guau –Meg apareció en aquel momento y se dejó caer sobre la silla, abanicándose exageradamente con lo que parecía una revista–. Chicas, tendríais que ir a jugar al billar.

–Yo estoy muy cansada últimamente –admitió Kresley–. Estaba pensando en irme a casa.

–¡Pero os lo estáis perdiendo! –Meg dejó sobre la mesa lo que estaba sosteniendo, que resultó ser un calendario–. Hay tres bomberos que están como quesos en la sala de al lado. Le he rellenado el vaso de refresco a uno de ellos y nos hemos puesto a hablar de esos calendarios que hacen para recaudar fondos. Me ha vendido uno a mitad de precio porque ya estamos a mitad de año.

Brooke se echó a reír.

–Creo que nunca he visto un calendario en tu apartamento.

La única concesión de Meg al tiempo estructurado eran los relojes, aunque el del salón llevaba meses parado.

–Créeme, hermanita, este calendario sí lo voy a colgar –empezó a pasar las hojas para que vieran las fotos.

La de enero era un hombre muy sonriente apoyado en un camión de bomberos antiguo con la mano en la campana. La impresión global era que se trataba de un calendario políticamente correcto que nadie se avergonzaría de colgar en la cocina. También había un par de bomberas, y nadie posaba en tanga rojo. Pero los hombres escogidos para los meses de verano no tenían camiseta, y Brooke contuvo la respiración al ver a Mister Julio.

Tenía los pómulos afilados y barba incipiente, el cabello castaño claro muy corto a los lados y un poco más largo por arriba. Mostraba unos brazos bien definidos pero no parecía un culturista. Sin embargo, fueron sus ojos los que la cautivaron. No estaba segura si se debía a su color verde inusualmente claro o a que había algo en su mirada que…

Meg cerró el calendario de golpe.

–Algunos de estos tipos están de verdad en la sala de al lado. Vamos, podemos ver las versiones a tamaño real.

Brooke se aclaró la garganta, consciente de que ya había visto

demasiado. ¿Sería él uno de los tres hombres que estaban en la sala de billar? Acalló su curiosidad imaginando el rostro de Giff.

–No, gracias. Te olvidas de que Kresley y yo tenemos relaciones felices y monógamas y que las dos tenemos una reunión en la oficina a la siete y media de la mañana.

–Tiene razón –la apoyó Kresley. Pero eso no evitó que mirara de reojo en la dirección que Meg indicaba–. Yo tengo que irme.

Meg se llevó una mano a la frente y murmuró:

–No puedo creer que una hermana mía renuncie a esta oportunidad. ¿Seguro que no eres adoptada?

–Tú sabrás –respondió Brooke riéndose–. Estabas allí antes que yo.

Ser adoptada explicaría sin duda por qué se sentía siempre como una extraña en su propia familia.

Pero eso cambiaría pronto. En cuando Giff y ella se casaran, construirían la vida que siempre había querido.

CAPÍTULO 3

CUANDO Jake atravesó el arco de piedra el miércoles por la noche y aspiró el aroma a pimienta y carne a la parrilla, pensó que aquello era lo más parecido al sentimiento de hogar que había experimentado nunca. Para él, el restaurante familiar Comida Buena era el cielo.

Giff ya estaba dentro, esperando a que le asignaran mesa. Sonrió de oreja a oreja en cuanto lo vio.

–¡McBride! –se lanzó a abrazarlo–. Me alegro de que hayas podido venir.

–Es un placer –Jake señaló el uniforme que llevaba puesto–. Pero estoy de servicio, así que nada de cerveza para mí. Les he prometido a los chicos que les llevaría tamales.

Siguieron a la encargada por el pasillo decorado con enormes sombreros hasta una mesa del fondo. Un atareado camarero les dejó un plato de patatas fritas en la mesa y desapareció a toda velocidad. Jake sabía por experiencia que no debía probar la salsa picante hasta que les sirvieran el agua.

Cuando les llevaron las bebidas y pidieron la comida, Jake fue directo al grano.

–Y dime, señor misterio, ¿cuál es la gran noticia?

Giff se reclinó en el banco almohadillado. Parecía cómodo vestido con aquel traje que debía de haberle costado una fortuna. Respondió también sin preámbulos:

–Estoy prometido.

¿Prometido para casarse? Jake era más o menos consciente de que Giff tenía una novia, pero no sabía que era algo tan serio.

–Eso es sin duda una buena noticia –dijo distraídamente tratando de procesar la información.

–A mí me lo parece –bromeó Giff.

–Pero, ¿cuándo…?

–Se lo pedí el pasado viernes antes de salir de la ciudad. Y nos gustaría casarnos a finales de verano.

Una desconocida sin cara iba a convertirse en la futura esposa de Giff. Aquello era surrealista.

–¿Cómo se llamaba? –Jake trató de hacer memoria.

–Brooke Nichols.

–¿Y desde cuándo salís?

–Nos conocimos el día de San Patricio, hace como dos meses.

Jake no pudo evitar reírse entre dientes. Ya desde cuarto, cuando tenía que enfrentarse a gamberros envidiosos procedentes de familias menos afortunadas, Giff parecía no ser consciente de su riqueza. Era

generoso y natural, pero lo cierto era que muchos hombres habrían tenido que ahorrar durante meses para comprarle a su novia un anillo como el que le habría regalado Giff a la suya.

–¿Así que dos meses? Eso es muy… osado. Impropio de ti.

Empresas de todo el mundo contrataban a Giff como consultor por su mente analítica. Le gustaba observar los problemas desde todos los ángulos antes de recomendar una línea de acción. La tal Brooke debía de ser algo especial para que Giff actuara con tanta precipitación.

–Creo que he seguido tu ejemplo –le confesó Giff con una sonrisa.

¿Cómo podía alguien asociar a Jake con un compromiso de boda? Lo más estable que había tenido en su vida era su relación con Giff. No se consideraba un enemigo del compromiso, desde luego no era uno de esos estúpidos patéticos que trataban de ligarse a una mujer distinta cada fin de semana. Pero tampoco había tenido muchas relaciones. Y no podía imaginarse casado.

–No pillo la comparación –admitió–. Nunca he estado cerca de pedirle a nadie que se casara conmigo.

–No, pero no le tienes miedo a nada. No vacilas en lanzarte de cabeza. Siempre me dices que la vida es muy corta. Y lo de la enfermedad de mi madre… –Giff apartó la vista.

–Pero esta mejor, ¿verdad? –preguntó Jake con ansiedad.

Grace Baker había sido como una segunda madre para él, y le quería de corazón.

Desde que regresó a Texas la había visitado más veces que a su propia familia, aunque su madre le había asegurado que su padre había dejado de beber, esta vez de forma definitiva.

–Ella asegura que está bien –Giff sacudió la cabeza–. Dice que deje de preocuparme y que viva mi propia vida. Y eso es lo que voy a hacer. Con Brooke.

Jake experimentó una vaga sensación de incomodidad. Tanto en el ejército como en el cuerpo de bomberos había visto a gente enfrentarse a situaciones a vida o muerte. En ocasiones, al enfrentarse a la propia mortalidad o a la de un ser querido, uno reaccionaba de manera impulsiva. Giff no tenía hermanos, había perdido a su padre y vivía con la amenaza de perder a su madre. ¿Estaría tan preocupado de perder a su familia que quería crear una nueva? Era una motivación razonable, pero no conduciría a la felicidad que se merecía.

Jake pensó en expresar su preocupación en voz alta, pero finalmente optó por pedirle:

–Bueno, háblame de Brooke.

–Es maravillosa: inteligente, guapa, cariñosa… Va a ser una gran

madre. Ahora trabaja escribiendo en un periódico, pero creo que cuando nazcan los niños querrá quedarse en casa, al menos durante los primeros años.

¿Los niños? Jake se sintió desorientado una vez más. ¿Cómo había salido el tema de la paternidad? Le parecía muy precipitado, muy impropio de Giff, y no pudo evitar preguntarse si sería Brooke quien había despertado en él la idea. ¿Sería una de esas mujeres cuyo reloj biológico estaba avanzando como una bomba de relojería? Su parte cínica no pudo evitar pensar que si tenían hijos enseguida podría dejar de trabajar todavía antes.

¿Habría influido en ella la riqueza de Giff y la posibilidad de llevar un estilo de vida más fácil?

–¿Tenéis muchas cosas en común? –preguntó Jake con discreción–. ¿Su familia procede también de River Oaks?

Giff se rio ante la mención de una de las zonas más ricas de Houston.

–Ni siquiera yo puedo comprarme una casa en River Oaks. Pero no, su familia no es adinerada. Tú mejor que nadie deberías saber que eso no es importante para mí.

Jake se sintió avergonzado durante un instante por haberlo preguntado.

–Sí, lo sé –pero que no fuera importante para Giff no significaba que no lo fuera para su futura esposa.

Giff miró de pronto detrás de él y sonrió.

–¡Sorpresa! Aquí tienes la oportunidad de saber cosas de Brooke por ti mismo – dijo, y se levantó.

Jake le imitó y miró a su espalda, escudriñando el restaurante con curiosidad. Solo vio a una mujer de pelo oscuro vestida de amarillo. Tenía la visión tapada por un camarero que llevaba una bandeja de fajitas.

Y entonces apareció ante sus ojos. Giff había dicho que sería una gran madre, pero maternal no era el adjetivo que surgió en su mente cuando la vio. Era elegante y lozana al mismo tiempo. Llevaba una blusa de seda amarillo canario y falda de tubo negra. La ropa le marcaba la excelente figura, pero era demasiado elegante para Comida Buena. El cabello oscuro, casi negro, estaba cortado en una media melena. Y los ojos…

Tenía los ojos abiertos de par en par.

Se detuvo en seco en cuanto le vio y dijo en voz tan baja que Jake apenas pudo oírla:

–Oh, Dios mío. Eres Mister Julio.

CAPÍTULO 4

–DEL calendario –tartamudeó Brooke haciendo un círculo mayor del que era necesario para pasar a su lado. Alzó la cara distraídamente para que Giff le diera un beso en la mejilla, pero seguía mirando a Jake con asombro–. Mi hermana tiene un calendario y tú… El parque de bomberos…

–Ah –Jake cayó en la cuenta de a qué se refería y miró hacia Giff, que parecía confundido–. El calendario para recaudar fondos del que te hablé en Navidad.

–Mi hermana Meg compró uno –intervino ella–. No esperaba que Mister Julio fuera a ser el padrino de… –se detuvo y le pidió disculpas a Giff con la mirada–. ¿No se lo has pedido todavía?

–Estábamos en ello –respondió él.

–Oh –Brooke se pasó la mano por el pelo sin desarreglarse ni un mechón. Luego se giró otra vez hacia Jake–. Todavía estamos ultimando los detalles, pero queremos casarnos pronto.

–Eso he oído –ahora que tenía delante a la futura novia le sorprendía todavía más la prisa.

Impecable, parecía una de aquellas mujeres a las que les gustaba controlarlo todo, de esas que disfrutaban haciendo las listas de las mesas y coordinando el color de los lazos con las flores.

–En cuanto Giff y yo fijemos la fecha te lo haremos saber al instante para que puedas apuntarlo en tu… –las mejillas se le sonrojaron.

–¿En mi calendario? –terminó Jake por ella con una sonrisa.

¿Serían los nervios previos a la boda o siempre se sonrojaba con tanta facilidad? Su foto era una imagen muy recatada por una buena causa, nada que provocara sonrojo. Ni tampoco era algo para recordar. Si no hubiera sido la prometida de su mejor amigo, Jake habría encontrado halagador que supiera exactamente quién era cuando todavía faltaban dos meses para julio.

Brooke disimuló su azoro estirando los hombros y hablando con tono agitado.

–Espero que no tengas nada previsto para esas fechas.

Antes de que Jake pudiera decirle que nada podría evitar que hiciera de padrino para el hombre que había sido como un hermano para él, Giff se rio.

–No creo que tengamos que preocuparnos por eso. A Jake no le gusta planear nada, prefiere estar abierto a la espontaneidad.

Eso era cierto. Tras años de rígida estructura en el ejército y con el protocolo del parque de bomberos, ahora utilizaba su tiempo libre

para experimentar con un modo de vida diferente.

–Me gusta sentirme libre par ir donde me lleve mi estado de ánimo.

–Te llevarás muy bien con mi hermana.

La expresión de Brooke no indicaba nada, pero había un matiz en su tono de voz que le llevó a preguntarse si ella se llevaba bien con su hermana.

Giff se dio una palmada en la frente.

–Ni siquiera os he presentado como se debe. Brooke, este es Jake McBride. Jake, Brooke Nichols.

Jake extendió la mano por encima de la mesa para estrechar la suya y ella la retiró en cuanto la buena educación lo permitió. No era precisamente una novia cálida y entusiasta. ¿No debería estar brillando de felicidad y mostrando orgullosa el anillo de compromiso?

Brooke se giró hacia Giff.

–Voy al baño. Si viene el camarero antes de que vuelva, ¿pides por mí?

–Claro, ¿quieres lo de siempre? –le preguntó Giff.

–Sin duda. El número tres, como siempre –sonrió a Jake con tirantez–. No todos hemos nacido con el gen de la espontaneidad.

Jake la vio marcharse y trató de formarse una primera impresión. ¿Le había lanzado una pulla o era una broma contra sí misma? Había una tirantez en ella que hacía fácil pensar que no era una mujer espontánea. Y al haberla visto brevemente con Giff, un hombre conocido por su concienzudo análisis de las situaciones, Jake podía afirmar que ninguno de los dos estaba arrebatado de pasión.

Entonces, ¿por qué tanta prisa por casarse?

Brooke se miró en el espejo del cuarto de baño.

Podría haber salido mejor.

Suspiró. Algunas personas, sobre todo Meg, no terminaban de creerla cuando insistía en que no le gustaban las sorpresas, pero aquella noche lo había demostrado.

Cuando se había enfrentado a lo inesperado, en aquel caso Mister Julio el de los ojos verdes, se había puesto tensa como si se estuviera preparando para el impacto.

Su vida había estado plagada de extraños anuncios y decisiones sobre las que no tenía ningún control. En lugar de acostumbrarse a ello con el tiempo, habían hecho que se volviera más desabrida. Como si la siguiente sorpresa fuera a acabar con ella. Brooke respiró hondo y se dijo para tranquilizarse que la vida con Giff le reservaría por fortuna pocas sorpresas.

Planeaba las cosas con tiempo y siempre hacía lo que prometía.

Justo lo que ella necesitaba. Por supuesto, en aquel momento estaría explicándole a su mejor amigo por qué se comportaba de manera tan extraña. Giff le había dejado claro que, después de Grace, Jake McBride era la persona más importante de su vida. Lo que significaba que Jake sería parte importante de su vida en común.

Volvería a la mesa y se mostraría amable con Jake. No se dejaría influir por el hecho de que su cara y su torso desnudo aparecieran en un calendario que tenía Meg. Ni porque, aunque parecería imposible, fuera todavía más guapo en persona que en foto.

«Déjalo estar». Sí, el tipo era guapo. ¿Y qué? Ella estaba prometida a uno de los hombres más atractivos de Houston, así que no había razón para experimentar aquella sensación de… de… Fuera lo que fuera, estaba dispuesta a ignorarlo.

Salió decidida del baño y se dirigió hacia la zona de las mesas. El restaurante estaba empezando a llenarse y tuvo que pararse varias veces para dejar pasar a los camareros que hacían equilibrios con los platos humeantes.

Medio camuflada detrás de uno de esos camareros no muy lejos de su mesa, estaba en posición de escuchar al amigo de Giff.

–… solo digo, ¿por qué tanta prisa? ¿No quieres más tiempo para pensártelo y no cometer un error?

–¿Te das cuenta de que estás insinuando que Brooke es un error? –señaló Giff con más exasperación que rabia.

–Tal vez lo sea –sugirió Jake–. Yo solo…

El camarero se apartó y dejó a Brooke al descubierto. Cruzó la horrorizada mirada con la de su prometido, y la expresión de Giff bastó para que Jake se detuviera a mitad de frase.

Brooke apretó los dientes y tuvo una desagradable sensación de *déjà vu,* de todos los momentos en los que había deseado que se la tragara la tierra. Por suerte, la sensación de humillación dejó paso rápidamente a la ira. ¿Por qué tenía que sentirse avergonzada? Era Jake quien estaba hablando mal de ella; ni siquiera Meg era tan grosera como para cuestionar su compromiso con Giff delante.

Pero no quería permitir que Jake provocara que le tratara con la misma mala educación. Se negaba a empezar su matrimonio con Giff sintiendo que no formaba parte de su círculo más íntimo. Como si no tuviera cabida en él. Una vez más. Así que esbozó una sonrisa de artista de cine.

Giff ya se había puesto de pie.

–Brooke, sé que lo has oído…

–¿Oír cómo un amigo de toda la vida expresa su preocupación por

tu bienestar? –le interrumpió ella.

–Gracias –intervino Jake con tono gruñón–. Me alegro de que comprendas que, dadas las circunstancias, la pregunta era perfectamente normal. No tengo nada personal contra ti.

Brooke puso los ojos en blanco mentalmente. Por supuesto que no era nada personal contra ella, ya que era la única mujer en el mundo que estaba prometida a Giff. Hizo un esfuerzo por mantener un tono de voz suave y meloso.

–Estoy segura de que nos reiremos al recordar este momento en el futuro.

Giff asintió agradecido.

–Digamos que será en nuestro decimoquinto aniversario de boda, cuando le hayamos mostrado a Jake lo innecesario de su preocupación.

–Lo estoy deseando –Jake alzó el vaso hacia ellos.

Pero en sus ojos había una mirada que daba a entender que no estaba brindando por ella. La estaba desafiando.

–Así que parece que el mejor amigo de Giff es el diablo.

Brooke hizo aquel anuncio desde una de las sillas que había frente al escritorio de Kresley.

Como las dos solían llegar a la redacción del periódico antes que la mayoría de sus compañeros, se había convertido en ritual que llevaran algo para desayunar y charlaran unos minutos antes de empezar oficialmente la jornada laboral.

Kresley alzó una de sus rubias cejas.

–¿No fue bien la cena de anoche? Giff es como un osito de peluche, así que pensé que cualquier amigo suyo sería igual de encantador.

¿Encantador? ¿Acaso existía una palabra menos adecuada para describir al intenso y escéptico Jake Mc- Bride?

–No creo que Jake apruebe nuestro compromiso. Pero me dijo que no me lo tomara como algo personal –añadió Brooke.

–¿Tuvo el valor de decir que no te aprobaba a ti? ¿Quién diablos se cree que es ese tipo?

La indignación de Kresley resultaba reconfortante.

–Es gracioso que lo preguntes. ¿Te acuerdas del calendario que nos enseñó Meg el lunes por la noche, el de los bomberos?

Su amiga asintió.

–Jake, el mejor amigo de Giff, es Mister Julio.

Kresley se mordió el labio inferior y se quedó pensativa.

–¿Cuál era? Recuerdo que los meses de verano posaban sin camiseta, pero no me acuerdo de más. La culpa la tienen las hormonas

del embarazo. Apenas recuerdo en qué calle vivo.

–Jake tiene el pelo oscuro y bastante corto. Es… –mientras trataba de pensar en cómo describirlo, Brooke se revolvió en la silla. Optó por la exageración simplista–.

Pómulos capaces de cortar el cristal, ojos capaces de tentar a una mujer para que venda su alma. Ya sabes –concluyó encogiéndose de hombros.

–¿Es uno de esos tipos guapos pero chulos? Ya le odio.

–Yo no diría tanto. Sí, es guapo, y sin duda parece algo arrogante. Pero no es un ególatra total. Está claro que siente que debe proteger a Giff.

–¿Protegerle? –Kresley emitió un sonido de desprecio–. Giff mide más de un metro ochenta y dos. Puede cuidar de sí mismo.

Brooke se preguntó si el asunto del dinero incomodaba a Jake. El único momento en que se mostró irritable con Giff fue cuando llegó la cuenta y los dos machos discutieron para ver quién pagaba.

–No, no te dejaré pagar –había afirmado Jake–. Esto es una celebración. Considera la cena como un regalo para ti y la afortunada dama.

Giff se rindió entonces y sonrió mirándola.

–El afortunado soy yo.

Brooke regresó al presente y estiró la espalda en la silla.

–¿Estoy aportando lo suficiente a este matrimonio?

–¿Cómo? –Kresley parecía confusa.

–Giff y yo. Como tú misma has dicho, él tiene dinero. Y es guapo. Y tiene un corazón del tamaño de Texas.

Kresley dejó con fuerza sobre la mesa la taza de café que estaba bebiendo.

–No me digas que ese imbécil de Mister Julio te está haciendo cuestionarte si eres lo suficientemente buena para Giff.

–No exactamente. Es solo que…

No era propio de Brooke ahondar en el pasado, sobre todo teniendo un futuro tan brillante por delante. Pero recordó la intensa emoción que había experimentado a los veinte años. Su novio era su vida entera. Ahora no sentía eso. ¿No merecía un hombre tan especial como Giff aquel tipo de entrega?

«No sientes lo mismo porque has madurado, tonta ». Giff quería una mujer con la que construir una vida, no alguien que babeara ante él como una adolescente encaprichada.

–No me hagas caso –Brooke echó la silla hacia atrás–. Estoy diciendo tonterías.

Kresley sonrió.

–Si te sirve de algo, yo tampoco me mostré muy coherente durante mi compromiso.

Creí que iba a volverme loca antes del día de la boda. Aunque yo dejé que mi madre y la de Dane nos montaran un gran circo para la boda. Tú no vas a tener ese problema.

–Desde luego que no –Brooke contuvo un escalofrío ante la idea de convertir la ceremonia en un espectáculo–. Habrá gente a quien le extrañe que yo, que me gano la vida escribiendo sobre esas bodas de lujo, no quiera celebrarla así. Pero mi trabajo me ha dado la oportunidad de pensar en ello a fondo.

La gente se estresaba por los colores, las telas, el sitio… Incluso por el tipo de letra de las invitaciones.

Pero eso eran detalles, no eran el matrimonio. Brooke tenía la sensación de que el noventa por ciento de su trabajo consistía en escribir prólogos en lugar de la historia real.

La gente no parecía darse cuenta de que el gran día no era más que el «érase una vez».

Tenían años, décadas, por delante para trabajar en el «y fueron felices para siempre».

Tal vez estuviera siendo desconfiada, pero cuando escribía historias sobre carruajes tirados por caballos y suelta de palomas blancas no podía evitar preguntarse si los novios no se estarían esforzando demasiado, si no estarían sustituyendo el amor verdadero y profundo por un sentimentalismo de novela romántica. Tal vez Giff y ella no fueran ostentosos, pero eran buenos compañeros.

Sonrió y sintió cómo se animaba.

–Será mejor que me ponga a trabajar ya. Esta tarde quiero salir antes porque he quedado con Giff.

–Adelante –Kresley le señaló la puerta–. Ve a ganarte el sueldo.

El día transcurrió rápidamente para Brooke. Redactó dos anuncios de compromiso, entrevistó por teléfono a una mujer que había empezado un negocio de tarjetas de felicitación y escribió el borrador de la historia de unos novios procedentes de diferentes culturas. Aunque estuviera mal pensarlo, creía que le había quedado muy conmovedora.

Cuando sonó el teléfono después de comer contestó con una media sonrisa pensando que se trataría de Giff. Aquel día habían quedado para visitar tres posibles lugares para celebrar la boda.

Pero era la madre de una novia que llamaba para protestar porque la boda de su hija con un joven de Conroe no había recibido suficiente cobertura informativa.

Y ella que creí que la hija gritaba… Tuvo que apartarse el teléfono unos centímetros de la oreja, lamentándose por no haberse marchado diez minutos atrás.

Cuando logró escapar de la bronca se vio obligada a llamar a Giff para advertirle de que llegaría un poco tarde a su encuentro en el club de campo.

–Bien, me alegra saberlo –se rio Giff–. Yo también me voy a retrasar quince minutos. Me he visto atrapado en la crisis de uno de mis clientes.

–Y sin duda la has resuelto –dijo ella.

–Desgraciadamente, no. Voy a tener que conducir esta noche hasta Corpus Christi para poder encontrarme con él a primera hora de la mañana. Pero creo que llegaré a tiempo para el concierto.

Las entradas habían sido un regalo de Meg por su cumpleaños, y a Brooke la conmovió que le hubiera regalado algo absolutamente perfecto en lugar de, por ejemplo, el corpiño de cuero que le regaló unos años atrás y que enseguida le pidió prestado.

A Brooke le gustaba todo tipo de música. Si hubieran celebrado una boda a lo grande habría querido que hubiera una banda de música. Lo que más le gustaba de las notas nupciales que escribía era la elección de la música, ya fuera un cuarteto de cuerda, un órgano, música grabada o incluso gaitas. La canción escogida para el baile padre-hija. La canción con la que la novia iba hasta el altar. La tradicional marcha nupcial no tenía nada de malo en su opinión, pero muchas mujeres escogían a Vivaldi y a Handel. O incluso a Led Zeppelin.

Trató de imaginarse qué utilizaría ella, pero se quedó en blanco. Seguramente porque todavía no tenía un pasillo que recorrer. Después de aquella tarde estaría más cerca de resolver aquel asunto.

La coordinadora de eventos del club de campo, Gretchen, era una mujer menuda con el pelo tan largo que Brooke se preguntó cómo haría para no tropezarse con él. El comentario que hizo sobre la capacidad de su salón para reunir a cuatrocientos cincuenta invitados no fue precisamente un punto a su favor.

–¿Qué parte de «ceremonia íntima» no ha entendido? –le susurró a Giff.

–Para mí el problema no es que sea demasiado grande –murmuró él a su vez–, sino que da al hoyo doce. La mitad de los invitados se distraerá pensando que es un día perfecto para jugar al golf. Y no quiero que haya carritos de golf apareciendo por la ventana mientras intercambiamos los votos.

El siguiente sitio, un auditorio construido hacía casi cuarenta años y disponible para alquilar tampoco les convenció. Aparte de la enorme bandera de la estrella solitaria que cubría la parte superior de la pared, la decoración incluía trofeos de caza con ojos que parecían seguirles cuando se movían.

–Es muy pintoresco –le dijo Giff al agente de la inmobiliaria–. Lo veo para celebrar una gran fiesta de cumpleaños o una barbacoa de empresa, pero me parece demasiado rústico para una boda.

La tercera opción, una bonita posada, era lo más cercano a lo que Brooke había imaginado, pero Giff no parecía muy convencido cuando le dijeron a la gerente que volverían a ponerse en contacto con ella.

–¿Te da pena que no nos casemos en tu iglesia? –le preguntó Brooke.

La familia Baker pertenecía desde hacía mucho tiempo a la iglesia metodista que estaba al lado de casa de Grace. Pero según el coordinador, tenían todo el invierno reservado.

–No mucha –Giff estaba pensativo cuando le abrió la puerta del copiloto antes de subirse él al coche–. El último evento familiar que se celebró ahí fue el funeral de mi padre.

Me habría encantado que le conocieras. Le habrías caído muy bien.

–Seguro que él a mí también –Brooke sintió un nudo en la garganta. Pensó, y no por primera vez desde que empezó a salir con Giff, que tal vez sus padres no fueran perfectos, pero se querían y tenían salud. Era una suerte tenerlos.

–Sé que han pasado muchos años desde que murió –continuó Giff–, pero…

–Era tu padre. Es normal que todavía le eches de menos, sobre todo en un día tan importante como el de tu boda.

Giff asintió.

–Cuando mi madre enfermó le eché de menos más que nunca. Había momentos en los que no sabía qué decirle, y estoy seguro de que él habría encontrado la manera de consolarla. Y cuando pensé que podía perderles a los dos…

Brooke le apretó cariñosamente la mano.

–Tu madre está bien ahora. Y me tienes a mí. No estás solo.

Giff encendió el motor y dijo con voz más alegre:

–No te imaginas lo emocionada que está mi madre con los preparativos de la boda.

La ha conmovido que la invitaras a acompañarte a comprar el vestido. Hacía mucho tiempo que no la veía tan contenta. De hecho…

–¿Sí?

–Nada. Estaba pensando en voz alta –murmuró.

Brooke sonrió.

–Pensar en voz alta es cuando pronuncias las palabras.

–Bueno, tengo que hablar con ella del asunto. Y tenemos que sentarnos a escribir una lista de invitados provisional para ver cuántos seríamos. Pero… tal vez podríamos casarnos en casa. En su casa, donde yo crecí.

–Eso suena perfecto –Brooke no podía imaginarse lo que sería haber crecido en un auténtico hogar, en un único sitio.

Su familia y ella habían ido dando brincos por diferentes estados, trabajos, colegios y negocios de poco éxito. Había vivido en casas, apartamentos y hoteles de larga estancia.

Pero esa había sido Brooke Nichols.

Brooke Baker iba a echar raíces.

CAPÍTULO 5

JAKE contestó al teléfono el viernes por la mañana y escuchó la voz de Giff por encima del ruido del parque de bomberos.

–Necesito que me hagas un favor –le pidió su amigo.

–Lo que quieras.

–¿Trabajas esta noche?

–No, estoy terminando un turno de veinticuatro horas. Me voy dentro de unas horas y no regreso al trabajo hasta mañana. ¿Qué necesitas?

–Una cita. Para Brooke.

La imagen de la joven morena apareció al instante en su mente, y fue una imagen llena de contradicciones. Era una mujer exuberante que no parecía sentirse cómoda en su piel. Tenía una boca generosa y parecía alguien que debía de reírse a carcajadas y disfrutar de alguna afición audaz. Como por ejemplo, bailar salsa.

Pero el miércoles por la noche le había dado la impresión de ser demasiado rígida para bailar salsa. Su actitud correspondía a la de una mujer excesivamente flaca con expresión tirante y sonrisa falsa. Pero seguramente Brooke no era así. En ese caso Giff no estaría con ella.

–¿Sigues ahí? –le preguntó Giff.

–Sí, pero estoy confuso. Creía que tú querías ser la única cita de Brooke para el resto de vuestras vidas. Al padrino le llaman cuando hay alguna dama de honor soltera y guapa que necesita salir un poco.

–Estoy atrapado en Corpus por un asunto de trabajo y se suponía que debía ir esta noche a un concierto con Brooke. Su hermana le ha regalado las entradas y está deseando ir.

–¿Y no puede ir con su hermana? –sugirió Jake. Con cualquiera menos con él.

–Meg es camarera. No puede librar un viernes por la noche avisando con tan poco tiempo. Además, me lo debes por la debacle de Comida Buena.

Jake se estremeció al recordar la expresión de Giff y el gesto de dolor de Brooke.

–Nunca fue mi intención que me oyera –aunque tenía que admitir que Brooke había manejado la situación con más elegancia de la que esperaba.

A pesar de que se había pasado el resto de la noche con una sonrisa tirante, había optado por perdonarle sin hacer que tuviera que disculparse. Tal vez no se la debiera a Giff, pero sí se la debía a Brooke.

–De acuerdo –dijo–. La acompañaré a ese concierto. Supongo que

ella está de acuerdo, ¿no?

Sinceramente, no esperaba que estuviera loca de contento por volver a verle. Pero tal vez hubiera accedido a aquel gesto conciliatorio por Giff.

–Quería asegurarme de que estabas libre antes de proponerle la idea –respondió Giff–. Vamos a hacer una cosa: si no quiere ir contigo, te dejaré un mensaje. Si no vuelves a saber nada de mí, recógela a las siete. El concierto es en la ciudad y empieza a las ocho. Y

Jake, me encantaría que os llevarais bien. Dale una oportunidad. Sé encantador, maldita sea.

–¿Encantador? –eso nunca había sido un problema para él, y menos con una mujer atractiva. Aunque no fuera su tipo, tenía que reconocer que Brooke Nichols era muy guapa– . Sí, puedo serlo.

Brooke estaba contemplando su imagen en el espejo cuando sonó el timbre. Sonrió de oreja a oreja. Tenía las entradas en el bolsillo, su maravilloso prometido estaba en la puerta, no eran ni las ocho y la noche ya pintaba bien. Abrió la puerta de par en par y se le congeló la sonrisa en la cara.

–¿Jake?

Jake McBride, vestido con una chaqueta oscura y pantalones a juego, estaba de pie en el porche. Entornó los ojos.

–No te ha dicho nada, ¿verdad?

Brooke no fue capaz de articular palabra al principio. Ya había sido suficiente que le tendieran una emboscada con él la primera vez. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

–Esperaba a Giff –dijo finalmente recuperando la compostura.

–Sí, eso me temía. Me ha llamado antes para pedirme que te llevara al concierto –la miró de arriba abajo, la camiseta roja de tela vaporosa y los vaqueros negros ajustados–.

Pero creo que me he hecho una idea equivocada sobre la clase de concierto que es.

Brooke apenas le escuchaba. Estaba demasiado ocupada recuperando el aliento y haciéndose preguntas sobre la ausencia de Giff. Giff, el hombre de su vida, quien se suponía que la conocía mejor que nadie, ¿había dejado que fuera víctima de aquella sorpresa? Ni siquiera a la impetuosa Meg se le habría ocurrido hacer algo así. Tal vez si pudiera hablar con él sus acciones le parecerían más razonables.

Pero sería de mala educación dejar a su mejor amigo esperando en el porche mientras le llamaba.

–Entra –le dijo sin ningún entusiasmo.

Sacó el móvil del bolso y marcó el número de Giff. Le saltó el

contestador.

Seguramente porque estaba liado con el cliente, se dijo. No porque estuviera evitándola.

Giff era demasiado galante para hacer algo así.

–¿No ha habido suerte? –le preguntó Jake a la espalda–. Te prometo que estoy aquí porque él me lo ha pedido.

–Pero, ¿por qué? –al parecer, su prometido quería que su mejor amigo y su futura esposa se llevaran bien–. Da igual. Creo que lo entiendo.

Jake se apoyó sobre los talones.

–No tenemos por qué ir juntos. Ya veo que la idea no te entusiasma precisamente.

–Qué raro, ¿verdad? –Brooke abrió los ojos de par en par–. Porque normalmente me encanta pasar el tiempo con gente que piensa que soy un gran error –su respuesta la sorprendió.

Había crecido con personas que nunca se controlaban y había sido testigo de las funestas consecuencias que eso suponía. Así que tendía a reprimir sus tendencias sarcásticas.

–Ay –Jake se llevó la mano al pecho como si estuviera herido, pero no parecía enfadado–. Tendría que haberlo visto venir. Si herí tus sentimientos el otro día, lo siento.

Pero no iba por ti en realidad. Llevo mucho tiempo cuidando de Giff.

Ella asintió.

–He oído cómo os conocisteis. Y la lealtad es una cualidad admirable. Pero Giff ya no es un escuchimizado niño de cuarto.

–No. Ahora es un hombre rico y exitoso.

Brooke apretó con más fuerza el móvil haciendo un esfuerzo por no tirárselo a la cabeza.

–¿Estás insinuando que soy una cazafortunas?

En lugar de responder, Jake miró a su alrededor. Era un apartamento de bajo coste sobriamente amueblado. No estaba mal, estaba limpio y bien situado para acceder a Houston sin tener que vivir allí. Pero era más propio de universitarias que compartían piso y se pagaban los estudios trabajando de dependientas en el cercano centro comercial. No era lugar para que una mujer de treinta años viviera con su marido y sus hijos.

–No soy pobre –le espetó ella.

A Jake se le iluminaron los ojos divertido.

–No he dicho que lo seas.

–Sé que este lugar no es muy elegante. He estado ahorrando.

Como no necesitaba mucho espacio para ella sola, había visto

aquel apartamento como una estación de paso. Antes incluso de conocer a Giff ya tenía el plan trazado: conocer a un tipo maravilloso con el que a la larga se iría a vivir a un auténtico hogar en el que formarían una familia.

–Muy sensato por tu parte –dijo Jake–. El apartamento está bien. Tal vez un poco soso. Pero yo no soy nadie para hablar. Tampoco he hecho nada con mi casa. Será un estereotipo, pero pensé que las mujeres eran más dadas a la decoración.

Tenía pensado hacerlo en el futuro. Pintar un cuarto infantil, empapelar la cocina en la que prepararía románticas cenas de aniversario y el desayuno de los niños. Pero no conocía a Jake lo suficiente como para decirle que llevaba toda la vida esperando la casa de sus sueños.

Así que en lugar de confesarle su secreto se encogió de hombros.

–Sosa. Supongo que así soy yo.

Él la miró a los ojos.

–Yo no diría eso.

Brooke tragó saliva sin saber qué decir ni si le estaba lanzando un cumplido.

Desgraciadamente, el silencio se hizo demasiado largo. Se quedaron mirándose demasiado tiempo y el momento se volvió incómodo.

Jake tenía unos ojos realmente increíbles.

–¿Qué has decidido, Brooke? ¿Quieres ir al concierto sola o vas a dejar que te acompañe?

«Lo hago por Giff», se recordó. El hombre que la estaba ayudando a cumplir sus sueños y que toleraba de buen grado a su familia.

Dos semanas atrás, Meg decidió seguirle por toda la ciudad para poner en práctica lo que estaba aprendiendo en sus clases de detective privado. Giff se rio en lugar de expresar su preocupación por la salud mental de su hermana. Lo menos que Brooke podía hacer era aceptar del mismo grado a las personas importantes para él.

–Vamos –dijo–. ¿Quién sabe? Tal vez incluso sea divertido.

Jake apretó los labios ante su mal disimulada duda.

–¿En tu coche o en el mío?

Se sentía tan inquieta que pensó que seguramente sería más inteligente dejarle conducir a él. No tenía sentido poner en peligro sus vidas.

–En el tuyo, si te parece bien –le siguió escaleras abajo.

–Claro. Está ahí mismo –señaló hacia el aparcamiento.

Era un híbrido pequeño de escaso consumo energético. Brooke

parpadeó.

–¿Este es tu coche?

–Sí –Jake la miró–. ¿Por qué? ¿Qué esperabas?

El hombre rezumaba testosterona. Lo cierto era que no había pensado en cuáles serían sus preferencias automovilísticas, pero si alguien le hubiera preguntado cuáles creía que serían habría respondido que un deportivo. O quizá una camioneta.

–¿Quieres ir sentada delante conmigo o tienes ideas preconcebidas sobre viajar en el asiento del copiloto?

–Mira quién habla –dijo ella sin acritud–. ¿Esperaste siquiera a que entrara el miércoles en el restaurante antes de decidir que era una cazafortunas o lo pensaste en cuanto Giff te dijo que estaba prometido?

– *Touché* –Jake se paró para abrirle la puerta antes de colocarse tras el volante–.

Reaccioné mal cuando Giff me dijo que estaba prometido. Me dio la impresión de que todo estaba sucediendo demasiado rápido. Y me dio por pensar que una mujer impresionada por su riqueza podría aprovecharse de su vulnerabilidad. Pensar que podría perder a su madre le dejó destrozado.

–Lo sé –murmuró ella conmovida a su pesar por la preocupación que Jake mostraba por su amigo.

–Compartíamos habitación en la universidad cuando perdió a su padre –Jake sacudió la cabeza–. Como te he dicho antes, creo que tengo la costumbre de cuidar de él, incluso cuando no hay nada que pueda hacer.

Algo dentro de Brooke se suavizó y se dio cuenta de que, al contrario de lo que esperaba, aquel tipo podría llegar a caerle bien después de todo.

–Vas a tener que guiarme, Brooke –dijo Jake–. No tengo ni idea de adónde vamos.

–Gracias otra vez por acceder a conducir –dijo Brooke mientras buscaban sitio para aparcar–. El tráfico y las autopistas me ponen nerviosa. Tengo que reconocer que aunque lo lógico es que me mude a casa de Giff, no me hace ninguna gracia conducir tan cerca del centro.

–No hay problema –conducir por Houston tampoco era el pasatiempo favorito de Jake, pero formaba parte de su trabajo–. Me alegro de que supieras llegar al sitio. Nunca había oído hablar de él.

Brooke sonrió casi con condescendencia.

–Es un auténtico tugurio. Tendrías que haber visto la cara de Giff la primera vez que le arrastré hasta aquí. Pero traen buenas bandas que no son tan conocidas como para atraer grandes masas.

–¿Como el grupo que vamos a escuchar hoy?

–Red Jump Funk. No son muy famosos –admitió–. Pero son fantásticos.

Jake aparcó en paralelo entre un turismo y una camioneta.

–¿Cómo supiste de su existencia?

–Es mi hobby –aseguró Brooke bajándose del coche–. Lo que más me gustaba de vivir en Austin era la música.

Jake sonrió y se quitó la chaqueta, consciente de que no le iba a hacer falta.

–Yo he ido pocas veces, pero tengo buenos recuerdos de los bares de Sixth Street.

–Salí con un tipo que seguía a bandas underground muy buenas de las que nadie más había oído hablar. Pero al final resultó ser más esnob que yo. En su opinión, cualquiera que tenga más de cien fans en todo el mundo es un vendido. A mí me encanta la música en todas sus formas. Durante mis años universitarios vi en directo a mucha gente tocar en directo.

O a Brooke la ponía nerviosa haber salido aquella noche con él o le apasionaba el tema de la música, porque mientras avanzaban por la acera fue hablando sin parar, atropellando las palabras. Una vez superadas las sonrisas forzadas y el aburrido apartamento, Brooke Nichols se volvía más interesante.

–¿Y cuánto tiempo saliste con ese esnob? –le preguntó–. ¿Fue algo serio?

Ella guardó silencio durante un instante y Jake se preguntó si habría escuchado la pregunta. Tal vez estuviera fingiendo no haberle oído.

Entonces admitió:

–Aparte de Giff, fue la relación más seria que he tenido. Y uno de los mayores errores de mi vida.

Jake estaba intrigado, pero supuso que ya había indagado bastante. Además, ya habían llegado a la desorganizada fila que se había formado en la acera. Grupos de tres y cuatro personas hablaban y se reían bajo la moteada luz de las farolas y los carteles de neón.

–¿Ya hemos llegado? –preguntó.

Ella se dio la vuelta y asintió. Parecía tan feliz que Jake se sintió mal por su amigo.

Giff se lo estaba perdiendo. Desde el sonrojo de las mejillas hasta el brillo de sus ojos azules, pasando por la parte de clavícula que revelaba la camiseta roja, Brooke estaba muy sexy aquella noche.

–Gracias por haberte tomado tan bien el venir conmigo –le dijo–. Conozco a muchas mujeres que estarían molestas si sus novios las

hubieran dejado plantadas por culpa del trabajo.

Brooke parecía genuinamente sorprendida.

–Solo puedo sentir respeto por lo duro que trabaja Giff. Sé que heredó mucho dinero de su padre. Podría haberlo utilizado como excusa para ser un vago, pero él no es así. Es la clase de hombre que siempre se ocupará de su familia.

Jake podía admitir que se había precipitado al juzgar a Brooke como una posible oportunista deslumbrada por la cuenta bancaria de Giff, pero no pudo evitar fijarse en la vehemencia con la que aseguraba que Giff se ocuparía de la familia. ¿Cuánta inseguridad habría experimentado durante la infancia?

Se unieron a la fila y esperaron a que les tocara el turno de mostrar el carné de identidad a los fornidos porteros de la entrada. Una primera mirada al interior confirmó que se trataba efectivamente de un tugurio. El club, utilizando un término generoso, estaba situado a escasos kilómetros de los famosos bares de Westheimer, pero se encontraba a años luz de ellos en términos de ambiente y elegancia.

El sitio se caracterizaba por la luz tenue, el suelo de hormigón y poquísimos asientos. Había algunos taburetes en el bar y unas cuantas mesas. Como había mucha gente en la pista de baile o haciendo cola para pedir algo de beber, Brooke y él pudieron hacerse con una mesa para dos situada a la izquierda del escenario. Ya había alguien tocando. La música era anodina, pero los redobles de la batería animaban a la gente a bailar.

–¿Quieres tomar algo? –gritó Jake para hacerse oír por encima del ruido.

–Una cerveza estaría bien –sonrió y se le formó un inesperado hoyuelo hasta entonces oculto–. Una vez pedí una copa de vino en este lugar y no volveré a cometer el mismo error.

Cuando Jake volvió con las cervezas los teloneros habían terminado de tocar y la gente empezó a llamar a la banda estelar. La sala se quedó a oscuras un instante y luego un único foco iluminó a una mujer esbelta, calzada con tacones perversamente altos y con una melena pelirroja que le llegaba a la cintura. Inundó el local con los acordes de un violín eléctrico al que se unieron un guitarrista, un pianista y un cantante principal. Tenían unas letras extrañamente melancólicas.

Brooke, claramente familiarizada con el trabajo de la banda, coreaba las canciones y se balanceaba en la silla. Jake se inclinó hacia delante para hacerse oír, preguntándose si sería inapropiado decirle que olía de maravilla.

–Supongo que si Giff estuviera aquí habríais salido a bailar, ¿verdad?

Brooke ladeó la cabeza y le miró con sus azules ojos antes de reírse.

–Lo dudo. Giff no baila.

–¿Y tú?

La respuesta era indudablemente que sí. Incluso sentada se movía al son de la música.

–Antes sí. Pero hace años que no bailo –añadió nerviosa–. He perdido la práctica.

–Bueno, ¿y a qué esperamos? –Jake le tendió la mano–. No hay mejor momento que este.

CAPÍTULO 6

AQUELLO no estaba bien. No debería sentirse tan a gusto bailando con el mejor amigo de su prometido, se dijo Brooke. Pero tal vez no tuviera nada que ver con el hombre que tenía enfrente; tal vez fuera la emoción de volver a bailar. Sean, su antiguo novio, le dijo una vez que supo que les iría de maravilla en la cama tras verla bailar en la pista. Por el modo en que se movía, aseguró. Nadie le había dicho nunca nada tan erótico.

Brooke frunció el ceño y desechó aquel recuerdo. No hubo nada en aquella relación que valiera la pena. Aunque en un principio le pareció sexy, era un hombre voluble, con cambios de humor y en el que no se podía confiar a largo plazo.

La oportunidad de estar aquella noche en una pista de baile, combinada con un grupo de música que le gustaba, convertía aquel regalo en el mejor que Meg le había hecho.

Debería llamarla y darle las gracias. O no. Su hermana tenía tendencia a hacer que hasta las situaciones más inocentes parecieran sugerentes, y no quería explicarle que había estado el viernes por la noche bailando con el mejor amigo de Giff.

No era el tipo de música que llevaba a bailar lento. Jake no tenía el brazo en su cintura ni en el hombro. Estaban bailando literalmente separados, pero dado el escaso espacio de la pista y el entusiasmo de la gente que les rodeaba, se había rozado con él suficientes veces como para apreciar sus músculos de bombero bajo la camisa.

Después de media hora se dio cuenta de que se estaba quedando sin aliento para cantar y que le dolían un poco los muslos. Ya no tenía veinte años.

–Creo que tengo que sentarme un rato –admitió.

–¿Quieres tomar algo más?

Ella asintió con vehemencia.

–Agua, por favor –en cuanto regresó a la mesa la banda empezó a tocar una de las pocas baladas del repertorio.

Brooke se sintió aliviada por no haber estado con Jake en la pista de baile cuando sonaron las primeras notas. Habría sido un momento incómodo.

Aunque lo cierto era que, tras aquel extraño comienzo, la noche estaba siendo mucho menos incómoda de lo que esperaba. Jake tenía buen sentido del humor, parecía estar divirtiéndose bastante y se mostraba simpático. Era una compañía divertida. La inicial irritación hacia Giff había desaparecido, aunque seguía sin entender cómo alguien que la conocía tan bien había querido sorprenderla.

–Su agua, señora –Jake le pasó la botella fría haciendo una

floritura.

–Eres oficialmente mi héroe –dijo quitándole el tapón–. Voy a pedir en el ayuntamiento que se erija una estatua en tu honor.

–No sería la primera –bromeó él.

Brooke se rio, pero se dio cuenta de que seguramente habría sido un héroe real en muchas ocasiones.

–Así que eres bombero –un trabajo noble, pero seguramente aterrador, tanto para él como para su familia.

–Y paramédico. La mayoría de los bomberos que trabajamos a tiempo completo tenemos ambas titulaciones.

–Seguramente habrás salvado vidas –Brooke sintió que la parte más trivial de su trabajo, como definir el color de las flores de un ramo, resultaba muy tonta.

Jake se revolvió, parecía incómodo. Más todavía incluso que cuando le pilló el miércoles dando su poca halagadora opinión sobre el compromiso.

–Sí, bueno, todo forma parte del trabajo. Yo no… He visto muchas veces a hombres arriesgar su vida por los demás, hacer más sacrificios de los que yo…

¿Estaba hablando de su etapa en el ejército?

–No te imagino en el ejército –aseguró–. ¿No es una estructura demasiado rígida para alguien que prefiere la libertad de ir donde le lleve su espíritu?

Jake hizo girar el botellín de cerveza entre las palmas sin mirarla a los ojos.

–Ingresar en el ejército me sirvió de mucho. Me ayudó a pagar la universidad, pero también obtuve otros beneficios.

–¿Por ejemplo? –insistió ella.

–Tuve una infancia turbulenta. Por contraste, algunos aspectos de la rígida estructura militar me gustaban.

Brooke parpadeó. No esperaba tener tantas cosas en común con Jake McBride, pero al parecer habían crecido de manera similar.

–Nosotros nos mudábamos constantemente. Mis padres cambiaban cada dos por tres de trabajo. Bueno, mi padre. Mi madre tuvo algunos empleos temporales y varios proyectos creativos fracasados. Nada seguro –la seguridad nunca había sido una prioridad en el hogar de los Nichols.

–Mi madre tenía dos trabajos –dijo Jake–. En parte porque necesitábamos el dinero, pero también creo que era para salir de casa y estar lejos de mi padre. Fue policía mucho tiempo atrás, recuerdo que yo quería ser como él. Entonces resultó herido por un disparo y

terminó bebiéndose casi al completo la paga de invalidez.

–Debió de ser muy duro para vosotros.

–Yo sobreviví –afirmó él.

Pero su tono dejaba claro que no había salido indemne.

Brooke le observó discretamente mientras se acababa el agua. No parecía que fuera a darle más detalles sobre su pasado, pero se dio cuenta de que sentía curiosidad.

¿Cómo había pasado de buscar la disciplina del ejército a convertirse en un hombre que Giff describía como Mister Espontaneidad? ¿Habría sido difícil ser amigo del rico Giff, con sus cariñosos padres, mientras él procedía de una familia que trataba de ganarse la vida teniendo que lidiar con un ex policía alcohólico?

Dejó caer una pregunta neutra.

–¿Tus padres viven todavía por esta zona?

–Sí –Jake dejó el botellín–. Ya he terminado mi cerveza. ¿Quieres bailar un poco más?

–Claro –Brooke le siguió entre la multitud de gente y trató de seguir el pulso de la música.

Al principio le costó trabajo recuperar la fluidez que había sentido antes, pero enseguida se dejó llevar. La música había sido siempre una cura temporal para sus problemas, incluida la repentina torpeza que sentía al estar con un hombre que había revelado más de sí mismo de lo que era su intención.

Cuando el grupo se despidió del público ella se giró hacia Jake con una sonrisa.

–Gracias por acompañarme. Necesitaba esto.

–Ha sido un placer –respondió él–. Yo también me he divertido.

Aunque la temperatura de mayo era cálida, el aire resultaba refrescante tras la confinada atmósfera del club. Brooke cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire. Se dio cuenta de que Jake estaba tarareando una de las canciones de la banda.

–¿Te ha gustado el grupo? –le preguntó.

–Mucho. Y te agradezco que no te hayas reído de mí en la pista de baile.

¿Reírse? Le había maravillado que un hombre de su musculatura se moviera con tanta elegancia. Pero no se lo dijo.

–Hacía mucho que no bailaba. Se me había olvidado que se hace ejercicio de verdad. Me ha entrado hambre.

–Yo también comería algo –reconoció Jake–. ¿Conoces algún sitio por aquí?

–Sí, hay un pequeño restaurante italiano que los fines de semana

siempre abre hasta tarde. Está muy lejos para ir andando, pero está de camino a la autopista.

Durante el camino hablaron de la música que le gustaba a Jake, incluidos un par de grupos daneses que le habían dado a conocer sus compañeros militares más viajados.

Brooke estaba tan enfrascada en la conversación que casi se le pasó la salida que tenían que tomar. Cuando entraron en el restaurante, pensó en los vestidos de novia que iba a probarse al día siguiente. Se tomaría una ensalada de pollo ligera. Pero en cuanto el olor a pepperoni y queso fundido le penetró por las fosas nasales, supo que había perdido la batalla.

Sucumbió a la tentación y pidió calzone. Jake se decantó por los tortellini cuando ella le aseguró que todo estaba buenísimo.

–Voy a arrepentirme de esto –aseguró Brooke en cuanto el camarero se fue–. El calzone no es un plato muy sano precisamente.

–Vive un poco –la regañó él.

–Para ti es fácil decirlo. Mañana no te vas a pasar el día tratando de entrar en seda blanca y tafetán. Grace y yo vamos a ir a ver vestidos de novia –le aclaró sonriendo–. Al menos, doy por hecho que mi cita con Grace sigue en pie y no volveré a encontrarte a ti al abrir la puerta, ¿verdad?

–No, yo estaré durmiendo y luego volveré al parque de bomberos. Es una pena, porque hay formas peores de pasar el día que diciéndole a una mujer hermosa qué le sienta bien –como si se hubiera dado cuenta de lo insinuante que sonaba aquello, añadió bruscamente–. Entonces, ¿vas de compras con Grace, no con tu madre?

–Mañana vamos solo a hacer una búsqueda inicial. Cuando tenga varias opciones escogidas llevaré a mi madre y a mi hermana. Y así tengo la oportunidad de conocer mejor a mi futura suegra.

–Grace es una mujer maravillosa. Fue una segunda madre para mí –aseguró Jake con cariño–. Lo pasé mal al estar tan lejos cuando enfermó.

–¿Por eso decidiste dejar el ejército? –le preguntó Brooke–. ¿Para estar cerca de tus seres queridos?

–Mi tiempo de servicio había terminado. Estaba listo para volver a casa. Además, ¿recuerdas lo que te he dicho antes sobre la atracción que sentía por el estilo de vida disciplinado?

Ella asintió. Lo entendía perfectamente. La rutina era tranquilizadora. Estaba muy bien levantarse por la mañana sabiendo lo que tenía reservado el día.

–Maduré mucho durante mi estancia en el ejército. Me di cuenta de que el orden puede llegar a ser una muleta. No me malinterpretes,

en el mundo militar hay una razón para esa estructura. Ocurre lo mismo con los bomberos. Seguir el procedimiento salva vidas. Lo sé y lo aplico en el trabajo. Pero en el día a día, fingir que la vida sigue un camino seguro y predeterminado es no querer ver la verdad, y supone una cobardía.

–¿Cobardía? –el calor que Brooke había empezado a sentir al ver que tenían cosas en común se enfrió bruscamente–. Haces que suene como si querer una vida ordenada sea una debilidad, pero la verdad es que se necesita esfuerzo y planificación. Las personas vagas que no se molestan en mirar más allá o en seguir un plan tratan de maquillar su falta de carácter haciéndose las despreocupadas.

–Parece que he tocado un nervio –comentó Jake con cautela.

A Brooke se le sonrojaron las mejillas.

–No… no quería llamarte vago. Es que yo me crié en una casa muy «espontánea».

–¿Tú?

–Yo era el bicho raro de casa. No es que esté loca. No tengo los DVDs ordenados alfabéticamente ni un inventario de calcetines.

–No se me había pasado por la cabeza algo así –le aseguró él con una sonrisa.

Tal vez fuera mejor que se callara y comiera. Pero el camarero no les había servido todavía los platos. Teniendo en cuenta lo chispeantes que eran sus conversaciones con el sexo opuesto, le resultaba increíble que un hombre como Giff le hubiera pedido salir, y más aún que se le hubiera declarado. Pero con Giff las cosas no eran así. No se tropezaba con las palabras ni se ponía a la defensiva. Era tan cómodo como ponerse su bata favorita.

Por suerte, en aquel momento apareció el camarero.

–Guau –dijo Jake al mirar el calzone–. Eso es… Guau.

–¡Fuiste tú quien me dijo que viviera un poco!

–Sí, pero eso fue antes de ver el plato. Es lo suficientemente grande como para tener su propia fuerza de gravedad. Parece un planeta.

Ella le miró burlona.

–Claro que no.

–Casi –Jake chasqueó los dedos–. Es como Plutón. Ya sabes, era un planeta cuando nosotros íbamos al colegio pero ahora ha bajado de categoría. ¿Y qué es ahora? El planeta antes conocido como Plutón.

Brooke contuvo una risotada. No quería parecer una adolescente.

–Voy a ignorarte oficialmente para dedicarme a comer.

Jake se centró en su también sustancial ración de tortellini, y ella consiguió terminar las tres cuartas partes de su plato. Cuando el

camarero le dio la cuenta a Jake, Brooke sacudió la cabeza.

–Deberías dejarme pagar –insistió–. Tú has invitado a las bebidas en el club. Al menos, podríamos ir a medias.

–No, puedes invitar tú la próxima vez.

¿La próxima vez?

La idea le provocó una punzada de aprensión. A pesar de haberse divertido aquella noche más de lo que esperaba, no tenía pensado convertir en costumbre pasar tiempo a solas con Jake McBride. Sería demasiado… No era una idea prudente.

–Tal vez podríamos salir alguna vez en pareja los cuatro –sugirió–. Giff y yo y tú y…

–Ahora mismo nos salgo con nadie.

–No será por falta de admiradoras, estoy segura.

A ella nunca se le pasaría por la cabeza tener una relación con alguien como Jake, con sus frecuentes viajes y un trabajo que implicaba un sinfín de situaciones peligrosas. Era todo lo contrario a Giff. Pero muchas mujeres encontrarían incluso sexy su modo de vida.

Brooke puso los ojos en blanco al verle alzar las cejas.

–Oh, vamos. Tienes espejo en casa, ¿verdad?

Jake se rio.

–Gracias. Supongo.

–Entonces, ¿no estás interesado en nadie? –Brooke se dijo que solo estaba siendo amable. Eso era lo que Giff quería, ¿verdad?, que conociera mejor a Jake. Pero no podía negar que quería que tuviera novia. Eso haría las cosas más… simétricas.

Se lo podría presentar a Meg. Ella se lo comería a cucharadas. Pero en cuanto aquel pensamiento se le pasó por la cabeza lo rechazó con un nudo en el estómago. Meg y Jake serían prácticamente cuñados después de la boda, y cuando rompieran, algo que ocurriría ya que las relaciones de su hermana nunca duraban, las reuniones familiares serían muy incómodas.

–Tengo turnos muy erráticos en el parque de bomberos –aseguró él–. A veces trabajo veinticuatro horas seguidas y además le cambio el turno a compañeros que tienen hijos con partidos de béisbol y esas cosas. No todas las novias están dispuestas a aguantarlo. Y salgo mucho de la ciudad, así que no he tenido tiempo de conocer a nadie.

–Giff me dijo que viajabas mucho –era una de las razones por las que no había conocido a Jake hasta aquella semana–. ¿Adónde vas?

–A cualquier sitio. Una de las cosas que descubrí de mí mismo en el ejército fue que me encanta conocer sitios nuevos. Sitos nuevos que no estén en el Oriente Próximo –aclaró mientras se ponían de pie para salir–. He ido a Abbeville, en Louisiana, para ver cómo preparaban

una tortilla de cinco mil huevos.

¿Cinco mil huevos? A Brooke le dio vueltas la cabeza.

–He jugado en los barcos-casino que cruzan el Misisipi, he hecho escalada en Denver. Mi último viaje ha sido a Nuevo México. Todavía me quedan unos días de vacaciones en verano y quiero ir a Hawái. Y en otoño quiero hacer un viaje corto a Nueva Inglaterra, aunque solo sea un día. Quiero ver las hojas.

–No hay mucho colorido otoñal aquí en Houston, ¿verdad? –reconoció ella.

–También me gusta conocer gente nueva –dijo Jake abriéndole la puerta del restaurante–. No sabía que hubiera muchas mujeres capaces de hablar de bandas de rock escandinavo y comer un calzone más grande que su cabeza. Eres una caja de sorpresas, Brooke.

–Eso es irónico –dijo ella con una media sonrisa–. Porque no me gustan demasiado las sorpresas.

–No pasa nada –Jake le guiñó el ojo–. Ya me gustan a mí por los dos.

CAPÍTULO 7

BROOKE acababa de salir de la ducha el sábado por la mañana cuando sonó el teléfono.

–¿Sí?

–¿Escuchaste mi mensaje de anoche? –preguntó Giff con tono avergonzado.

–Sí –cuando Jake la dejó en casa tras su cena tardía encontró una larga disculpa en el contestador. Giff admitía que había sido algo calculado por su parte y que había esperado hasta última hora para pedirle que fuera con Jake por temor a que invitara a otra persona, por ejemplo a Kresley. Pero se vio atrapado en varias reuniones y no se dio cuenta hasta muy avanzada la noche de que no le había dicho nada.

–Entonces, ¿fuisteis juntos al concierto?

–Sí. Y admito que nos lo pasamos bien –iba a decirle que su amigo era un bailarín consumado, pero optó por callarse en el último momento.

Giff suspiró con claro alivio.

–¿Significa eso que perdonas mi maquiavélico momento que nunca más se repetirá?

Voy de camino a Houston y estoy preparado para humillarme en persona.

Ella se rio.

–No será necesario. ¿Y si me prometes que no volverás a tenderme ninguna emboscada?

–Prometido. No lo habría hecho normalmente, ya lo sabes. Pero es un buen tipo.

Quería que tuvieras la oportunidad de ver esa parte de él.

–Bueno, misión cumplida. Y ahora, si me disculpas, tengo treinta minutos para ponerme presentable para tu madre.

–De acuerdo. Te veré mañana.

Brooke estaba deseando cenar en casa de Grace. Seguramente sería deliciosamente normal, totalmente distinta a la velada en la que Giff conoció a sus padres un mes atrás. Los Nichols invitaron a Meg y a su novio de entonces a cenar y cuando Didi cayó en la cuenta de que otra hija también salía con alguien insistió en que Brooke y Giff les acompañaran.

Everett trató de impresionar a los invitados con un plato experimental, pero dejó que su perfeccionismo se interpusiera y dijo que la comida no estaba en condiciones de servirse.

Así que tuvieron que esperar otros cuarenta minutos a las pizzas

que pidieron, y durante ese tiempo el novio de Meg insistió en actuar para ellos. Hizo malabares con varios objetos de casa de Didi y rompió sin querer el trofeo que Brooke había ganado hacía mucho en un concurso de baile. Para ser justos con el malabarista había que decir que se había tomado tres copas con el estómago vacío mientras esperaban la comida. Seguramente haría mejor su trabajo estando sobrio.

«Tendría que haberme declarado yo a Giff después de esa noche», pensó Brooke al salir del apartamento. Cualquiera capaz de ser tan paciente y bien humorado durante aquellas tres horas con la familia Nichols era digno de conservarse. Pero así era Giff, siempre apoyándola. Estaba segura de que respaldaría cualquier decisión que ella tomara.

Lo más parecido que habían tenido a una discusión fue que enviara a Jake en su nombre sin previo aviso, pero incluso eso había salido bien.

De camino a su cita en la primera boutique para novias, Brooke puso el manos libres y llamó a Kresley para ponerla al día.

–Creo que me he precipitado juzgando al amigo de Giff.

–¿Al que es un demonio?

–Exacto –Brooke tomó la siguiente calle–. Anoche estuve con él y…

–¿Qué?

–Giff y yo íbamos a ir al concierto de Red Jump Funk, pero se tuvo que quedar en Corpus y envió a Jake en su lugar para que nos hiciéramos amigos.

–Y parece que funcionó.

–Sí. Cuando no me acusa de casarme con Giff por su dinero es divertido estar con él. Y hay muchas cosas de él que no capté al principio –pensó en lo que debió de haber sido crecer con un padre alcohólico y en las cosas que debió de ver durante su etapa en el ejército. Y, sin embargo, siempre estaba dispuesto a sonreír y a bromear.

–Tengo que decir que he recuperado la fe en Giff –aseguró Kresley–. No tenía sentido que un tipo tan estupendo como él tuviera por mejor amigo a un imbécil.

Tras prometerle que le mandaría fotos por el móvil de los vestidos que más le gustaran, Brooke colgó. Pero se quedó pensando en las palabras de su amiga.

Jake había mostrado su lado más caballeroso la otra noche, pero todavía había aspectos de su amistad con Giff que le resultaban sorprendentes. ¿El consultor que estaría perdido sin la BlackBerry y el tipo que desaparecía de pronto para irse de viaje y que consideraba el

orden una cobardía? Tal vez fuera una confirmación de la teoría de la atracción de los opuestos.

Pero por supuesto, en lo que se refería al amor los opuestos no siempre se atraían.

Giff y ella estaban cortados por el mismo patrón y por eso había sido más fácil construir los cimientos de su relación. Los dos querían lo mismo de la vida y no lucharían por conseguir metas opuestas. Se había enamorado locamente de alguien muy distinto a ella en una ocasión, pero aprendió de aquel error de juventud. Ya era bastante difícil mantener una relación, ¿por qué abocarse al fracaso enamorándose de alguien que tenía una perspectiva completamente distinta de la vida?

–Creo que ya tenemos ganador –Grace sonrió al espejo y cruzó la mirada con la de Brooke–. Estás impresionante, querida.

–Es el vestido –aseguró ella–. Cualquiera estaría impresionante con él.

Grace se rio.

–No es verdad. No todo el mundo puede llevar un traje sin tirantes. Pero mi opinión no importa. ¿Qué te parece a ti?

Parecía perfecto, ni demasiado recargado ni demasiado sencillo. El vestido blanco sin tirantes tenía unos pliegues casi imperceptibles en el corpiño que añadían un toque de discreta elegancia. La falda tenía algo de vuelo sin llegar a ser abullonada. Brooke se había probado dos vestidos aquella mañana y se los había quitado al instante porque parecía una pastorcilla en un baile de presentación en sociedad.

–¿Te importaría tomarme una foto? –preguntó Brooke con aire ausente observando todavía el vestido.

–Oh, Dios mío –la dependienta, que había desparecido un momento para hablar con otra clienta, regresó en aquel instante. Sonrió con aprobación ante la imagen que ofrecía Brooke subida encima de la tarima–. Parece hecho para usted. Y es una suerte, porque no tenemos más tallas. Este vestido ya no se fabrica, así que puedo hacerle un descuento del cuarenta por ciento.

–¿Cuarenta por ciento? –Brooke alzó las cejas. Sería una estupidez no llevárselo. Ya le parecía que estaba muy bien de precio antes, comparado con los demás.

–¡Qué suerte! –exclamó Grace encantada.

–Sí. Esperaba que esto nos llevara más tiempo –lo cierto era que llevaban todo el día de tienda en tienda y ya le dolían los pies, pero nunca pensó que encontraría el vestido adecuado tan rápido.

Grace se echó a reír.

–Es mejor que no hayamos tardado más. Ahora que habéis escogido fecha para mediados de julio, no tenéis mucho tiempo.

–¿Julio? –repitió la dependienta–. Entonces no hay un segundo que perder.

Pero de todas maneras…

–Si me tomo un par de días para pensármelo y tal vez venir con mi madre y mi hermana, ¿me lo podría reservar? –preguntó.

–Se lo guardaremos durante cuarenta y ocho horas con un depósito de veinticinco dólares.

Sonó la campanilla de la puerta y la mujer volvió a excusarse. Grace le hizo algunas fotos desde ángulos diferentes con el móvil para poder enviárselas a Kresley. Brooke tenía intención de cambiarse después, pero se limitó a mirar su reflejo en el espejo.

–¿Va todo bien, querida?

–Sí, yo… –no terminó la frase porque lo que estaba pensando no tenía sentido. Si lo decía en voz alta tendría que darle una explicación a Grace. No fue capaz de articularlo, pero no se veía a sí misma con aquel vestido.

Era precioso, eso sin duda. Lo suficientemente elegante para una novia que se casaba con un Baker, discreto para una boda íntima y adecuado para el calor del verano.

Pero cuando trató de imaginarse con él puesto el día de la boda, avanzando hacia Giff y hacia su futuro, su mente se quedaba en blanco.

–Gracias por hacer las fotos –dijo finalmente–. Voy a cambiarme.

Al mirarse en el espejo del vestidor, Brooke no pudo evitar fijarse en las ojeras que tenía. Tal vez por eso no lograba pensar con mucha claridad aquel día. La noche anterior había estado muy inquieta dando vueltas en la cama con las canciones del concierto en la cabeza. Y pensando en Jake McBride.

Sintió la fuerza de la culpabilidad con la misma potencia que si se hubiera dado con el codo contra la pared. Trató de librarse de aquella sensación. Sus pensamientos no habían sido desleales con Giff; no había fantaseado con cómo sería estar con un hombre como Jake. Solo había estado recordando partes de su conversación y preguntándose sobre otros aspectos de su vida. Interesarse por una persona que acababa de conocer no era deslealtad.

Entonces, ¿por qué le costaba trabajo mirar a Grace a los ojos cuando salió del vestidor?

–No sé tú, pero a mí me vendría bien tomar algo –aseguró la mujer–. He visto que hay una pastelería en la esquina. ¿Quieres que

pidamos unas galletas o unas pastas?

–No tengo hambre, pero sí me tomaría un café.

El interior de la pastelería estaba lleno hasta los topes. Grace y Brooke encontraron sitio en el patio, bajo la sombra de una enorme sombrilla.

–¿Seguro que no quieres medio? –preguntó Grace señalando la tarta de queso.

–No puedo. Estoy cumpliendo penitencia por el calzone de dos toneladas que cené anoche. Pero te prometo que mañana llegaré a la cena con hambre –aseguró Brooke con una sonrisa–. Giff dice que eres una excelente cocinera.

La agradable expresión de Grace se volvió todavía más cálida ante la mención de su único hijo.

–Es un chico maravilloso. Un buen hombre. Estoy ridículamente orgullosa de él, ¿sabes?

–Tienes todo el derecho a estarlo.

–Y estaré igual de orgullosa de llamarte nuera. Hay algo que quiero hacer por vosotros, Brooke. Dejadme que celebre una fiesta de compromiso.

–Eso es muy generoso por tu parte. Ya vas a dejarnos la casa para la boda –Brooke sabía que Giff había hablado del asunto con su madre antes de ir a Corpus y que Grace había accedido al instante, encantada con la idea.

–Me emocionó que Giff me dijera que quería casarse en casa –los ojos azules de Grace se llenaron de lágrimas–. Algunos amigos me sugirieron que vendiera la casa cuando mi marido murió. Giff ya estaba en la universidad y era demasiado grande para mí sola, pero no fui capaz de hacerlo. Y ahora él se va a casar ahí. Y tal vez dentro de algunos años haya nietos corriendo por el jardín y ayudándome a preparar galletas de Navidad.

A Brooke también se le llenaron los ojos de lágrimas. La visión que pintaban las palabras de Grace era exactamente lo que había soñado siempre.

Grace se sorbió las lágrimas.

–¡Mírame! Te juro que antes no solía llorar, y ahora me he convertido en una de esas mujeres que no son capaces de ver el tráiler de una película sin echarse a llorar. Pero basta de sensiblerías, hablemos de la fiesta. Sé que queréis una ceremonia íntima, pero esta celebración le dará a la gente que no vaya a asistir a la boda la oportunidad de felicitaros.

¿Estaría pensando Grace en una gran celebración?

–No quiero que tengas que trabajar mucho –dijo Brooke.

La otra mujer agitó la mano.

–No he tenido mucha diversión en los dos últimos años, así que estoy decidida a recuperar el tiempo. Una fiesta es justo lo que necesito, y supone también la oportunidad de conocer finalmente a tu familia en un ambiente divertido.

No era tan mala idea que Grace iniciara poco a poco su relación con los Nichols con más gente alrededor.

Brooke sonrió.

–Me has convencido.

CAPÍTULO 8

RECLINÁNDOSE en la silla de la oficina, Brooke miró el teléfono que había empezado a sonar. Otra vez.

Había estado escribiendo sobre la boda de otras personas, haciendo llamadas relacionadas con su propia boda y hablando con Grace sobre la fiesta del viernes. Brooke sentía que llevaba colgada del teléfono las dos últimas semanas y media. En ocasiones pasaba más tiempo hablando con Grace que con Giff, aunque no le importaba. Después de todo, Giff estaba trabajando todavía más para poder tomarse dos semanas después de la boda. Suspirando, Brooke descolgó el teléfono.

– *Katy Chronicle,* Brooke Nichols al habla.

–Hola, hermanita. ¿Es un mal momento?

«Depende», pensó Brooke preguntándose si habría algún nuevo drama en la vida de Meg. Todo parecía en orden cuando quedaron para recoger el vestido de boda de Brooke, pero eso fue hacía más de una semana y Meg no necesitaba mucho tiempo para hacer cambios drásticos en su vida.

–Tengo unos minutos.

–Pensé no llamarte porque ya sabes cómo son, seguramente esto termine en las próximas cuarenta y ocho horas, pero por si acaso creí que sería justo advertirte. Este fin de semana es tu fiesta de anuncio de compromiso y sé que odias que te pillen con la guardia bajada.

A Brooke se le puso el estómago del revés.

–¿Tu llamada tiene algo que ver con papá y mamá?

–Mamá me llamó hace veinte minutos para preguntarme si podía quedarse unos días en mi casa. Le dije que por supuesto, a mí me da igual porque trabajo la mayoría de las noches, pero…

–Meg –la interrumpió Brooke con impaciencia–. Al grano.

–Vale. Al parecer se han peleado por una compra impulsiva.

Brooke gimió. Su madre había crecido con siete hermanos y siempre les contaba historias sobre las carencias que había sufrido de niña. Brooke no conocía a sus tíos, Didi no mantuvo el contacto con ellos. Se marchó a Las Vegas en cuanto tuvo edad legal para hacerlo para cumplir su sueño de convertirse en artista de variedades. Le habían dicho que tenía talento, pero al parecer no el suficiente. Se vio obligada a renunciar a aquella aspiración, pero no a la de no privarse nunca de adulta de lo que no había podido tener de niña. Por desgracia, sus compras compulsivas no casaban bien con la tendencia de su marido a quedarse sin trabajo.

«Lo que me faltaba». Brooke trataba de evitar convertirse en la protagonista de las situaciones, como hacían Didi y Meg, pero dentro de dos días sus padres iban a conocer a Grace, y habría preferido que

los Nichols estuvieran en un mejor momento. Por suerte, Meg había conseguido la noche libre para poder ir a la fiesta, así que con suerte ayudaría a distraer la atención sobre el asunto. Siempre que ella no se distrajera con algún invitado guapo.

–Entonces, ¿mamá va a quedarse esta noche en tu casa? –quiso aclarar Brooke.

–Sí, pero como te he dicho, yo estaré trabajando.

–¿Te importaría que pase por ahí para hablar con ella?

¿Habría una manera diplomática de pedirle a Didi que dejara de comportarse como una diva y tratara de no estropear la fiesta de compromiso de su hija pequeña? Seguramente no.

–Eres bienvenida –el tono de Meg estaba teñido de disculpa–. Yo misma lo haría si pensara que podría hacerla entrar en razón, pero esa ha sido siempre tu especialidad. Lo siento, Brooke. Quiero que tu fiesta y tu boda sean perfectas.

Brooke estaba genuinamente conmovida.

–Gracias, hermana. Estoy segura de que entre las dos conseguiremos que nuestros padres se comporten. Y como tú has dicho, la mayoría de sus peleas acaban con la misma rapidez con la que empiezan.

En cuanto colgó el teléfono, Kresley asomó la cabeza por la puerta del despacho.

–Hola –Brooke sonrió–. ¿Existe alguna posibilidad de que tus padres quieran adoptar otra hija adulta? Siempre me han parecido unas personas encantadoras y equilibradas.

Al menos su futura suegra era también una persona organizada y emocionalmente estable.

Kresley, que tenía una expresión preocupada, no se molestó siquiera en responder a la broma.

–¿El amigo de Giff del que me has estado hablando se llama Jake McBride?

–Sí, ¿por qué? –Brooke observó el rostro preocupado de su amiga y pensó en el escáner que tenían en la redacción que captaba la frecuencia de emergencias–. Oh, Dios, ¿ha sufrido algún accidente? ¿Está…?

–No, esta tarde presenció un accidente y se lanzó a ayudar. Un todoterreno embistió a una niña que volvía a casa del colegio.

–¿La niña está bien? –preguntó Brooke angustiada.

–Está grave, pero al parecer Jake consiguió mantenerla con vida hasta que llegó la ambulancia. Mañana saldrá un artículo sobre esta historia, y espero que podamos dar la noticia de su recuperación. Al parecer, Jake había ido al colegio a dar una charla y salió de allí en la

misma dirección que la niña.

A Brooke se le encogió el corazón. De pronto, su problema con los cambios de humor de sus padres le pareció lo más trivial del mundo. No podía ni imaginar lo que estaría sufriendo la familia de aquella pobre niña.

–El caso es que creí reconocer el nombre de Jake –continuó Kresley–. Por lo que dijo el conductor de la ambulancia, es el héroe del día.

–Entonces, es una bendición que estuviera en la zona.

¿De qué pasta había que estar hecho para soportar un trabajo en el que la norma era presenciar el sufrimiento de la gente?

Mientras recorría el corto camino de regreso a casa, Brooke fue pensando en el peaje emocional que tendría que pagar una persona por tener un trabajo como el de Jake.

Sobre todo al tratarse de una persona que parecía ser muy solitaria. ¿Con quién se desahogaba Jake cuando tenía un día difícil? Había dicho que no estaba muy unido a su familia y que no tenía novia.

Dejándose llevar por un impulso, Brooke telefoneó a la oficina de Giff para sugerirle que llamara a Jake por si necesitaba consuelo. Pero cuando le saltó el contestador recordó que aquella noche cenaba con un cliente.

Había pasado por el parque de bomberos con anterioridad, así que hizo memoria y lo encontró. ¿Estaría siquiera Jake allí? Solo había una manera de averiguarlo. Aparcó en un lugar reservado para visitas y salió del coche a toda prisa antes de que le diera por cambiar de opinión. Entró en la zona de recepción, donde una mujer uniformada de cabello rojizo estaba hablando a través de unos auriculares. La pelirroja sonrió a Brooke y levantó el dedo índice.

Un instante más tarde pulsó una tecla del sistema y le dedicó toda la atención.

–¿Qué puedo hacer por usted?

–Estoy buscando a Jake McBride. Soy una amiga –levantó la mano izquierda para que se le viera el anillo de compromiso–. La prometida de Giff Baker.

El rostro de la mujer se iluminó ante la mención del nombre de Giff.

–Ese encanto nos firmó un cheque de muchos ceros el mes pasado cuando recaudamos fondos para la unidad infantil de quemados. Dígale cuánto se lo agradecemos.

Creo que Jake está en la sala de estar con los demás. Siga el pasillo

enmoquetado de azul hasta llegar a la primera sala a la izquierda.

–Gracias –mientras Brooke avanzaba por el pasillo escuchó voces masculinas y trató de identificar la de Jake. Pero ninguna le resultaba familiar–. ¿Hola? –se asomó a una enorme salita de estar en la que había una enorme pantalla de televisión.

Había tres hombres delante. Al escuchar su voz los tres se giraron hacia ella. El más joven, que tenía los ojos de un azul tan oscuro como el uniforme, se levantó de la silla con una sonrisa.

–Por favor, hazme feliz y dime que has venido a hacer un curso de primeros auxilios.

–Hoskins, esa no es manera de tratar a una dama –un hombre calvo de aspecto atlético le lanzó un cojín a su compañero y luego miró a Brooke con timidez–. Lo siento, señora.

Ella se rio entre dientes.

–No pasa nada. Tal vez puedan ayudarme, estoy buscando a Jake McBride.

Los tres hombres se pusieron serios. A Hoskins se le borró la sonrisa y respondió con seriedad:

–Está en la parte de atrás, señora, pero tal vez no quiera recibir visitas. Puedo preguntárselo.

–Se lo agradecería. ¿Puede decirle que Brooke Nichols está aquí?

–Lo haré.

Los otros dos hombres intercambiaron una mirada. A Brooke le dio la sensación de que estaban preocupados por Jake. No había pensado en aquellos hombres antes. Había dado por hecho que Jake era un solitario, pero no había contado con sus compañeros, que seguramente le apoyarían en todo momento.

–¿Brooke?

Ella se dio la vuelta y estuvo a punto de estrellarse contra él, que estaba a su espalda. Hoskins se encontraba a su lado, así que el pasillo estaba un poco apretado. Jake llevaba los mismos pantalones oscuros del uniforme que los demás, pero solo con una camiseta blanca. Tenía el pelo mojado y olía a jabón.

–¿Por qué no vienes conmigo a la cocina? –la invitó Jake–. Allí podemos hablar.

Brooke asintió, rodeó a Hoskins con una sonrisa y siguió a Jake a la cocina. Había una nevera y un microondas, y también dos cafeteras. Jake se dirigió a una de ellas.

–¿Te preparo un café? –le preguntó.

–De acuerdo –Brooke sacó un sobre de crema y varios de azúcar de un recipiente de plástico. Le gustaba el café muy dulce.

Los ojos de Jake la miraron por encima de la taza que le tendió. Su

mirada ya no era del tipo simpático y gracioso con el que había salido al concierto.

–¿Qué te trae por aquí? –parecía asombrado, aunque no molesto por verla.

–Me he enterado de lo ocurrido por la redacción –respondió Brooke.

–Entonces, ¿estás aquí por trabajo?

–No, en absoluto. Estaba… preocupada por ti.

Jake se quedó muy serio antes de que una sonrisa le asomara lentamente a los labios.

–¿Preocupada por mí? –repitió con una risita.

–¿Te resulta divertido? –preguntó ella a su vez más a la defensiva de lo que le hubiera gustado.

–No, claro que no –se apresuró a negar Jake–. Es que es una novedad. Estoy…

–¿Más acostumbrado a cuidar de los demás que a que se preocupen por ti? –Brooke sabía lo protector que era con Giff.

Jake tomó asiento en una de las mesas de cartas de la sobria sala y le hizo un gesto para que se uniera a él.

–Mis recuerdos más lejanos son de preocupación por mi padre, al que habían disparado. Luego me preocupaba por mi madre porque lloraba mucho. Y luego me preocupaba en general porque mi padre gritaba mucho. Pero en realidad no podía hacer nada por ninguno de los dos.

–Y ahora tienes una profesión en la que te pasas la vida tratando de salvar gente –no hacía falta ser Freud para entender cómo había llegado a estar donde estaba.

–No es que estemos todo el rato entrando en edificios en llamas –aseguró Jake–. La mayor parte de lo que hacemos son servicios a la comunidad, como cursos de primeros auxilios y prevención de incendios en colegios –la voz se le quebró un poco y miró hacia el infinito, sin duda reviviendo el accidente–. Parecía tan pequeña y herida… Estaba pálida y no respiraba. He llamado al hospital. Van a tener que retrasar algunas de las operaciones que necesita porque no están seguros de que tenga fuerza suficiente para superarlas.

Brooke se mordió el labio, preguntándose qué podría decir en aquel momento que no fuera un tópico.

–Está viva –dijo finalmente–. Y tiene una oportunidad gracias a ti.

Jake agarró con más fuerza la taza de café, pero asintió con la cabeza.

–Mañana volveré a llamar al hospital.

–¿Trabajas esta noche? –tal vez eso fuera mejor que quedarse solo

en casa.

Él volvió a asentir.

–Mi turno no termina hasta mañana por la noche. Pero estaré en vuestra fiesta de compromiso. Ya he cambiado el turno.

Se le había olvidado por completo la fiesta. Y la última pelea de sus padres y todo lo demás excepto saber cómo estaba Jake aunque no había nada que pudiera hacer para ayudarle a él o a la niña. Debería marcharse. Pero no pasaría por casa de Meg como tenía planeado. Ante las tragedias reales de otras personas no se veía con paciencia de escuchar a su madre quejarse de cómo Everett trataba de controlar sus gastos mientras él pensaba gastarse cien dólares en una sartén para el risotto.

Buscó en el bolso y sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo.

–Supongo que te veré el viernes entonces. Mientras tanto… toma. Ahí está mi número de móvil por si quieres hablar en algún momento –dijo sin excesiva convicción.

Jake tomó la tarjeta con expresión confundida.

–Bueno, adiós –Brooke se puso de pie.

–¿Quieres que te acompañe? –se ofreció él.

–No –Brooke sonrió–. Conozco la salida –se dirigió hacia la puerta.

–Brooke –ella no se giró para mirarlo–. Gracias.

CAPÍTULO 9

–¿ESO es lo que te vas a poner? –preguntó Brooke desde el borde de la cama de agua de Meg, que ocupaba casi toda la habitación.

Brooke lamentó al instante el tono de censura. Su hermana la estaba apoyando mucho en toda la organización de la boda, pero sin duda causaría un gran revuelo con aquel vestido naranja tan escotado.

Meg se detuvo con el lápiz de labios en el labio, alzó las cenas y se miró al espejo.

–Resulta que creo que me queda bien.

–Y es verdad. Te queda de maravilla –admitió Brooke. Habría sido perfecto para una fiesta en la playa. Pero no para los futuros parientes de Brooke ni para los miembros de los clubes más exclusivos de Houston.

Meg suspiró.

–No te ofendas, hermanita, pero no estoy segura de querer recibir consejos de moda de una mujer que parece que va a leer un panegírico en el funeral de un congresista.

–Eh, es vestido negro es un clásico –protestó Brooke.

La puerta del único dormitorio del apartamento de Meg se abrió de golpe.

–¡Ya estoy lista! –exclamó Didi, que parecía un pájaro exótico con su vestido amarillo de volantes–. Meg, cariño, estás impresionante.

–Gracias –respondió Meg con retintín.

Consciente de que estaba en inferioridad numérica, Brooke se excusó murmurando:

–Creo que iré a por un refresco.

Como Didi llevaba dos días durmiendo en el sofá, Brooke tuvo que esquivar los petates de su madre para llegar a la minúscula cocina. Meg había decorado el apartamento de un modo tan excéntrico que la gente que iba a su casa se distraía de la inevitable claustrofobia. Los objetos variopintos casaban sin saber cómo con las portadas retro de revistas de cocina antiguas que Meg conseguía en los mercadillos. Resultaba curioso, pero aquel apartamento barato y desordenado situado en un barrio que no podía considerarse seguro tenía mucha más personalidad que la casa de Brooke, más limpia y situada cerca del centro comercial.

Brooke frunció el ceño y se sirvió un refresco.

«Yo también tengo personalidad. Lo único que pasa es que no estoy emocionalmente unida a mi apartamento. Cuando viva con Giff pondré mis toques de decoración ». Por supuesto, la casa de Giff estaba ya perfectamente equipada y no se le ocurrió pensar en nada que pudiera cambiar. Por alguna razón, la idea la deprimió.

Pero trató de superarlo. Así que su prometido tenía buen gusto, ¿dónde estaba el problema?

Meg y Didi salieron de la habitación. Se habían dado el último toque en el pelo y se habían maquillado. Brooke se prometió a sí misma dejar atrás su irracional melancolía. Las Nichols habían decidido ir juntas a la ciudad en un solo coche. Así Brooke se aseguraba de que nadie se perdiera camino de casa de Grace y facilitaría las presentaciones.

Su padre estaba dando unas clases particulares de cocina y había prometido encontrarse con ellas veinte minutos después de que empezara la fiesta. Por lo que Brooke sabía, sus padres no habían vuelto a hablar desde que Didi se mudó a casa de Meg. No sabía cómo reaccionarían aquella noche, pero rezó en silencio para que todo saliera bien.

El tráfico de Houston era una pesadilla, como siempre, y Brooke agradeció tener compañía durante el trayecto. Meg había descargado algunas canciones de unos grupos nuevos que pensó que podrían gustarle a Brooke. En cuanto las hubieron escuchado lo suficiente como para aprenderse el estribillo, las tres cantaron en voz alta encantadas. Didi, que había recibido clases de canto en los años noventa, era especialmente buena. Y no le daba ninguna vergüenza reconocerlo.

–Mis cuerdas vocales están todavía en buena forma, ¿eh? Podría cantar en tu boda, Brooke. Así le añadiría un poco de emoción a la ceremonia.

Meg debió de darse cuenta de cómo se agarraba su hermana al volante, porque cambió sutilmente de tema.

–Llevo tiempo queriendo preguntarte qué canciones vais a usar en la boda.

Conociéndote, seguro que la música es lo primero que decidiste.

–La verdad es que no. Encontrar vestido y mandar las invitaciones corría más prisa –aseguró Brooke–. Todavía no hemos hecho la selección musical. Oh, vaya, se suponía que tenía que haber girado por ahí.

El tema de los preparativos de la boda quedó temporalmente en suspenso mientras Brooke recorría varios barrios ricos. Su madre emitió sonidos de aprobación y dijo que se alegraba de que su hija se casara con alguien que podía mantenerla holgadamente.

–Nunca tendrás que defenderte cada vez que decidas comprarte una falda o unos pendientes –murmuró Didi malhumorada.

Por su parte, Meg se estremeció ante la opulencia de la zona.

–¿Todas las casas tienen jardines perfectamente cuidados y garajes

de tres puertas?

Qué absurdo. Aunque bueno, a cada uno lo suyo. Si quieres ser la mujercita perfecta…

–Meg, hazme un favor, no compartas tu opinión con nadie en la fiesta de esta noche, ¿de acuerdo? Limítate al «gracias por invitarnos» y «qué casa tan bonita, señora Baker».

Aunque por supuesto, te pedirá que la llames Grace. Créeme no es ninguna mujer fría y perfecta. Es maravillosa. Y ha sido todo un detalle por su parte organizarnos esta fiesta.

Aquello provocó un gemido dramático en la parte de atrás del coche.

–La fiesta tendríamos que haberla organizado tu padre y yo. Ojalá pudiéramos colaborar más con los costes de la boda. Ya sabes que yo no quería que a tu hermana y a ti os faltara nada. Yo viví en primera persona…

–Mamá –Brooke se tiró delante del tren de la autocompasión para hacerlo descarrilar antes de que adquiriera velocidad–. A Meg y a mí nos va muy bien. No somos unas pobres palomitas. Y Giff y yo somos adultos en la treintena y con trabajo. No tenemos ningún problema para pagar nuestra propia boda.

Cuando Brooke le dio las llaves a uno de los aparcacoches que Grace había contratado para aquella noche, pensó que Didi haría más comentarios sobre el dinero, o mejor dicho, sobre la ausencia del mismo. Pero su madre se dirigió directamente a la casa de tres pisos.

–¿Crees que tu padre estará ya aquí? –el tono frío no enmascaraba completamente el anhelo que escondían sus palabras.

–Lo dudo –respondió Brooke–. Ya sabes que esta noche tenía clase. Vendrá en cuanto pueda. Mamá, sé que habéis tenido algunas diferencias esta semana, pero seréis capaces de dejarlas a un lado esta noche, ¿verdad?

Didi se quedó paralizada en la puerta y le lanzó a su hija una mirada cargada de dolor.

–¿Te preocupa que te avergüence? ¿Es así como ves a tu madre, como una vergüenza?

A Brooke no se le ocurrió ninguna respuesta con tacto y al mismo tiempo sincera, pero por suerte se libró de contestar porque Grace abrió la puerta.

–¡Brooke! –Grace era una combinación de entusiasmo juvenil y digna elegancia con su vestido azul marino y las perlas–. Y estas deben de ser tu hermana y tu madre. Aunque podríais pasar las tres por hermanas.

Didi sonrió de oreja a oreja.

–Didi Nichols, encantada de conocerte. Tu hijo es maravilloso.

Grace las abrazó a las tres y las invitó a entrar en el vestíbulo de altos techos decorado con mobiliario antiguo.

–Hemos colocado el catering y la banda de música en el jardín –dijo Grace–. Pero Giff está en el estudio –indicó la espaciosa estancia de la izquierda.

Brooke vio a Giff sirviéndole una copa a uno de sus contactos de trabajo, a un hombre alto que Grace identificó como un primo segundo, y a Jake McBride.

Meg clavó la vista en Jake y susurró:

–Guau, ¿quién es ese?

–El padrino de la boda. Si os presento, ¿me prometes que te sabrás comportar?

Meg ya estaba avanzando hacia los cuatros hombres moviéndose con una elegancia admirable sobre los altos tacones.

–Ni hablar.

Como Grace se había ofrecido a enseñarle a Didi la casa, Brooke corrió tras su hermana. Después de todo, era su fiesta de compromiso y todavía no había saludado a su prometido.

Jake la vio primero y sonrió con calidez. Pero cuando la recorrió con la mirada, su expresión cambió. Parecía asombrado.

Brooke comprobó su propio aspecto de reojo. ¿Tenía una carrera en las medias, le faltaba algún botón? No había comido nada todavía, así que no podía tratarse de una mancha.

No encontró nada fuera de su sitio, así que dejó de preguntarse por qué la miraba con el ceño casi fruncido y saludó al grupo. Giff las besó a Meg y a ella en las mejillas y luego hizo las presentaciones.

Cuando Meg estrechó la mano de Jake inclinó la cabeza hacia un lado y le observó fijamente.

–¿Nos conocemos? Hay algo en ti que me resulta familiar.

Jake miró hacia atrás, donde estaba Brooke, y le guiñó el ojo. Ella no pudo evitar reírse al recordar su primer encuentro en Comida Buena y en cómo le había reconocido nada más verle.

–Tengo buenas noticias sobre la niña del accidente –dijo Jake sin apartar la mirada de Brooke–. La han estabilizado lo suficiente como para poder practicarle las numerosas operaciones que necesita. Parece que va a salir adelante. Tiene un largo camino de rehabilitación física por delante, por supuesto, pero…

–¡Eso es maravilloso! –exclamó Brooke.

–¿Qué niña? –preguntaron Meg y Giff y al mismo tiempo.

Mientras Jake les resumía brevemente el accidente sin destacar su papel de héroe del día, Brooke se dio cuenta de que un miembro del personal de servicio contratado para la ocasión acababa de abrirle la puerta a Everett Nichols.

–Aquí está papá –dijo–. Meg, deberíamos ir a saludarle.

Meg no parecía contenta con la idea de apartarse de Jake, pero acompañó diligentemente a su hermana.

–Jake es Mister Julio –dijo Brooke entre dientes–. De tu calendario de bomberos.

Por eso te suena.

Meg contuvo el aliento.

–¿Eres amiga de uno de los guapos de ese calendario y no te has molestado en comentármelo? ¿O en presentármelo?

–Si no recuerdo mal, conociste a algunos de sus colegas y también te parecieron guapos. ¿Cuántos hombres guapos necesitas conocer? –pretendía que fuera una broma, pero le salió demasiado agresiva. ¿Por qué se mostraba de pronto tan posesiva con Jake?

Era ridículo.

–Hermanita –dijo Meg cuando llegaron al vestíbulo–, una mujer nunca conoce a bastantes hombres guapos.

–Bueno, siento no habértelo mencionado antes. Tenía otras cosas en la cabeza – Brooke sonrió a su padre–. Hola, papá.

Everett sonrió a ambas.

–Vaya, he aquí a las dos jovencitas más bellas de Texas.

Meg se rio.

–No tan jovencitas.

–Habla por ti –protestó Brooke–. ¿Te traigo algo de beber, papá?

–La persona que me ha abierto la puerta me va a traer una cerveza.

–Eso suena bien. Creo que yo también me agenciaré una –Meg desapareció en dirección al jardín.

La banda no había empezado a tocar todavía, pero sonaba como si estuvieran afinando los instrumentos.

–Has llegado muy pronto –le dijo Brooke a su padre–. No te esperaba hasta dentro de otros veinte minutos.

–He terminado la clase unos minutos antes. Quería que supieras lo importante que eres para mí. Además, también quería causarle buena impresión a tu futura suegra –añadió con una sonrisa.

–Te lo agradezco. Grace volverá enseguida, le está enseñando la casa a mamá.

Everett apretó las mandíbulas.

–¿Va todo bien, papá?

–Sí, todo va perfectamente. Excepto por el hecho de que tu madre es incapaz de asumir la crítica constructiva y monta un escándalo a la mínima en lugar de reconocer sus errores.

Brooke contuvo un gemido.

–Papá, sé que mamá y tú estáis enfadados, pero esta noche es muy…

–No tienes que preocuparte de que monte una escena –su padre le revolvió el pelo–.

Soy un adulto maduro.

–Creo que te vendría bien esto –le dijo Giff al oído.

Brooke se dio la vuelta y recordó lo afortunada que era. Un hombre increíblemente guapo vestido de traje con una sonrisa que iluminaba la estancia le estaba ofreciendo una copa de vino. ¿Qué mujer no estaría encantada con aquella imagen?

Acababa de apartarse del grupo de damas voluntarias. Todas ellas habían expresado veladamente su curiosidad sobre por qué Giff no había escogido a su futura esposa entre alguna de ellas. Luego le ofrecieron la posibilidad de participar con ellas en obras benéficas cuando se hubiera casado con Giff. Pasar el rato con aquellas mujeres en lugar de con Kresley, que viviría a más de una hora de camino de allí, le resultaba un poco deprimente.

Así que estaba al pie de las escaleras del porche escudriñando a la multitud en busca de su editora y amiga cuando Giff se acercó.

–Gracias –aceptó el vino agradecida–. Y también tengo que decir que me alegro de verte, forastero. Siento que llevamos toda la noche en direcciones opuestas.

Giff asintió.

–Hay docenas de personas que quieren hablar con nosotros y felicitarnos. Es un trabajo muy exigente porque somos los anfitriones de honor.

–Y más cuando uno de nosotros ha estado ocupado cuidando de sus padres –añadió Brooke con tristeza.

Giff tenía una expresión de simpatía.

–¿Siguen sin arreglar lo suyo?

–Sí, pero al menos tienen el sentido común de evitarse en lugar de pelear –Brooke señaló hacia Meg y Didi, que estaban hablando con otros invitados en una de las mesas.

Por su parte, Everett bailaba con Grace cerca de la banda de música. Brooke sonrió con picardía.

–Se me ocurre una manera de que me puedas ayudar a dejar de pensar en los líos de mi familia.

Giff siguió la dirección de su mirada hacia la pista de baile.

–Llevo toda la noche deseando bailar contigo –mintió descaradamente–. Solo esperaba a que la banda tocara algo adecuadamente romántico.

–¿Te refieres a algo tan lento que apenas tengas que moverte?

Él sonrió.

–Lo dices como si fuera algo malo.

La canción que estaba sonando terminó y fue reemplazada por una pieza festiva.

Giff dio un respingo.

–No te preocupes –se rio Brooke–. No… Oh-oh.

Everett había soltado a Grace y ahora bailaba con otra mujer, una morena. Una morena muy guapa. Al otro lado de la sala, Didi se había puesto de pie de un salto con expresión feroz.

Meg también se puso de pie y colocó una mano en el hombro de su madre. Aliviada al comprobar que se había evitado un potencial desastre, Brooke volvió a girarse hacia Giff, pero no tuvo oportunidad de decirle nada porque Grace les interrumpió.

–Giff, cariño, los Petersen se marchan. Pensé que querrías despedirte de ellos – sugirió sonriendo a Brooke con expresión conspiradora–. Como seguro que sabes, Dermott Petersen es el accionista mayoritario de dos grandes empresas para las que Giff trabaja desde hace años.

–De acuerdo –Giff empezó a subir los escalones, pero vaciló al ver a Jake saliendo de la casa–. El momento perfecto.

Jake alzó las cejas.

–¿Para qué?

–Brooke me estaba comentando las ganas que tenía de bailar, pero por desgracia el deber me llama.

–Por desgracia –repitió Brooke fulminando a Giff con la mirada.

–Nadie ha tenido que retorcerme nunca el brazo para que baile con una mujer hermosa –aseguró Jake tendiéndole la mano–. ¿Vamos?

–Volveré enseguida –prometió Giff mirando hacia atrás mientras subía los escalones de dos en dos.

Jake sacudió la cabeza.

–Trabajo, trabajo y trabajo, incluso en su propia fiesta.

–Tiene una ética del trabajo admirable –le disculpó Brooke–. Y una aversión brutal a la pista de baile.

Jake se rio con ella mientras cruzaban entre la gente. Ella experimentó un extraño escalofrío cuando le puso la mano en la cintura. Aquello no era como el baile suelto estilo libre del concierto. Ahora había que tener contacto con el cuerpo del compañero, y eso le

aceleró ligeramente el pulso.

Trató de disimular la timidez que le provocaba la proximidad y le miró.

–Estás muy bien. Quie-quiero decir, mejor que el otro día. Me alegro de que el diagnóstico de la niña sea bueno.

Jake asintió. Una sombra le cruzó por los ojos antes de que volvieran a brillarle.

–Tú también estás bien. Diferente, pero bien.

–¿Diferente? –Brooke sintió una punzada de emoción cuando él le dio una vuelta en círculo.

–Más oscura –aclaró él mirando su vestido negro de cóctel–. Te he visto de amarillo chillón, de rojo y con el jersey rosa que llevabas el otro día cuando fuiste al parque de bomberos.

Brooke se rio en voz baja.

–No me parecías un hombre que prestara tanta atención a la ropa de las mujeres.

–No lo soy.

Ella no supo qué responder, y fue un alivio ver que Jake volvía a hablar en lugar de dejar que se instalara un incómodo silencio.

–Estás estupenda esta noche –dijo–. Estaba tratando de hacerte un cumplido.

Supongo que estoy más acostumbrado a verte con tonos coloridos y brillando.

Aquello la pilló tan de sorpresa que le pisó sin querer. ¿Brillando? ¿Ella? Había crecido sintiéndose aburrida y sosa en comparación con el resto de la familia.

–¿Brooke?

–Lo siento, me has sorprendido. Es algo que haces con frecuencia –añadió.

–Ah –Jake vaciló–. Pero eso no es bueno, ¿no? Si no recuerdo mal, odias las sorpresas.

Ella se mordió el labio.

–Estoy descubriendo que algunas me gustan más que otras.

Sus miradas se cruzaron y ella volvió a quedarse maravillada ante lo bonitos que eran sus ojos. Apartó al instante la vista y miró detrás de él.

–Eh –sintió una oleada de alivio–. Ahí está Kresley.

Kresley y Dane Flynn estaban a solo unos metros de ellos en la pista de baile, bailando a un ritmo más lento de lo que marcaba la música pero sonriendo.

–¿Es una amiga?

Brooke asintió.

–Una buena amiga. También es mi editora. La estaba buscando justo antes de que aparecieras tú.

Aquella era una excusa excelente para librarse de los brazos de Jake. Por mucho que le gustara bailar con él. Pero bueno, ese era precisamente el problema, ¿verdad? Lo mucho que le gustaba bailar con él.

Se apartó con brusquedad.

–¡Kresley!

Los Flynn la saludaron y salieron de la pista de baile para encontrarse con ella en un lado. Kresley estaba preciosa con un vestido premamá verde. Brooke recordó las palabras de Jake y se preguntó si no estaría un poco apagada de más. Se suponía que aquella noche estaba de celebración. Si se hubiera puesto algo más festivo…

–Tú debes de ser Jake –Kresley inclinó la cabeza y le miró con una sonrisa traviesa– . Soy Kresley Flynn. He oído hablar mucho de ti.

Brooke le lanzó a su amiga una mirada de advertencia que no casaba con el tono amistoso de Kresley.

–Kresley, Dane, este es Jake McBride, el mejor amigo de Giff y el padrino de nuestra boda.

–Encantado de conoceros –le estaba estrechando la mano a ambos cuando apareció Meg.

–Hola chicos. Jake, lamento interrumpir –dijo con un ronroneo– pero, ¿puedo tomar prestada a mi hermana un momento?

–Enseguida vuelvo –aseguró Brooke con la esperanza de que fuera cierto y se tratara de algo fácilmente solucionable.

Meg la arrastró hacia los escalones del porche.

–Mamá está en plan dramático –dijo–. Le he quitado la copa de vino y le he sugerido que entre a refrescarse un poco al baño.

Si no hubieran ido juntas a la fiesta, una decisión que Brooke empezaba a lamentar, le habría sugerido a Meg que se llevara a su madre a casa. O si Didi y Everett actuaran como adultos podrían irse a casa juntos.

Los sollozos que se oían al otro lado de la puerta cerrada le hicieron saber a Brooke en cuál de los baños de la primera planta estaba su madre. Aspiró con fuerza el aire y llamó.

–¿Mamá?

Didi abrió la puerta y la miró con los ojos enrojecidos. Tenía la parte superior de las mejillas manchada de rímel.

–Es… es una fiesta preciosa, Brooke. Y Grace es tan maravillosa

como habías dicho.

Brooke suspiró.

–No parece que tú estés pasándolo bien. Tal vez si hablas con papá te sentirás mejor. Iré a buscarle. Podríais volver juntos a casa y…

–Oh, no se me ocurriría estropearle la diversión a tu padre –afirmó Didi con tirantez–. ¿No le has visto ahí fuera coqueteando con mujeres a las que les dobla la edad?

¡Y yo que le he dado los mejores años de mi vida! ¿Sabes lo difícil que es para una mujer de mediana edad empezar de nuevo?

Durante toda su vida, Meg y Brooke habían escuchado la amenaza de que sus padres podrían separarse. ¿Debería preocuparse de que esa vez fuera en serio? Y entonces pensó: si eran capaces de romper en la noche de su fiesta de compromiso, tal vez se las arreglarían también para recibir los papeles del divorcio durante la celebración de la boda.

–Mamá, te quiero. Sabes que sí. Pero…

–Pero soy una nube negra, ¿verdad? Todo el mundo está encantado por Giff y por ti.

Los invitados se han pasado la noche diciendo que hacéis una pareja preciosa. Todos me han comentado lo bonitas que son las invitaciones de boda, y eso me ha hecho darme cuenta de que yo nunca tuve nada de todo eso. Tal vez no debería sorprenderme que Everett y yo hayamos tenido tantos problemas. Nunca creyó que valiera la pena hacer un esfuerzo por mí. Nuestra boda fue tan… rápida…

–¿No será que tu estado de ánimo está influyendo en el recuerdo de aquel día?

Siempre me has hablado de lo romántico y apasionado que fue dejarse llevar por el momento –señaló Brooke.

–Sí, bueno –Didi sonrió con amargura–. Supongo que deberíamos alegrarnos de que tú hayas aprendido de mis errores y no te hayas dejado atrapar por el romanticismo.

Brooke parpadeó. Su madre tenía razón. Pero, ¿qué decía de una novia el hecho de que durante la fiesta de su compromiso estuviera agradecida por no haber sucumbido al romanticismo?

CAPÍTULO 10

BROOKE encontró a Giff en los escalones del jardín de atrás y le sonrió sin ganas.

–Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Él le tomó la mano.

–He venido a buscarte. Pero tal vez has estado todo este tiempo gastando tacón en la pista de baile.

–No, pero parece que Jake y los Flynn siguen allí. Deberíamos estar con ellos antes de que Kresley se canse y tenga que irse. De hecho, tal vez yo tampoco pueda quedarme mucho tiempo más. Seguramente Meg y yo tengamos que llevar a mi madre a casa.

Trató de no sonar muy preocupada, pero se dio cuenta por el ceño de Giff de que no lo había conseguido.

–Siento mucho que tus padres hayan discutido –le dijo–. Debe de ser difícil para ti.

Pero estoy seguro de que arreglarán las cosas muy pronto.

–Seguramente tengas razón –Brooke se mordió el labio–. Según mi madre, esta pelea es la definitiva, pero siempre dice lo mismo. Gracias a Dios, nosotros no tendremos que preocuparnos de sufrir ese tipo de dramas en nuestro matrimonio. Tú eres muy…

estable.

–Vaya, eso suena arrebatador –dijo Giff con ironía.

Brooke se sonrojó.

–Lo siento. Lo he dicho como un halago.

–¡Brooke, has vuelto! –Kresley se había quitado los zapatos y estaba sentada a una mesa con su marido y con Jake–. Jake nos estaba contando lo que le inspira para emprender sus viajes.

Brooke tomó asiento y miró a Jake con asombro. Le había dicho que le gustaba ir donde le apeteciera, no sabía que le motivara alguna inspiración específica.

–Cuando estuve en Oriente Medio conocí a un chico de Kentucky –explicó Jake–.

Era de un pueblo de trescientos habitantes, nunca había salido de allí y estaba asustado. Me dijo que sería una ironía si llegaba a morir por su país, porque no había visto nada de él.

Los dos conseguimos volver a casa de una pieza, y una vez en Texas me di cuenta de que yo era muy parecido a él. Me he pasado la vida aquí, y aunque no tengo prisa en cambiar de residencia quiero visitar los cincuenta estados, conocer el país al que he servido. Mi siguiente viaje es a Tennessee, me lleva el martes un amigo en avión. Tengo cuatro días libres seguidos.

–Ha estado en Alaska –le dijo Kresley a Brooke.

–Esa parte me la facilitó el ejército –intervino Jake–. Estuve seis meses en la base militar.

–Y tiene pensado ir pronto a Hawái –añadió Kresley–. Con la visita a esos dos estados, los otros cuarenta y ocho parecen más fáciles en comparación.

Jake se rio.

–En comparación sí. Pero la gente se olvida de lo grande que es este país.

–Es verdad –reconoció Kresley sentándose más recta en la silla–. Gracias a las redes sociales se puede saber qué esta haciendo la gente cada minuto a miles de kilómetros.

¿Sabes?, creo que esto podría ser un reportaje muy interesante para la sección de estilo de vida. Un hombre de la localidad, y nada menos que un héroe…

–Oh, Dios, ya se ha lanzado –dijo Dane con cariño.

Kresley ignoró el comentario de su marido y continuó:

–Un antiguo soldado tratando de llegar a conocer América.

Jake abrió los ojos de par en par y se revolvió incómodo en la silla, lo que provocó una carcajada en Brooke. Era un hombre dispuesto a lanzarse a infiernos en llamas pero, al parecer, le ponía nervioso que escribieran un artículo sobre él.

La miró con el gesto torcido.

–Te parece una tontería que escriban sobre mí, ¿verdad?

–No, en absoluto –se apresuró a aclarar Brooke–. Me reía de… otra cosa. Creo que podría ser un gran reportaje.

Giff asintió.

–Tal vez podrías escribirlo tú, Brooke. Siempre dices que te gustaría tener la oportunidad de escribir sobre algo más que bodas.

Jake alzó una ceja.

–¿A la mujer que va a casarse no le gustan las bodas?

–Me encantan las bodas –gruñó ella tratando de ignorar la anterior preocupación sobre que debería estar más emocionada con los preparativos.

–Entonces está hecho –dijo Kresley con tono autoritario y profesional–. Tengo que ver el presupuesto con el que contamos antes de que ajustemos los detalles de los viajes, pero has dicho que un amigo te iba a llevar a Tennessee en avión, ¿verdad, Jake?

–Es instructor de vuelo y tiene avioneta propia.

–¿Cuánto crees que cobraría por llevar también a Brooke? –preguntó Kresley.

Brooke giró la cabeza de golpe.

–¿Qué?

–Si a Jake no le importa tener compañía, puedes viajar jueves y viernes, hay presupuesto para una habitación de hotel –Kresley se encogió de hombros–. Pero tendrás que hacer tú también las fotos. No voy a enviar también a un fotógrafo.

Eso no era ningún problema. Había varios redactores en el *Chronicle,* Brooke incluida, que escribían y también podían hacer las fotos de un reportaje. Pero la idea de pasar una noche fuera con Jake McBride se le hacía cuesta arriba.

Brooke miró a Giff.

–¿Para ti no supone ningún problema?

Giff pareció asombrarse por la pregunta.

–Sería una tontería por mi parte poner objeciones. Soy yo quien ha sugerido que lo escribas tú. Además, así tendré más tiempo para trabajar día y noche sin sentirme culpable y dejar libre la agenda para después de la boda.

Tenían pensado pasar la luna de miel en Puerto Vallarta, en México, y tomarse también unos días para la mudanza de Brooke.

La idea de la luna de miel le provocó una punzada en el estómago, y se giró hacia Jake.

–No hemos confirmado si a ti te parece bien esto. Yo…

–Por supuesto que sí –afirmó él con naturalidad–. No sé qué le puede interesar a la gente sobre mí, pero si Kresley y tú creéis que hay algo que contar, estaré encantado de colaborar. Podemos matar el tiempo durante el viaje intercambiando historias vergonzosas sobre Giff.

El prometido de Brooke gimió de buen humor.

–¿Es demasiado tarde para que cambie de opinión?

Jake se giró hacia Kresley.

–Mi amigo tiene pensado llevarnos a mí y a un cliente de pago. Su avioneta tiene tres asientos sin contar con el del piloto. Hablaré con él para ver si todavía tiene un asiento libre. No creo que Boom le cobre a Brooke nada, ya que viaja conmigo.

–¿Boom? –repitió Brooke.

¿Quería dejar su vida en manos de un hombre que se llamaba Boom? ¿No era así como sonaba un avión al estrellarse?

–Antes de considerar siquiera la posibilidad –comenzó a decir–, tienes que prometerme que no tendremos que saltar en paracaídas.

Todos se rieron, y Jake dijo:

–No, te aseguro que el avión aterrizará en una pista de verdad.

–Bien.

Porque al estar cerca de Jake ya se sentía como si hubiera saltado al vacío.

Jake miró hacia las estrellas, aunque desde el jardín de Grace no se veía ninguna.

Eso era algo que el dinero no podía comprar. La casa era impresionante con sus tres plantas y sus habitaciones que parecían sacadas de una revista de decoración. Pero el cielo de la noche estaba emborronado por la contaminación y las luces de la ciudad. La modesta casa de Jake a las afueras de Houston no tenía cuatro cuartos de baño, pero la mayoría de las noches podía encontrar media docena de constelaciones sin problema.

Tras la música en vivo que había estado sonando durante las últimas tres horas y las conversaciones alegres de los invitados, el jardín estaba ahora tranquilo. Solo se escuchaba el ruido de los camareros recogiendo, que competía con el cri-cri de los grillos. Él se había ofrecido a ayudar a recoger, pero Grace declinó la oferta aunque se la agradeció.

–Eres un buen chico. Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti –añadió.

Jake sintió una punzada de culpabilidad. Era un comentario en apariencia inocente, pero le había llegado al alma. Sabía que debería visitar a sus padres, o al menos hablar más con ellos. Jake quería pensar que el optimismo de su madre tenía razón de ser. Al parecer, su padre estaba a punto de cumplir un año sin probar una gota de alcohol, pero a Jake le sonaba a las falsas promesas que había oído de niño. Tras largas temporadas de éxito, su padre recaía una y otra vez. Y cada recaída resultaba más dolorosa por la esperanza creada en lo meses anteriores.

Giff le había dicho que ya que no tenía prisa podría quedarse a tomar una cerveza, ya que solo se habían visto de pasada durante la fiesta. Pero aquel triste recordatorio sobre el alcohol hizo que entrara y detuviera a su amigo antes de que llegara a la nevera.

–Pensándolo mejor, yo tomaré un refresco –dijo.

–Me parece bien. Ha sido una noche larga y los dos tenemos todavía que conducir de regreso a casa –Giff sacó dos refrescos y los llevó a la mesa oval de la cocina.

Jake sintió el *déjà vu* con la fuerza de un golpe.

¿Cuántas veces se había sentado en aquella misma superficie de madera pulida esperando a que Giff llevara algo de merienda? Casi podía oler las galletas caseras de Grace cocinándose en el horno. En cuarto hacían los deberes de matemáticas allí. Y unos años más tarde

apostaban en la cocina iluminada por el sol quién sería el primero en conseguir pareja para el baile de San Valentín. Cuando estaban en el instituto, Jake solía unirse a los desayunos familiares del sábado porque se quedaba a dormir la noche anterior tras el partido de fútbol de los viernes. Recordaba perfectamente al señor Baker mirándole por encima de las aceiteras de diseño de Grace y diciéndole:

–Estoy orgulloso de ti, hijo.

A Jake le ardió la garganta. Pensaba que nunca había experimentado la sensación de estar en casa, de tener un hogar, pero solo era verdad a medias. Los Baker le habían hecho aquel regalo, pero no era uno de ellos. Al final de la tarde o del fin de semana siempre tenía que volver a su auténtica casa. A la casa en la que había dos baños pero no funcionaba bien ninguno, en la que había una madre con los ojos siempre hinchados de llorar y un padre alcohólico y furioso.

Jake vio de pronto su impacto ante el repentino compromiso de Giff con otros ojos.

No era solo asombro por la rapidez con la que había sucedido. Había proyectado su incapacidad para verse a sí mismo casado. Por su parte, Giff había crecido en aquella casa con unos padres que le adoraban y que también se adoraban entre ellos.

Sin duda Giff y Brooke continuarían con aquella tradición, con su propia mesa en una cocina a la que invitarían a Jake en los cumpleaños y en Acción de Gracias. Jake ignoró la inesperada punzada de resentimiento y se reprendió a si mismo. «Soy mejor que eso», se dijo. «Quiero que mi amigo sea feliz».

Tenía que apoyar a Giff en las decisiones que tomara, pero no pudo evitar decirle:

–¿Sabes en qué estoy pensando? –le preguntó a Giff.

–Dame una pista.

–Veronica Dean.

Giff dejó escapar un silbido.

–Exacto.

Los dos habían conocido a Veronica justo después de graduarse en el instituto, pero Jake no se atrevió a dar el paso porque no se consideraba lo suficientemente bueno para ella. Giff no tenía ese problema, así que le pidió salir primero y estuvieron juntos de manera apasionada hasta que él se marchó a la universidad en otoño. Después su relación acabó de manera natural.

Jake le señaló con la botella.

–Estabas loco por aquella mujer. Me acuerdo de cómo la mirabas.

Giff sonrió recordando sus dieciocho años.

–¿Y quién puede culparme? Era Veronica Dean.

–No miras así a Brooke –decirlo en voz alta le pareció una traición, pero la culpa no convertía aquellas palabras en menos ciertas.

–¡Maldita sea, Jake! –Giff golpeó la mesa con la botella y el líquido gaseoso se desparramó rápidamente por el mantel de plástico–. No puedo creerlo. Creí que Brooke ya te había empezado a caer bien.

–Y así es.

–Pero vas y me tiendes un trampa con… ¿con qué? ¿Con el hecho de que haya madurado desde que era un adolescente salido?

–No era mi intención el…

–Si estás buscando un modo de sugerir que Brooke no es suficientemente buena para mí, entonces tal vez deberías marcharte.

–No es eso lo que quería decir –dijo Jake en voz baja.

Lo cierto era que Brooke y Giff parecían tenerse cariño el uno al otro, pero no pasaba de ahí.

–Bien. Vas a tener que aceptar a Brooke –Giff se pasó nerviosamente la mano por el pelo–. Porque toda esa cuestión sobre si merece casarse con un miembro de la familia Baker es ridícula. Eres tú el que tiene el problema, amigo, no yo.

Jake mantuvo la boca cerrada. Decir algo más sería tan inútil y potencialmente peligroso como arrojar agua a un fuego eléctrico. Además, no había una manera diplomática de explicar que la cuestión no era si Brooke merecía la pena o no.

Sino que era ella la que se merecía algo más.

CAPÍTULO 11

–EXPLÍCAMELO otra vez –Meg, que no trabajaba porque era miércoles por la noche, se movió alrededor de la cama de Brooke para dejar sitio a la maleta abierta–. Yo soy la hermana alegre que se mete en líos y, sin embargo, eres tú la que está prometida a un hombre rico y se va a pasar el fin de semana con su amigo el guapo. Hay tantas cosas al revés en este asunto que no sé por dónde empezar.

Brooke la miró con expresión paciente.

–No me voy a pasar el fin de semana con Jake. Bueno, técnicamente sí, pero no del modo en que tú insinúas.

Tanto si la convenció como si no, Meg tuvo el buen juicio de cambiar de tema.

–¿Te has subido alguna vez a una de esas avionetas? No es precisamente como viajar en primera clase –como si alguna de ellas hubiera viajado en primera clase alguna vez.

–Ya lo sé –Brooke entornó los ojos–. Recuérdame por qué estás aquí animándome con tus útiles comentarios en lugar de estar en tu casa.

–Después de una semana con mamá, mi casa me parece vacía ahora que se ha ido.

Meg le había contado el día anterior por la mañana que, harta de las quejas de su madre sobre las hipotéticas aventuras de Everett, finalmente se había ofrecido a seguirle como si Didi fuera una cliente que sospechara que su marido le era infiel. En lugar de aceptar la oferta de su hija, a Didi al parecer le entró miedo de lo que pudiera descubrir y corrió rápidamente a casa a hacer las paces con su marido. Brooke no pensaba ni por un momento que su padre pudiera ser infiel, pero sus coqueteos cada vez que se peleaba con su mujer tampoco subían la moral.

–No he vuelto a saber de ella desde que se fue –dijo Meg–. ¿Crees que se habrán matado finalmente el uno al otro?

Brooke se detuvo mientras doblaba un par de vaqueros y se lo pensó.

–No. Trabajo en una redacción de prensa. Si hubiera habido un doble homicidio, ya lo sabríamos.

–Claro, es que el *Katy Chronicle* es un periódico de vanguardia.

–¡Eh, eso es innecesario! Tengo un sueldo fijo, una jefa que me cae bien y entrada libre a muchos eventos.

–No te ofendas –Meg alzó las manos–. Solo me estaba metiendo contigo porque es lo que hacen las hermanas mayores. Pero lo cierto es que te tengo un poco de envida. Has encontrado tu sitio.

No era típico de Meg sonar tan angustiada. Brooke se sentó sobre el colchón a su lado.

–Tú también encontrarás el tuyo. Tu curso de detective privado…

Meg gruñó.

–Lo dudo. Al principio sonaba emocionante, pero hay mucho papeleo, búsqueda en el ordenador y esperas en el coche. ¿Sabes lo aburrido que puede llegar a ser un seguimiento? Te pasas la mitad del tiempo pensando en las ganas que tienes de ir al baño y la otra mitad dándote atracones de comida para no dormirte. Dentro de un mes habré aumentado una talla.

–Que Dios nos proteja.

Meg ignoró el sarcasmo de su hermana, que tenía más curvas que ella, y continuó:

–Ser detective privado no es ni la mitad de interesante que tu trabajo.

–¿Escribir sobre bodas? –durante un instante Brooke se olvidó de defender su posición de periodista.

–Admítelo, ¿no te emociona al menos un poco irte de viaje con Jake McBride, poder centrarte completamente en él con la excusa de escribir una historia?

–¿Por qué me parece ver comillas imaginarias cuando dices eso? Eres consciente de que voy a escribir un reportaje, ¿verdad? –pero por supuesto, ningún reportaje le había provocado tantas mariposas en el estómago como aquel, ni siquiera cuando entrevistó al gobernador de Texas cuando era estudiante universitaria en Austin.

Cada vez que pensaba en el viaje a Tennessee con Jake sentía ganas de sonreír y de vomitar al mismo tiempo. Pero las náuseas y los nervios no se debían sin duda a estar a solas con él, sino a la avioneta pilotada por un hombre llamado Boom. ¿Quién no estaría histérico en semejantes circunstancias?

–¿Qué es esto? –Meg frunció el ceño ante la desteñida camiseta de talla grande que Brooke tenía en la mano.

–Es una camiseta para dormir.

–Me matas. ¿No tienes algo negro con encaje?

–Es un viaje de trabajo, no una luna de miel. Estoy prometida a Giff –aseguró con firmeza.

–Sí, prometida para casarte. ¿Sabes cuántas mujeres en tu posición se permitirían tener una última aventura?

Una imagen erótica y completamente inapropiada trató de abrirse paso en la mente de Brooke, pero ella se lo impidió.

–Eso sería una infidelidad, y yo nunca haría algo así. ¡Y menos con

el mejor amigo de Giff!

–Mmm.

–¿Qué se supone que quiere decir eso? –Brooke era una mujer adulta. Sabía que no debía morder el anzuelo que le echaba su hermana.

En teoría.

–Bueno, si las cosas entre Jake y tú son tan platónicas como dices…

–¡Lo son!

–Entonces, ¿por qué me desmembrabas con la mirada cada vez que le sonreía en tu fiesta de compromiso?

Brooke se quedó momentáneamente sin palabras. Recordaba a la perfección las sonrisas que su hermana le había lanzado al guapo bombero. Y cómo se había sentido ella.

Enfadada. Posesiva.

Tragó saliva y trató de defenderse.

–Tienes una imaginación calenturienta.

Meg sacudió la cabeza y se puso de pie.

–Me acuerdo de las historias que inventabas en cuanto fuiste capaz de hablar. Mamá siempre decía que yo tenía su vena artística, pero tú eres la más imaginativa. Si te has convencido a ti misma de que no te sientes atraída por Jake McBride, entonces eres mejor cuentista de lo que yo pensaba.

Jake pensó en la posibilidad de llamar a Brooke o a su editora para tratar de librarse de aquel viaje. En los últimos días se había dado cuenta de que seguramente no era una buena idea. Por otra parte, las cosas con Giff no estaban demasiado bien, y sin duda se tomaría la cancelación del viaje como una señal de hostilidad hacia Brooke. Y eso no podía estar más lejos de la verdad.

Y sin embargo, ahora que estaba en la puerta de su casa con la mano levantada para llamar, sonrió ante la idea de volver a verla. Se lo había pasado muy bien la noche del concierto y había descubierto una amistad profunda en potencia la noche que fue al parque de bomberos para ver cómo estaba. Una parte de él, la parte más suicida, esperaba emocionado con aquel fin de semana.

Brooke abrió la puerta tan rápidamente que parecía que hubiera estado esperando su llegada al otro lado. ¿Tendría también ganas de verle? El corazón se le aceleró ante la perspectiva.

–Hola –dijo ella con tono cálido.

Parecía una mujer completamente distinta a la que le había abierto la puerta la noche del concierto. Jake alzó la barbilla y señaló la

chaqueta ligera de color púrpura que ella llevaba puesta.

–Color. Me gusta.

Ella soltó una carcajada que atajó bruscamente.

–Es mi impermeable. La predicción del tiempo habla de chubascos dispersos.

¿Crees que es seguro volar así?

Consciente de que lo preguntaba en serio, Jake hizo un esfuerzo por no sonreír.

–Boom ha volado en el espacio aéreo enemigo mientras le disparaban y siempre ha llegado a su destino de una pieza. No creo que un cuarenta por ciento de posibilidades de chubascos ligeros vaya a echarle atrás.

–De acuerdo –Brooke respiró hondo–. Si tú dices que no pasa nada, dejaré de preocuparme. Confío en ti.

«Mal hecho».

Si fuera un hombre mejor lo habría dicho en voz alta. Se merecía que la advirtiera de que cada vez tenía más claro que iba a aprovechar el fin de semana para tratar de convencerla de que no se casara con Giff.

Jake siempre había tenido un fuerte sentido de la lealtad, un código de honor innato por el que se regía. Normalmente eso bastaría para evitar que se entrometiera. El problema era que cada vez estaba más convencido de que la boda de Brooke y Giff era un error, que si tuvieran la oportunidad los dos sentirían algo más fuerte y profundo por otra persona.

¿Como por ejemplo él?, le preguntó la voz de la conciencia. La línea entre las buenas intenciones y el egoísmo perverso se había borrado de manera significativa.

Jake trató de conjurar la imagen de Brooke y Giff en la mesa de la cocina rodeados de niños. Pero solo le vino a la cabeza la mesa sucia de un local en la que Giff estaba sentado haciendo un esfuerzo por no aburrirse mientras escuchaba a una banda de rock independiente y Brooke se decía a sí misma que no pasaba nada por no bailar, que había cosas más importantes.

–Jake, ya sé que acabo de prometer que no voy a preocuparme, pero lo retiro.

Pareces angustiado. ¿Pasa algo?

¿Aparte del riesgo de sabotaje de su compromiso?

–Nada en absoluto.

El vuelo a Chattanooga fue mucho más fácil de lo que Brooke había imaginado.

Pero el aterrizaje no.

Brooke había estado en montañas rusas con menos sacudidas. El pasajero que iba sentado con Jake y Brooke, el cliente de pago de Boom, había empezado a roncar a los cinco minutos del despegue y no pareció que le molestaran ni el chirrido ni la sacudida del aterrizaje. De hecho, Brooke tuvo que despertarle para decirle que habían llegado.

Jake parecía que estaba tratando de contener la risa cuando la ayudó a salir del avión.

–Siento las turbulencias del final –les dijo Boom–. Bueno, entonces, ¿os veo el sábado por la tarde?

Jake asintió.

–Allí estaremos. Gracias por traernos, amigo.

Los dos hombres se estrecharon la mano y luego Boom sonrió a Brooke.

–Me ha encantado conocerla, señora.

Ella le dio las gracias de corazón. Dejando a un lado el aterrizaje, había volado gratis. ¿Cuántas veces se tenía la oportunidad de hacer algo así?

Y en realidad había disfrutado del vuelo. Jake le había dado mucha información sobre cómo era el típico día de un bombero cuando no estaba luchando contra el fuego. Por ejemplo, el mes anterior hicieron prácticas de incendio con una casa que iban a demoler. Y

aunque Brooke sabía que los bomberos iban a hablar a los colegios de manera habitual, nunca había pensado en la importancia de que los niños los vieran completamente equipados, algo que podía resultar bastante intimidatorio.

–Lo que pasa con los niños –le había dicho–, es que cuando se asustan se esconden en los armarios o debajo de las camas. La habitación está llena de humo oscuro, lo que puede resultar aterrador también para un adulto, y entonces aparece una persona con botas, guantes pesados y un depósito en la espalda respirando a través de una máscara que le tapa toda la cara. Los niños piensan que se trata de Darth Vader, no de uno de los buenos.

Así que los bomberos les mostraban todas las piezas del equipamiento que utilizaban y luego se lo ponían, de modo que al final de la presentación los alumnos podían interactuar con el bombero.

–Con suerte, ninguno de esos niños estará nunca en un incendio, pero si llegara a ocurrir ya saben que no tienen que esconderse de nosotros, lo que aumenta el número de vidas que pueden salvarse.

Cuando se despidieron de Boom alquilaron un coche para conocer

mejor Chattanooga. Jake sonrió mientras abría el turismo blanco.

–No estoy acostumbrado a viajar con nadie. Me gusta.

–Gracias. Espero que sigas pensado lo mismo el sábado. A veces me pareces un lobo solitario y, sin embargo, Kresley te ha puesto en posición de tener que llevarme contigo –Brooke frunció ligeramente el ceño–. Creo que es cosa de las hormonas.

Normalmente no es tan impulsiva.

–Lobo solitario, ¿eh? ¿Es una manera educada de llamarme antisocial? –bromeó Jake–. Créeme, estoy acostumbrado a compartir espacios muy reducidos con más personas.

Brooke se abrochó el cinturón de seguridad y se giró hacia él expectante.

–Bueno, ¿y cuál es el plan ahora?

–¿Plan? –Jake arrugó la nariz con gesto exagerado–. Está usted equivocada, señorita Nichols. Esto no es una emergencia, no tenemos que seguir ningún plan. Podemos hacer lo que nos apetezca o no hacer nada en absoluto, tomar un postre antes de la cena o incluso llevar un calcetín de cada par.

Brooke apretó los labios, consciente de que se estaba burlando de ella pero divirtiéndose a su pesar. Aunque no pensaba admitirlo.

–¿Has terminado ya?

–Por supuesto que no –afirmó él sin asomo de arrepentimiento–. Pienso burlarme mucho de ti.

–Giff y tú sois muy diferentes.

Jake la miró de reojo mientras ella encendía el coche.

–¿Quieres decir que él es un caballero que nunca le tomaría el pelo a una dama mientras que yo soy un granuja que no se toma nada en serio?

–No. Bueno, sí –se corrigió Brooke devolviéndole la pelota–. Pero es más que eso.

Sé que habéis crecido juntos y por eso estáis tan unidos. ¿Crees que si os hubierais conocido en el instituto o en la universidad seríais tan amigos?

Jake guardó silencio durante un largo instante con expresión repentinamente seria.

–No lo sé. Quiero creer que sí. Es un gran tipo, y probablemente una buena influencia para mí. Si su familia no hubiera cuidado de mí, creo que me habría convertido en un lobo solitario y antisocial. Cuando era adolescente estaba lleno de rabia.

Por lo que le había contado sobre su padre y la bebida, tenía sus motivos.

–Me alegro de que los Baker estuvieran allí para ti –dijo Brooke.

–Sí, yo también –lo dijo en tono sincero, pero apretó las mandíbulas en un gesto más lúgubre que agradecido.

Giff era el denominador común entre ellos y, sin embargo, resultaba paradójico que al hablar de él la conversación hubiera pasado de juguetona a tensa. Brooke se quedó sentada en silencio lamentando la tensión que había creado inadvertidamente. No quería decir nada más para no empeorar las cosas.

Cuando salió del aparcamiento, Jake rompió el silencio con tono natural.

–No suelo ir a destinos turísticos. A veces acampo en algún lugar oscuro que la gente no conoce. Pero en Chattanooga hay muchos sitios populares que sí quiero ver, como el acuario y las cataratas de Ruby Falls. He pensado que podríamos buscar un hotel en la ciudad y salir desde ahí. ¿Hay algo en particular que te apetezca hacer mientras estemos aquí?

–Gracias por preguntar, pero esta es tu escapada.

Yo solo estoy aquí para documentarla.

Si hubieran sido sus vacaciones, ella habría preferido la seguridad de saber que tenían habitaciones reservadas, pero Jake aseguraba que la improvisación formaba parte del encanto. Brooke sacó una pequeña grabadora del bolso.

–¿Te importa que te grabe? Sé por experiencia que, si intento tomar notas en un vehículo en movimiento, luego no podré leerlas. Ya tengo una letra bastante espantosa de por sí.

Jake giró un instante la cabeza hacia ella antes de volver a mirar hacia delante.

–Estás de broma.

–No. Caligrafía era la única asignatura que me daba miedo suspender en primaria.

Si me concentro y hago un gran esfuerzo puedo escribir unas cuantas líneas bien escritas.

–No te imagino haciendo algo desordenado –afirmó Jake–. Ni siquiera la caligrafía.

–Ahora ya conoces mi oscuro secreto, que solo conocen los miembros de mi lista de Navidad. Cada año les mando una tarjeta con letra impresa. Solo escribo a mano mi nombre –admitió.

Jake sonrió.

–Bueno, cuando reciba las próximas Navidades una felicitación tuya y de Giff ya sabré a qué atenerme.

Brooke pensó en las siguientes Navidades e imaginó un árbol precioso, a Giff cortando el jamón y a Grace llevando regalos

envueltos en papeles de colores coordinados.

La Navidad perfecta. Sonrió para sus adentros, la imagen positiva le daba serenidad. Estaba pensando en qué podría regalarle a Giff por Navidad cuando Jake se aclaró la garganta y la devolvió al presente.

–¿Estás aquí? –le preguntó.

–Sí, supongo que sí. Me he distraído. Qué poco profesional, ¿verdad? Bueno, entonces, ¿no te importa que te grabe?

–No. Dispara.

–Bueno. Entonces, cuando volviste a Estados Unidos y te diste cuenta de que querías llevar a cabo este proyecto de viaje, ¿cuál fue tu primer destino?

Charlaron animadamente durante los siguientes quince minutos mientras seguían las indicaciones hacia el corazón de Chattanooga. Finalmente Jake la interrumpió para señalar el cartel de un hotel perteneciente a una franquicia.

–¿Qué te parece?

Daba la impresión de ser una opción de precio razonable sin ser cutre.

–Muy bien.

Unos instantes después estacionaron en el aparcamiento del hotel. Jake le sostuvo la puerta mientras entraban en el recibidor. La guapa pelirroja de recepción miró a Jake con avidez, pero Brooke trató de no fijarse. No tenía derecho a sentirse celosa, aunque desde el punto de vista de aquella mujer eran una pareja, y por eso la sonrisa coqueta resultaba molesta.

Pero a la pelirroja se le borró la sonrisa y frunció el ceño en expresión de disculpa cuando Jake le preguntó si tenía habitaciones libres.

–No, lo siento. ¿No tienen reserva? Este fin de semana se celebra el concurso de gospel y han venido muchos coros de todo el país. Está todo ocupado. Como en la mayoría de los sitios –añadió.

Jake y Brooke escucharon la misma respuesta en el segundo y tercer hotel al que fueron.

El encargado de recepción sugirió:

–Podrían intentarlo donde Bob y Erma, en lo alto de la carretera.

–¿Bob y Erma? –repitió Brooke–. ¿Es una posada familiar o algo así?

–No, señora, Bob y Erma son padres de tres hijos que se han ido a la universidad, así que alquilan sus habitaciones.

¿Dormir en la habitación de un adolescente? Brooke se imaginó a sí misma en un dormitorio que olía ligeramente a calcetines sudados y

con las paredes cubiertas de pósteres de chicas en biquini.

–Eh… gracias por el consejo –dijo Jake arrastrando a Brooke hacia la puerta.

Ella le miró con el gesto torcido cuando se subió al coche.

–¿Lo ves? Esta es una de las razones por las que a algunas personas nos gusta planear las cosas con antelación.

En lugar de reconocer que tenía razón, Jake le reprendió:

–¿Dónde está tu sentido de la aventura?

Brooke aspiró el aire por la nariz.

–Creo haberte dicho ya que el resto de mi familia tiene esa parte cubierta. Hubo un tiempo en el que traté incluso de inculcarles un poco de sentido común, pero fue como darme con la cabeza contra un muro de ladrillo.

Jake se la quedó mirando un largo instante antes de encender el motor.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, que empezaba a sentirse un poco incómoda.

–Nada. Estaba pensando que yo también he pasado por eso. Cuando estaba en quinto, e incluso en sexto y en séptimo, traté por todos los medios de evitar que mi padre siguiera bebiendo. Una vez me escapé de casa y dejé una nota diciendo que volvería cuando estuviera veinticuatro horas sin beber.

Brooke contuvo el aliento.

–¿Y qué pasó?

–Estaba tan borracho que no llegó siquiera a leer la nota. Los Baker me obligaron a llamar a mi madre para que al menos ella supiera dónde estaba, y me convenció para que regresara a casa. No llegó a decírmelo directamente, pero creo que le daba miedo lo que mi padre sería capaz de hacer si se enfadaba lo suficiente.

A Brooke le dolió el corazón por aquel niño. Ninguna criatura debería cargar con una responsabilidad así.

–No se puede ayudar a un adicto que no quiere ayudarse a sí mismo –concluyó Jake–. Al final me rendí. Cuando estaba en octavo redirigí mis esfuerzos y en vez de tratar de cambiar a mi padre quise convencer a mi madre para que le dejara. Ella y yo podríamos haber tenido una vida normal y feliz.

¿Sería consciente de que incluso ahora, tantos años después, sonaba todavía melancólico?

Jake sacudió la cabeza.

–Pero ella se mostró tan obstinada como mi padre. Era un muro de piedra dentro de su pasividad. Insistía en que el hombre con el que se había casado, el hombre que era antes del tiroteo todavía estaba allí y

que no le dejaría después de todo lo que había tenido que pasar. Aunque ahora haya dejado de beber –murmuró con tono dubitativo–, dudo que hayan valido la pena todos los años que ha estado con él.

–¿Tienes pensado ir a verlos pronto? –Brooke pensó que si el padre de Jake ahora estaba sobrio, visitarles podría resultar curativo para él.

Jake la miró con los ojos entornados.

–¿Te ha metido Grace en esto? Ella ha intentado por activa y por pasiva convencerme de que pase tiempo con ellos.

–¡No! –Brooke se sintió insultada por la sugerencia–. Grace no me ha «metido» en nada. Solo pensé que sería bueno para ti el…

Jake dejó escapar un sonido de frustración entre los dientes apretados.

–Creí que tú entenderías mi postura. Llega un momento en el que hay que abandonar la locura de intentar cambiar a la gente y simplemente seguir adelante. Vivir y dejar vivir.

Brooke se mordió el labio inferior. En cierto sentido, ¿no había tratado ella de distanciarse tanto emocional como físicamente de su familia cuando se marchó a la universidad y cuando aceptó la proposición de Giff? ¿Estaba intentando reemplazar su fallida familia con la que Giff y ella iban a formar? La versión de oropel de la fantasía. La idea no le resultaba tan tranquilizadora como unas horas atrás. Más bien la hacía sentirse algo avergonzada.

Guardó silencio mientras Jake conducía. Volvieron varios kilómetros atrás y se apartaron del centro de Chattanooga y de sus lugares más emblemáticos. Tuvieron suerte en un hotel al lado de la autopista que estaba en obras.

–Se están reformando varias plantas –les dijo el director–, así que no hemos podido ofrecer muchas habitaciones para los grupos que vienen al concurso de coros. Y se lo advierto, las herramientas hacen mucho ruido durante el día.

Brooke sopesó la idea de los martillazos frente a la opción de quedarse con Bob y Erma e intercambió una mirada con Jake.

–Nos quedamos –dijo él–. Pero tenía que habérselo preguntado antes: ¿cuenta con dos habitaciones disponibles?

–Sí, señor. Puedo ofrecerle habitaciones comunicadas en la segunda planta.

–Eso sería perfecto –Jake miró hacia el cajetín con folletos turísticos–. ¿Y puedo llevarme un par de esos también?

Brooke se llevó la mano al pecho y abrió los ojos de par en par.

–¿Vas a ver información sobre precios, horarios y direcciones? Eso se parece peligrosamente a planear.

Jake sonrió.
–Solo por esta vez.

CAPÍTULO 12

JAKE estaba incómodo. Se movía inquieto por la habitación del hotel, en la que hacía demasiado calor, y se preguntó si Brooke se habría dado cuenta de que era la tercera vez que bajaba el aire acondicionado. Cuando se apartó del termostato y volvió a la silla tapizada tuvo un enfrentamiento con su conciencia. Allí solo estaban a veintidós grados centígrados, y él había resistido incendios y el calor del desierto. El problema no era la temperatura.

Entonces se le apareció un pequeño diablo en el hombro y Jake miró fijamente hacia la cama que dominaba la habitación.

«Voy a ignoraros», les informó a sus escrúpulos y a sus bajos instintos. De ningún modo iba a intentar nada con la novia de su mejor amigo. Y, por tanto, no tenía nada de lo que sentirse culpable.

Por su parte, gracias a Dios, Brooke estaba ocupada leyendo un folleto en el escritorio situado al otro extremo de la pequeña habitación y no parecía darse cuenta de que su compañero de viaje estaba perdiendo la cabeza.

Ella se tomaba muy en serio la planificación. Tras llamar a la puerta de sus habitaciones conectadas, le sugirió que, ya que solo tenían un día entero allí, el siguiente, ordenaran los puntos de interés por prioridad.

–De ese modo –se explicó con adorable ansiedad–, aunque nos falte tiempo cuando nos vayamos el sábado, habrás hecho lo que más te interesa.

Seguramente no. Cada vez que la miraba tenía que luchar contra la certeza de que lo que más le interesaba estaba en aquella habitación.

–¡Maldita sea! –¿no acababa de jurar que aquello no era un problema, que podía reconocer que Brooke era atractiva sin sentirse atraído hacia ella, que podía disfrutar de su compañía de un modo platónico sin desear nada más?

Por primera vez en su vida, Jake se puso en el lugar de su padre, entendió el autodestructivo deseo de tener algo sabiendo que no era bueno para ti.

–¿Jake? –Brooke le estaba mirando, sorprendida por su repentina maldición.

–Lo siento. Me he dado con el dedo del pie contra la pata de la cama –fue lo primero que se le ocurrió, pero era una mentira absurda porque estaba frente al tocador y la pata de la cama no estaba en absoluto en su camino–. Bueno, ¿tienes hambre? Podríamos salir y cenar pronto.

–Me parece bien.

–Llévate esos folletos y me cuentas qué has visto hasta ahora –le

sugirió.

Comida y hechos. Y lo que era más importante, kilómetros de distancia entre ellos y aquella burlona cama de matrimonio.

Encontraron un restaurante modesto con un cartel pintado a mano que decía: *La cabaña de la hamburguesa.* La carta hacía honor a la descripción. Las entradas incluían hamburguesas de tres quesos, hamburguesas de búfalo, hamburguesas a la barbacoa, hamburguesas vegetarianas y ensalada de carne picada. Pero lo que le faltaba de variedad o de elegancia en la decoración quedaba suplido con el sabor.

–Uf –dijo Jake comprobando que no tenía mostaza en las comisuras de los labios–.

Puede que sean más ricas que las hamburguesas de Buck.

Brooke parpadeó.

–Ahí trabaja mi hermana. Al menos, por ahora. Me sorprende que no os conocierais antes de la fiesta. Desde luego, ella se acordaría de ti, y tampoco ella es fácil de olvidar.

–Mmm.

–¿Qué?

–Nada. Sonaría como un insulto, y no es eso lo que…

Brooke dejó la hamburguesa en el plato.

–Adelante. Podré soportarlo –sonaba más triste que enfadada.

–Creo que no me has entendido. Me acuerdo de que conocí a tu hermana en casa de Grace y que llevaba algo de color brillante. Pero nada más.

Nada que ver con la primera vez que vio a Brooke, algo que recordaba al detalle.

Todavía recordaba la tensión de sus hombros, tan distinta a la naturalidad con la que se había burlado de él hoy o con la fluidez con la que se movía en la pista de baile.

Estaba entrenado para estudiar las situaciones y encontrar los posibles peligros en ellas. Por lo que podía recordar, Meg era guapa, un poco coqueta pero esencialmente inofensiva. No había tenido ningún impacto en su vida. Por su parte, Brooke había sido una amenaza para su paz mental desde el momento en que la vio.

Jake dejó a un lado aquel explosivo tema y dirigió la conversación hacia asuntos menos personales.

–Dime qué has visto en los folletos y podremos empezar a priorizar.

–Bueno, está el Incline Railway, el ferrocarril de montaña más inclinado del mundo.

En verano está abierto hasta las nueve, así que podríamos ir

después de cenar. Si te interesa –se apresuró a añadir.

–Me interesa.

–Mañana podríamos ir al acuario o al mirador de la montaña, o tratar de ir a las dos cosas. Y estaba leyendo sobre Ruby Falls, la gruta con las cataratas bajo tierra. En el recorrido normal hay música y luces y dan información geográfica. Pero algunas noches también hay un tour nocturno más limitado con linternas. Es más tranquilo y oscuro e incluye la narración de cuentos y leyendas misteriosas.

–Suena intrigante –el recorrido le parecía bien, pero Jake estaba teniendo una reacción más fuerte ante la idea de estar tan cerca de Brooke en un escenario potencialmente romántico.

«Contrólate. Es una cueva, no un restaurante con velas».

No había muchas posibilidades de que Brooke se dejara llevar por la seductora atmósfera y se arrojara a sus brazos. Lo que suponía para él un alivio y al mismo tiempo una decepción.

–Puedo llamar por la mañana –se ofreció ella–, y ver si no es demasiado tarde para conseguir entradas para mañana por la noche.

Jake sonrió ante su eficacia y ante la cantidad de datos que al parecer había memorizado en tan poco tiempo.

–Eres muy buena en esto. ¿No has pensado nunca en ser agente de viajes en lugar de periodista?

Brooke hizo una breve pausa, como si estuviera pensándose las siguientes palabras.

–Hubo un tiempo en el que consideré ambas opciones. Quería ser escritora de viajes, visitar sitios lejanos y hacer que cobraran vida para las personas que no tuvieran la oportunidad de verlos. ¿Sabes quién es Kira Salak?

Jake se encogió de hombros.

–Es posible que haya oído hablar de ella, pero ahora mismo no caigo.

–Ha viajado por todo el mundo, ha ganado premios literarios. Yo quería ser como ella –Brooke se rio con cierta amargura–. Suena ridículo al decirlo en voz alta. Ella ha recorrido Tombuctú en canoa sola, y tú has tenido que convencerme para que subiera hoy a una avioneta. Está claro que hice la elección adecuada al escoger escribir sobre cosas seguras como las bodas y los actos benéficos en lugar de tratar de narrar de primera mano viajes al Polo Sur o al Amazonas.

La tristeza de su tono resultaba descorazonadora. Era demasiado joven y tenía todavía mucho por delante como para sonar tan resignada sobre su vida.

–¿Quién ha dicho que todavía no puedes conseguir tus sueños? –

inquirió Jake–. Tal vez no vayas al Polo Sur, pero eso no significa que Giff no pueda llevarte al sur de Francia por vuestro aniversario o a alguna maravillosa villa italiana.

–Pero…

–Mira este fin de semana –la interrumpió él–. Sí, Tennessee no tiene tanto caché como el Serengeti africano o el desierto australiano, pero todo el mundo tiene que empezar por algo. ¡Estás de viaje y vas a escribir sobre ello!

–Técnicamente voy escribir sobre tu viaje –Brooke esbozó una sonrisa–. Pero te agradezco la intención. No quería sonar derrotista cuando te he contado lo de la escritura de viajes. Era una idea absurda que tenía cuando era niña. Ahora tengo otros objetivos y estoy siguiendo el camino lógico para conseguirlos. Soy feliz con mi vida.

¿De verdad? Porque Jake había pillado una vez a un pirómano con una lata de gasolina y su afirmación de inocencia le había resultado más creíble que la declaración de Brooke.

Tras pasar varias horas el viernes bajo el calor de junio explorando la montaña panorámica, Brooke agradeció el frescor del acuario. Sin embargo, a pesar del calor había pasado una mañana maravillosa. Se había quedado fascinada con las maravillas naturales, como la roca de doscientas toneladas suspendida entre dos minúsculos puntos, y también con las leyendas sobre gnomos que les había contado el guía.

Le había entusiasmado menos el lugar conocido como «el salto de los amantes». Sí, la vista era espectacular, pero le dio vergüenza ajena la leyenda de la mujer Cherokee a la que habían arrojado por el precipicio por atreverse a amar a un hombre prohibido para ella.

Según contaba la tradición, el hombre se había lanzado también al vacío para poder estar con ella en el más allá. Una mujer de enormes gafas oscuras había sollozado al escuchar el final de la historia. Brooke no pudo evitar poner los ojos en blanco.

–Por lo que veo, no te ha impresionado la historia de los malogrados amantes – susurró Jake.

–Ese tipo de leyendas siempre me hace sentir como el *grinch* que robó el día de San Valentín –gruñó Brooke–. Recuerdo que cuando tuvimos que leer *Romeo y Julieta* en el instituto, todas mis amigas decían que era enternecedor. Yo era la aguafiestas que no lo entendía. ¿Cuál es realmente el mensaje de la obra? ¿Que si amas de verdad a alguien te mueres sin esa persona? Es demasiado melodramático.

–¿Nunca has sentido algo así por nadie? –quiso saber Jake.

Se recordó brevemente a sí misma con veinte años, muerta de amor por Sean, el poeta sexy. En aquel momento sí creía que tenía que

estar con él. Lo que era una estupidez, ya que había resultado ser un idiota egocéntrico que solía pedirle dinero y que le había causado más problemas que alegrías. No se había muerto sin él. Había crecido con más fuerza, lo que la había llevado a escoger de manera más inteligente en la vida. Tal vez incluso debería estarle agradecida por ayudarla a tomar las decisiones que la habían llevado hasta Giff.

–Pongamos que a mí me arrojaran al abismo –sugirió–. Estoy convencida de que Giff, por mucho que me ame, es demasiado racional para lanzarse también al vacío. ¿Y por qué iba a querer yo que hiciera algo así? Sería inútil. Y sé que si alguna vez llegara a pasar algo, Giff querría que le recordara con cariño y que siguiera adelante con mi vida. Arrojarse por un acantilado o apuñalarte con la daga de tu amante es una salida cobarde.

Jake se la quedó mirando durante un largo instante antes de reconocer:

–Tu punto de vista suena mucho más sensato.

–Gracias –respondió ella vacilante.

Sus palabras se podían tomar como un halago, pero había algo en sus ojos que evitaba que fuera un cumplido total. En aquel momento Brooke sintió curiosidad por saber qué estaría pensando, pero no se lo preguntó. Ahora, dos horas más tarde, estaba allí de pie viendo jugar a las nutrias del río. El lúdico espectáculo borró los pensamientos sobre su opinión respecto a los amantes que se arrojaban por los precipicios.

–Siempre me han gustado las nutrias –dijo.

–¿De verdad? Son criaturas muy frívolas –se burló Jake con una sonrisa–. Creí que preferirías animales más serios y organizados.

Brooke alzó una ceja.

–¿Como por ejemplo? Ibas a decir las hormigas o las abejas obreras, ¿verdad?

–Estaba pensando más bien en las leonas. Son inteligentes y organizadas. Alimentan a la manada, crían a los cachorros y cazan animales más grandes que ellas.

Brooke pensaba que le iba a soltar una de sus bromas inofensivas, y en cambio la había comparado con un animal fiero y majestuoso. Una vez más, sintió que iba más allá de sus expectativas. Jake siempre la tenía de puntillas, sin saber a qué atenerse ni qué esperar.

Podía ser divertido para una noche o para un viaje, pero a la larga resultaría agotador y estresante.

Y sin embargo, la vida con un hombre como Jake tendría otras ventajas.

Brooke sintió las mejillas ardiendo y apartó la vista de él para mirar hacia las nutrias del río.

–Deberíamos ir al siguiente punto para no provocar un atasco –murmuró.

Jake señaló hacia la puerta.

–Adelante, fiel escudero.

Brooke giró la cabeza de un latigazo y se le quedó mirando fijamente.

–¿Qué pasa? ¿Te extraña que conozca *El Quijote*? –habían entrado en una sala de varias plantas con luces de fibra óptica que se movían como olas. En los enormes tanques había peces, tortugas y coloridos corales–. Seguro que lees mucho.

–Sobre todo no ficción –dijo ella deteniéndose para mirar un pez de rayas–. Antes imaginaba muchas historias y cuando leía novelas se me iba la atención. Me escapaba con los personajes e imaginaba cómo eran, lo que no siempre se correspondía con la descripción del libro. Pasaban diez minutos y me daba cuenta de que no había terminado siquiera una página porque estaba imaginando una aventura en la que participábamos algún personaje del libro y yo.

–¿Por qué terminaste escribiendo para un periódico en lugar de desarrollar tus propias historias? –preguntó Jake.

–Tenía que escribir reseñas para libros en el colegio y en el instituto y escogía no ficción siempre que podía porque eso me ayudaba a concentrarme en lugar de dejarme llevar –recordó mirando cómo se movía una raya por el agua–. En séptimo entré en el periódico del colegio y seguí por ese camino.

–¿Estabas orientada profesionalmente desde séptimo?

No sé si eso es admirable o un poco aterrador.

–Pero experimenté con otras opciones –admitió Brooke–. Una vez escribí incluso una novela. Era malísima.

Jake alzó las cejas.

–¿De verdad? ¿Cuándo fue eso?

–Hace como diez años, en la universidad –Brooke se sonrojó al recordar algunos de los tórridos pasajes. En aquella época creía que la sensualidad de su prosa era muy audaz.

Pero ahora le resultaba dolorosamente infantil y sobreactuada.

–¿De qué trataba el libro?

–Aspiraba a ser literatura histórica épica, pero se quedó corto. ¡Mira, una anguila! – señaló–. Se ha escondido.

Jake se rio entre dientes a su lado. Fue un sonido suave, casi ahogado por las conversaciones que bullían a su alrededor. Pero estaba tan cerca de ella que casi podía sentir la vibración de su cuerpo al reír.

–No vas a contarme nada más del libro, ¿verdad?

–En esta vida no. Ni tampoco en las siguientes. De verdad, la carta de rechazo que recibí fue una bendición. No puedo ni imaginar lo humillada que me sentiría ahora si la gente pudiera leer esa novela. Que la rechazaran sirvió para que volviera a mi camino original y me tomara en serio el periodismo.

Se estaban dirigiendo hacia la exposición del océano cuando un niño pequeño salió corriendo en dirección opuesta por la rampa y pasó como un rayo al lado de Brooke seguido por su madre, que también empujó a varias personas al tratar de alcanzarlo. Jake le pasó la mano por la cintura a Brooke para evitar que se cayera. Fue una simple medida de precaución, ya que ni la mujer ni el niño la habían empujado con demasiada fuerza.

–¿Estás bien? –le preguntó Jake, aunque estaba claro que sí.

Ni siquiera había perdido el equilibrio. Pero el contacto de su mano, lo suficientemente cálido como para atravesar la fina tela de sus pantalones cortos, bastó para que se mareara. Recordó cómo sus brazos la habían rodeado cuando bailaban en la fiesta de compromiso. Lo que había sentido cuando sus cuerpos se rozaron, cómo la había mirado Jake…

–Es-estoy bien –dijo con la respiración agitada.

Jake no había retirado todavía la mano ni había dado un paso atrás, aunque tampoco tenía espacio para moverse mucho. Irónicamente, la gran cantidad de gente que había en la rampa hacía que Brooke se sintiera todavía más a solas con él.

–No deberíamos habernos parado aquí –se escuchó decir a sí misma.

La declaración sonó increíblemente natural, porque la parte importante se la estaba diciendo para sus adentros: «No deberíamos tocarnos, no deberíamos divertirnos tanto juntos, no deberíamos…».

–Por aquí –Jake le quitó finalmente la mano de la cintura pero dejó caer las palmas sobre sus hombros, impulsándola suavemente hacia delante.

«Es porque hay mucha gente», se dijo Brooke. Y poco espacio.

Pero, ¿y si había algo más? ¿Y si aquel hombre tan guapo que era amigo de Giff desde hacía más de veinte años estuviera buscando excusas para tocarla?

Cuando llegaron a la planta inferior, Jake volvió a mantener una distancia impersonal. Brooke suspiró, molesta consigo misma por haber hecho una montaña de un grano de arena.

Jake se inclinó hacia delante detrás de ella para poder leer mejor la información de la placa que había debajo del tanque.

Brooke aspiró su aroma, impresionada ante el hecho de sentirse culpable por el mero hecho de respirar. Conocía la marca de la colonia favorita de Giff, y le gustaba. Pero no lograba recordar cómo olía. Sintió una punzada de pánico en el vientre. ¿Cómo era posible que pudiera recordar el único baile lento que se había echado con Jake con más claridad que los múltiples besos que se había dado con su prometido?

–Aquí dice que han adquirido varias especies nuevas de tiburones.

Un tiburón tigre les miró con sus ojos mortales, agitó la cola y se dirigió hacia donde estaba Brooke.

–Aterrador –aseguró ella, hipnotizada a su pesar–. Y al mismo tiempo apasionante.

Jake sonrió.

–Al final haremos de ti una aventurera. ¿Tiburones y novias que se arrojan al precipicio en el mismo día? –le dio un golpecito con el hombro–. ¿Significa eso que estás más abierta a asumir riesgos?

Ella le miró y al instante lamentó haberlo hecho por temor a lo que Jake pudiera ver en sus ojos.

–Seguramente no –tras dos días felices se veía forzada a admitir que la espontaneidad ocasional podía ser divertida.

Pero eso no justificaba hacer algo tan estúpido como poner en peligro su corazón. O

el de Giff.

–Jake, yo… –no se había dado cuenta de que estaba reculando hasta que se dio con la barra que separaba a los visitantes del tanque de cristal. Tragó saliva sin saber por dónde seguir.

–Tengo que confesarte algo –dijo Jake en voz baja.

–¿Ah… sí?

–Sí. Espero que eso no te haga pensar peor de mí. Después de ver peces y crustáceos durante todo el día… me muero por comer marisco.

A Brooke le temblaron las piernas por el alivio. ¿Era eso lo que quería decirle?

–Lo sé, lo sé –se estaba explicando Jake–. Debería apreciar la belleza de la naturaleza y sentir la renovada determinación de proteger el medio ambiente. Y sí lo siento.

Pero me comería un centollo y unas gambas. ¿Te he escandalizado?

–Sí, estoy horrorizada, y seguramente necesitaré terapia para recobrarme del trauma –bromeó a pesar de que lo que quería era esconderse en un rincón oscuro y gritar.

Aunque no le había dado motivos claros para pensarlo, había

llegado a la conclusión de que quería besarla y estaba a punto de confesárselo.

Y lo peor era que no sabía cómo habría reaccionado si lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 13

–¿JAKE? –la voz de Giff al otro lado del teléfono no reflejaba ni rastro de hostilidad tras la discusión que habían tenido después de la fiesta, sino sorpresa–. Qué curioso que me llames. Acabo de colgar después de hablar con Brooke.

–¿Ah sí? –Jake se dejó caer pesadamente a los pies de la cama y miró la puerta que le separaba de Brooke–. ¿Y qué te cuenta del viaje?

–Dice que se lo está pasando muy bien –comenzó a decir Giff algo dubitativo–.

Pero había algo en su tono de voz… No sé, no parecía ella. ¿Está molesta por alguna razón?

No se lo estarás haciendo pasar mal, ¿verdad?

–Sí, pero solo de broma. Y créeme, ella me lo devuelve con creces –Jake sonrió al recordar algunas bromas de por la mañana.

–Ten cuidado, ¿de acuerdo? Se toma las cosas más en serio que tú. No quiero que le hagas daño sin darte cuenta.

Jake recordó cómo le había mirado aquel día frente al tanque de los tiburones, el herido recelo de sus ojos azules. ¿Le habría hecho daño ya?

Enfadado consigo mismo, continuó con voz algo áspera.

–Sé que lo tuyo es la caballerosidad y estoy seguro de que las damas lo agradecen, pero ¿te has parado a pensar que no sea bueno para ella ni para nadie tomarse la vida tan en serio todo el tiempo? Tal vez lo que Brooke necesite sea…

–Es perfecta tal y como es –aseguró Giff con lealtad–. Bueno, tengo que volver al trabajo.

–Son las cinco de la tarde del viernes, ¿por qué no empiezas ya el fin de semana?

Jake había estado pensando que Brooke no necesitaba ser tan seria y tan cauta constantemente. Pero a Giff tampoco le iría mal que alguien le sacudiera un poco la vida.

–En Denver todavía son solo las cuatro y aquí tengo un cliente al que llevo todo el día queriendo llamar. Ya te he dicho que últimamente hay mucho trabajo para los contratistas independientes. Ah, y hoy he hablado con mi madre. Me ha pedido que le lleves unas postales. Ya sabes que su cumpleaños es esta semana, ¿verdad?

–Claro. ¿Vamos a llevarla al Santa Lucia?

Cuando Jake y Giff estaban en la ciudad siempre llevaban a Grace a su restaurante italiano favorito el día de su cumpleaños.

–Es una tradición que vayamos los tres.

–Ahora iremos los cuatro –dijo Giff–. Brooke nos acompañará.

Por supuesto. A partir de ahora estaría en las cenas y en las

reuniones familiares.

Estaría presente en la vida de Jake pero fuera de su alcance.

Tragó saliva.

–Hablando de cenar, Brooke y yo tenemos que irnos también. ¿Te ha contado lo que vamos a hacer esta noche?

–Sí, es algo de una gruta iluminada con linternas, ¿no?

Giff sonaba muy distraído. El sonido del teclado acompañaba sus palabras.

Seguramente estaría respondiendo a algún correo electrónico mientras hablaba.

«Presta atención», quiso gritarle Jake. «Apaga el ordenador y pregúntate qué haces trabajando un viernes por la noche mientras otro hombre sale con tu hermosa prometida».

Pero no podía decirlo porque Giff diría que confiaba en él completamente.

–¿Te importa que baje las ventanillas en lugar de poner el aire acondicionado? – preguntó Brooke.

Por mucho que quisiera sentir el aire fresco en la cara, la pregunta era también una excusa para decir algo. Ninguno de los dos había cruzado más de dos palabras desde que salieron de Ruby Falls. El recorrido estaba bien representado, pero la atmósfera misteriosa no había ayudado a su estado de ánimo inquieto y quisquilloso.

–Me parece bien –dijo Jake apagando el aire acondicionado.

Cuando bajó las ventanillas, el aire ocupó el interior del coche. Brooke tendría que estar agradecida. El ruido les daba una excusa para no hablar. Al día siguiente regresaban a Texas. Si era capaz de volver a casa sin decir ninguna estupidez, algo de lo que luego se arrepentiría…

Pero aquel día le había demostrado que los sentimientos no se esfumaban aunque se negara a expresarlos en voz alta. Solo daban vueltas y vueltas esperando una oportunidad.

La cena había empezado bien. A pesar de la tensión inicial, Brooke se relajó tras una copa de vino y Jake la hizo reír. Disfrutó de la deliciosa comida y mejor compañía hasta el postre, cuando se le pasó por la cabeza la traicionera sensación de que aquella era la mejor cita que había tenido en años. Al instante trató de recular y de asegurarse a sí misma que no se trataba de una cita. Pero aunque ni Jake ni ella habían dicho nada inapropiado, no podía negar que entre ellos había un cierto coqueteo.

Una chispa.

Jake era bombero. Seguro que podía confirmar que las chispas

parecían brillantes y excitantes hasta que hacían contacto contigo y te quemaban la vida.

Como si notara su creciente angustia, Jake la miró.

–¿Estás bien? He llamado antes a Giff y me ha preguntado si había algo que te preocupaba.

–Yo también he llamado a Giff.

¿Tendrían los dos conciencia culpable? ¿O era ella la única que sentía la química?

–Me lo dijo. Estoy seguro de que se alegra de haber hablado contigo. Debe de echarte de menos.

–Solo estoy fuera desde ayer –protestó Brooke. Poniéndose a la defensiva porque ella no había echado mucho de menos a Giff, añadió–: No podría casarme con un hombre tan necesitado que se sintiera perdido sin mí después de cuarenta y ocho horas.

–También se puede echar de menos a alguien sin sentirse perdido –objetó Jake–.

Puedes escuchar un chiste que deseas compartir con esa persona. Puedes pensar en lo que llevaba puesto la primera vez que la viste y estar deseando volver a verla. Puedes reproducir fragmentos de alguna conversación en la cabeza y agradecer que te haga ver el mundo de forma algo diferente.

Él había hecho algo más que alterar un tanto su visión del mundo. Había hecho saltar su eje con una explosión nuclear.

–Jake… –le advirtió con el corazón latiéndole a toda velocidad.

En el acuario había logrado convencerse de que no había nada entre ellos, de que todo era producto de su imaginación. Pero no se estaba imaginando la intensidad de su tono de voz.

–Pienso en ti cuando no estás –admitió él con voz ronca.

Aminoró la marcha para tomar la desviación del aparcamiento del hotel, y durante un instante Brooke sintió tantas ganas de huir que pensó en saltar del coche en marcha. No solo porque tenía miedo de lo que pudiera decir a continuación Jake, sino porque le estaba resultando imposible fingir que ella no pensaba constantemente en él.

–La semana después del concierto –continuó Jake–, uno de los chicos del parque de bomberos puso un CD que yo no había oído nunca y me pregunté qué te parecería esa banda. Y el día que viniste a verme tras el accidente de la niña, ¿te acuerdas?, me pasé la noche pensando en ti. Cuando me sentía frustrado por no haber podido hacer más, recordaba tu visita. Saber que tú me apoyabas…

–Basta –le suplicó Brooke.

–¿Estás diciendo que no podemos ser amigos?

–¿Así hablas tú a tus amigos? –le espetó ella con los ojos brillantes

y tono seco.

Jake aparcó el coche y Brooke trató de seguir el irrefrenable impulso de salir huyendo de sus sentimientos. Pero tenía la visión borrosa y le temblaban las manos mientras trataba de quitarse el cinturón de seguridad.

–Es aquí –Jake apretó el botón que lo soltaba. Luego le puso suavemente la mano en la mejilla para limpiarle una lágrima con asombrosa ternura–. No llores, por favor.

–Yo no buscaba… yo nunca… –hipó.

El sonido le recordó lejanamente a Didi y al modo en que hipaba durante sus crisis de llanto.

Pero no, Brooke no quería drama ni aquella ridícula pasión del tipo «si no te tengo, moriré». Lo que quería era…

Se giró involuntariamente para mirar a Jake. Su perfil le resultó tan familiar y querido como si le conociera de toda la vida, no desde hacía solo un mes. Sus bellas facciones estaban en aquel momento tensas por la preocupación y la rabia. Quería estrecharle entre sus brazos y consolarle aunque fuera ella la que estaba llorando.

Jake debió de tener la misma reacción porque la atrajo hacia sí y la rodeó con el brazo, presionándole la cabeza contra su hombro.

–Ya lo sé –murmuró.

Y Brooke pensaba que de verdad entendía por lo que estaba pasando aunque no hubiera sido capaz de expresar un pensamiento articulado.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire, aceptando su consuelo durante un segundo, permitiéndose aquel lujo antes de recuperar la razón. Cuando lo hiciera tendría que decirle que aquello era un tremendo error, que tendrían que hacer un esfuerzo por no estar en la misma habitación durante al menos un tiempo. Tal vez durante los próximos cuarenta o cincuenta años.

Cuando volvió a abrir los ojos encontró a Jake con la cabeza apoyada contra el asiento, mirándola con desconcertante intimidad. Estaba demasiado cerca. Y sin embargo tuvo que hacer un gran esfuerzo por no acercarse todavía más a él. Sus labios estaban peligrosamente cerca.

Se le debió de notar en la cara, porque en cuanto aquel pensamiento se le pasó por la cabeza, Jake deslizó la mirada hacia su boca.

Una oleada de calor se apoderó de su cuerpo. Y, el remordimiento, de su mente.

Brooke se incorporó bruscamente.

–Nos odiaríamos a nosotros mismos. Y yo tendría que cargar con la

responsabilidad no solo de haber traicionado a un hombre que me importa muchísimo, sino además con la de haberme interpuesto entre vosotros dos. Tú quieres a Giff como a un hermano –le recordó.

–¿Y tú? –la retó Jake–. ¿Tú le quieres?

Brooke se sintió tan llena de ira que durante una décima de segundo quiso golpearle. Pero se había pasado la vida adulta reprimiendo sus emociones. Como resultado, sonó increíblemente calmada cuando dijo:

–Tengo que irme.

–Eso no es una respuesta –aseguró Jake con voz más rota que reprobatoria.

Ella no miró atrás al abrir la puerta del coche.

–Es la única que puedo darte.

El sábado a mediodía Jake ya estaba cansado de su propia compañía y con ganas de pelea. La única interacción que había tenido con Brooke en todo el día había sido el mensaje que ella le había dejado en el teléfono del hotel. No se creía que fuera una coincidencia que le hubiera llamado justo durante los diez minutos que estuvo en la ducha.

¿Se había quedado quieta en la habitación de al lado esperando a oír el sonido de las tuberías?

Lo que el mensaje decía técnicamente era:

–Soy Brooke. Sé que teníamos pensado un itinerario para esta mañana pero no he dormido mucho y creo que me voy a echar. Ve sin mí y nos encontraremos en el vestíbulo a la hora de salir.

Pero lo que el mensaje quería decir en realidad era:

–Eres un malnacido sin escrúpulos que ha violado completamente el código entre hermanos, y prefiero ignorar mis sentimientos que enfrentarme a ti.

Bien. Estaba mejor sin que ella perturbara su calma. Después de todo, siempre hacía esos viajes solo y siempre los encontraba vigorizantes. No le importaba en absoluto tener unas cuantas horas para sí mismo.

O no debería importarle. Pero no era lo mismo hacer turismo sin rumbo que tener a Brooke a su lado marcándole el ritmo y haciendo docenas de fotos con su cámara digital. El día anterior, una señora mayor se había ofrecido a hacerles una foto.

–Una tuya con tu novio, querida. Hacéis una pareja preciosa.

Brooke se había sonrojado y le había explicado a la mujer que no tenían una relación, que ella solo estaba allí por trabajo.

Lo cierto era que a Jake le había molestado que negara con tanta

vehemencia cualquier relación personal con él.

La noche anterior había demostrado que había algo entre ellos. Pero, ¿para qué le había servido? Había tratado de presionarla para que admitiera que lo que sentía por Giff no era muy profundo, al menos no lo suficiente como para pasar el resto de su vida con él. Sin embargo, lo único que había conseguido era alejarla. Y apuñalar a su amigo por la espalda en el proceso.

«Menudo elemento estoy hecho».

Escuchó las lejanas críticas de su padre, predicciones de borracho que aseguraban que Jake era un inútil que nunca llegaría a nada. Irónicamente, aquellos recuerdos no dolían tanto como el del padre de Giff sonriéndole con orgullo. El señor Baker creía en él. ¿Y

cómo había pagado Jake aquella fe? Tratando de ligarse a la futura esposa de Giff.

«No deberían casarse», insistió su voz interior. «Están cometiendo un error».

Y él lo sabía bien. Se estaba convirtiendo rápidamente en un experto en errores.

Aunque había pasado por varias ciudades distintas del estado, Brooke vivía en Texas desde octavo. Al observar la vista aérea del grandioso estado mientras Boom empezaba a descender, sintió que Texas era su hogar, el lugar donde pensaba construir su hogar y criar a sus hijos.

Normalmente aquellos pensamientos funcionaban como un bálsamo. Deseó poder cerrar los ojos, contener la respiración y dejar que la promesa de un futuro largamente soñado le calmara los nervios. Pero las caras de sus hijos, a los que había puesto ya nombre en su imaginación, estaban ahora borrosas, como si hubiera un problema de recepción de señal.

Hizo un esfuerzo por no mirar a Jake. No quería que él se diera cuenta de que le miraba. Habían conseguido ignorarse el uno al otro desde que salieron del hotel y no quería que nada alterara aquello. Estaba tan nerviosa que esa vez apenas notó que el avión tomaba tierra en la pista de aterrizaje.

Gracias a Dios, su fin de semana juntos había terminado. Aunque por supuesto, todavía faltaba el incómodo trayecto de regreso a casa. ¿Qué posibilidad había de que no hubiera tráfico en Houston, accidentes y tramos en obras?

Decidida a no remover las aguas, Brooke no protestó cuando Jake sacó su maleta de ruedas, aunque podría haberla bajado ella tranquilamente. Tampoco dijo nada cuando le abrió la puerta del

copiloto, pero pasó por delante de él con postura rígida.

Acababan de salir del aparcamiento cuando Jake le preguntó con falsa despreocupación:

–¿Cuándo saldrá el reportaje?

–Depende de varios factores, pero probablemente el viernes –la idea de escribirlo y de revisar la gran cantidad de fotos que había tomado de él hizo que se estremeciera por dentro.

Prefería olvidar los dos últimos días. Prefería volver a ser la persona madura y sensata que era cuando subió a la avioneta de Boom en lugar de redescubrir a la joven alocada que vivía todo con excesiva pasión y tenía sueños demasiado ambiciosos.

–Y supongo que luego volverás a las bodas –dijo esbozando una sonrisa glacial.

–Así es. Empezando por la mía.

–Con Giff –Jake apretó con más fuerza el volante–. ¿De verdad crees que este matrimonio es justo para él?

–¿Cómo te atreves? Haré todo lo que pueda para ser una excelente esposa.

–¿Te consideras a ti misma una excelente prometida? –la retó Jake–. ¿Aunque sientas algo por otra persona?

Brooke sintió una oleada de pánico. ¿Estaba amenazando con contarle a Giff lo que había pasado? Pero no había pasado nada. Ella había hecho lo correcto y se había alejado.

–Tú no sabes cuáles son mis sentimientos. Créeme, cualquier confusión pasajera que haya podido experimentar ha dejado ya de ser un problema. No soy una de esas mujeres que se sienten atraídas por los imbéciles –ya había pasado por eso a los veinte años.

–¿Crees que soy un imbécil porque tengo el valor de decirte la verdad? –le espetó Jake–. Tú no quieres un marido, quieres una manta humana que te dé seguridad.

Brooke se llevó la mano al estómago como si hubiera recibido un golpe.

–¿Perdona? –sabía que Jake estaba molesto, pero no imaginaba que tuviera una opinión tan repugnante sobre ella.

–Anoche no pudiste siquiera decirme que querías a Giff.

Jake no apartaba ni un segundo los ojos de la carretera, pero ella sintió como si la estuviera atravesando con la mirada.

–¡Porque no te debo ninguna explicación!

–Hablas de tus padres y de tu hermana como si tú fueras la rama sensata de la familia, pero no eres tan prudente, lo que pasa es que estás asustada. Tienes miedo de terminar como ellos, tal vez incluso

de repetir tus errores del pasado.

–Aprender de los propios errores no convierte a una persona en cobarde, más bien indica que tiene sentido común.

–¿Y qué me dices de renunciar a un sueño ante el primer revés? Sinceramente, Brooke, ¿pensaste alguna vez en ganarte la vida escribiendo sobre tafetanes y sedas de trajes de novia o simplemente era la opción menos peligrosa?

–Bueno, no todos estamos preparados para entrar en un edificio en llamas –contestó ella–. Pero es una forma de vivir.

–¿De verdad? ¿Tu idea de vivir es seguir el camino más fácil y no arriesgarte nunca?

–Ah, ¿la cobarde soy yo? –le preguntó furiosa–. Dime, ¿cuándo fue la última vez que fuiste a ver a tu padre?

Jake palideció completamente. Por un instante Brooke temió que estuviera demasiado molesto para conducir de forma segura, pero enseguida recuperó la compostura.

–Bueno, supongo que no soy el único con agallas, después de todo –dijo con tono todavía molesto pero también respetuoso.

–Lo siento –que Jake se estuviera pasando de la raya no significaba que ella tuviera que hacer lo mismo.

–No lo sientas. Esta es la clase de sinceridad que uno encuentra en las relaciones de verdad. Giff y tú nunca discutís, apoyáis todo lo que dice el otro porque él tiene demasiado miedo de estar solo y no formar una familia y tú tienes miedo de permitirte sentir.

–Si ya has terminado, Doctor Amor, te has pasado mi calle.

Jake puso el intermitente y dio la vuelta. Brooke temblaba literalmente de rabia.

¿De verdad pensaba Jake McBride que tenía respuesta para todo? Según él mismo había reconocido, no salía con nadie y nunca había tenido una relación seria. Esa filosofía de sinceridad brutal de la que hacía gala podía ser una justificación para decir cosas hirientes, para dar portazos y actuar como un niño maleducado en lugar de contener las emociones. El matrimonio de sus padres estaba plagado de ese tipo de actitudes y no tenía intención de hacer pasar a sus hijos por situaciones similares. Ni a sí misma.

–Tienes razón –dijo Jake de pronto con un tono suave que contrastaba con el de antes.

Brooke parpadeó.

–¿En qué?

–En lo de mi familia. Tengo miedo de creer que mi padre está mejor porque ya me ha desilusionado con anterioridad. Me da miedo pensar que podamos ser más de lo que somos. Pero cuando estoy

contigo, tú me haces desear cosas que ni siquiera sabía que quería.

Brooke cerró los ojos con fuerza. Aquello era mucho peor que discutir, resultaba imposible de combatir.

–Ya hablamos de esto anoche.

–En realidad, no. Te marchaste antes de que termináramos la conversación –le recordó Jake deteniéndose delante de su casa y apagando el motor.

–Yo puedo sacar la maleta –aseguró ella bajándose del coche–. No hace falta que…

Pero era una batalla perdida de antemano, y no se molestó en decir nada más cuando Jake la acompañó a la puerta.

Brooke se cruzó de brazos.

–Es tu mejor amigo. ¿Cómo puedes hacerle esto? –inquirió.

–Se merece encontrar a alguien que le quiera, que le quiera de verdad. Ese es el uno por ciento de nobleza que hay en mí. El otro noventa y nueve por ciento tiene tantas ganas de besarte que no puede siquiera pensar.

A ella le latió el corazón en los oídos y empezaron a sudarle las manos. También le deseaba. Y mucho. Era egoísta por su parte e iba contra todos sus planes cuidadosamente trazados, pero sin darse cuenta se acercó de forma casi imperceptible a él. Como Jake la estaba observando con la intensidad de un depredador, captó su movimiento.

Fue el único permiso que necesitó para estrecharla entre sus brazos y tomarle la boca con la suya. El impacto de sus labios atravesó a Brooke, pero no tuvo tiempo de procesarlo. No fue un piquito rápido, fue una acometida salvaje de sensaciones. Brooke se agarró a él y le besó con toda su alma consumida por el deseo, por su sabor, por su contacto… ¿Cómo había podido olvidar que un beso pudiera ser así? ¿Había sido alguna vez así?

Se sintió atravesada por un deseo voraz tan profundo que resultaba casi doloroso.

Cuando empezaron a temblarle las rodillas fue cuando recuperó algo del instinto de supervivencia.

¿Qué diablos estaba haciendo?

Se apartó de él y trató de ignorar la hinchazón de los labios y el aguijoneo en los senos.

–Brooke, yo… no quería ser tan agresivo.

–¡El problema no es cómo haya sido el beso, sino que te haya besado! –extendió con fuerza la mano izquierda y ambos miraron el anillo de compromiso.

–Entonces, ¿vas a seguir adelante con ello?

¿Cómo podría hacerlo?

¿Cómo podría no hacerlo?

–No lo sé –pasó por delante de él y abrió la puerta–. Pero haga lo que haga no quiero volver a estar a solas contigo nunca más. Adiós, Jake.

CAPÍTULO 14

«OH, DIOS, oh, Dios».

Brooke se apoyó contra la puerta cerrada retorciendo las manos como una actriz de melodrama barato. Ella no era aquella persona. Estaba paralizada por la indecisión, no sabía qué hacer a continuación, si confesárselo todo a Giff inmediatamente o pasar los próximos setenta años confiando en que nunca se enterara.

No podía enfrentarse a él.

Si aquello era lo que se sentía al engañar a alguien, ¿por qué lo hacía todo el mundo? Su mente recordó brevemente los arrolladores besos de Jake. De acuerdo, no era tan ingenua como para no entender por qué caía la gente. Pero, ¿cómo vivían consigo mismos después?

«Maldito seas, McBride». Aquel era exactamente el tipo de trastorno que quería evitar, y no podía soportar la idea de causarle además trastornos a Giff.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Y de pronto pensó algo que no se le había vuelto a pasar conscientemente por la cabeza desde que tenía nueve años y se rompió el brazo patinando. Quería estar con su madre. Lo bueno del estilo de vida nada ortodoxo de Didi era que nada la sorprendía y tenía experiencia de la que tirar.

Tal vez pudiera ayudarla a salir del lío en el que se había metido.

Era un plan suficiente para motivarla a dejar el recibidor y entrar en el salón, donde estaba el teléfono. Se dejó caer en el sofá y marcó el número de sus padres. ¿Estarían en casa un sábado por la noche?

Tras tres señales de llamada saltó el mensaje de voz:

–*Hola, somos los Nichols pero no estamos en casa. Nos hemos ido unos días a México. Ah, no os molestéis en forzar la cerradura porque no tenemos nada de valor. Deja un mensaje después de la señal y te llamaremos la semana que viene. ¡Adiós!*

Brooke colgó el teléfono sorprendida, aunque no debería estarlo. ¿Cuántas aventuras espontáneas habían coloreado su infancia? Pero el fin de semana anterior le preocupaba seriamente que el matrimonio de sus padres pudiera estar en peligro, cuando de hecho era su propia vida sentimental la que había entrado en una espiral descendente.

La curiosidad pudo más que ella y llamó al móvil de su madre.

–Brooke, cariño, ¿eres tú? –sin esperar confirmación, Didi continuó con entusiasmo–: No te vas a creer dónde estamos. ¡En Cancún! Tu padre me ha traído a un hotel precioso. Nos hemos fugado.

–¿Otra vez?

–Bueno, la última vez nos fugamos para casarnos. Ahora nos hemos fugado para irnos de luna de miel.

–Una luna de miel muy merecida –declaró Everett desde atrás.

–Sí, tu padre y yo estuvimos hablando de tu boda, de todos los detalles que nosotros nos saltamos.

Brooke asintió y se sintió una estúpida al darse cuenta de que nadie podía verla.

–Recuerdo que ese tema te puso triste en la fiesta de compromiso.

–Bueno, pues tu padre se sintió muy mal por no haberme demostrado lo importante que es nuestro matrimonio para él y dijo que quería compensarme ahora. ¡Y aquí estamos, en Cancún! ¿Verdad que es el hombre más romántico del mundo?

–Me alegro de que lo estéis pasando bien. Pero mamá, decirle a todo el mundo en el mensaje del contestador que os habéis ido…

–Te preocupas demasiado. ¿No has oído la parte en la que les digo a los posibles ladrones que no tenemos nada de valor en casa? Lo único de valor que ha tenido siempre nuestra familia somos sus miembros.

–Vaya –Brooke se secó las lágrimas con el dorso de la mano–. Eso es muy bonito, mamá.

–¡Lo digo de corazón! Tengo que irme, pero te llamaré cuando vuelva. Dale un beso a Giff de nuestra parte, ¿de acuerdo?

Fue entonces cuando Brooke se dio cuenta de que no había siquiera tocado el tema por el que había llamado. Sin embargo, a juzgar por el sonido del teléfono, ya era demasiado tarde. Su madre había colgado. Pero ella todavía sentía la apremiante necesidad de hablar con alguien. ¿Kresley? No, era demasiado tarde para llamar a la futura mamá. Y

no quería admitir sus errores delante de su estable, casada y embarazada amiga. La mujer que tenía todo lo que ella pensaba que también quería.

Se quitó el anillo de compromiso del dedo y se quedó mirando fijamente el diamante como si pudiera ver en él el futuro. Por mucho que no estuviera de acuerdo con algunas decisiones de sus padres, Didi sonaba feliz al teléfono, llena de vida. Brooke no tenía eso con Giff. Tenía… satisfacción. Se había convencido a sí misma de que no solo era suficiente con eso, sino que era preferible.

¿Y si Giff no pensaba lo mismo? ¿Y si, como Jake había dicho, se merecía a alguien que sintiera algo más por él para que algún día no se resintiera de su carencia emocional?

Marcó el número del móvil de Meg, sobre todo para evitar hacer algo precipitado como llamar a Giff antes de haber decidido qué le iba a decir. Sabía que su hermana trabajaba aquella noche y se limitó a

dejarle un mensaje pidiéndole que la llamara cuando se tomara un descanso.

Se cepilló los dientes y acababa de ponerse el pijama cuando Meg le devolvió la llamada.

–Hola, hermanita, ¿me oyes bien? Estoy en la sala de descanso del personal, que es en realidad una despensa, pero al menos hay menos ruido que fuera. Y además aquí puedo sentarme. ¡Me están matando los pies! No sé qué voy a hacer con mi vida, pero mis días de camarera están contados, eso te lo aseguro. Y dime… ¿me has llamado para saber cómo estaban papá y mamá?

–Lo cierto es que hablé con mamá hace un rato y me explicó con bastante claridad la situación. Han arreglado las cosas y han decidido hacer uso de sus pasaportes. Parecía feliz –admitió Brooke tapándose con una manta y preguntándose qué pasaría si se ocultaba en la cama durante una semana.

Pero ella no era una cobarde, se dijo molesta al recordar el tono burlón de Jake. Solo estaba de pronto más cansada que nunca.

–¿Verdad que sí? –Meg se mostró de acuerdo–. Tienes que admitir que los ciclos disfuncionales de papá y mamá a ellos les funcionan. Sé que Giff y tú sois probablemente demasiado civilizados para algo así, pero muchas parejas se unen más después de una pelea. Airean sus diferencias con discusiones en las que sacan todo y luego arreglan las cosas. Cada uno es como es. Dudo mucho que Giff y tú os peleéis nunca. No tenéis esa clase de…

–¿Cruda sinceridad?

–Iba a decir química, pero es casi lo mismo.

–Meg, si te cuento algo…

–¡Vaya, eso suena muy intrigante! No vas a hacer que mi mundo se tambalee contándome algún secreto oscuro sobre Giff y tú, ¿verdad?

Brooke miró hacia el techo.

–A medias. ¿Te acuerdas de su amigo Jake McBride, el padrino? Me ha… nos hemos besado –corrigió queriendo compartir su parte de culpa en lo ocurrido.

–¿Qué? ¿Cuándo?

Brooke le hizo a su hermana un resumen de los dos últimos días. Al ver la retrospectiva, el beso parecía casi inevitable. Los sucesos que llevaron hasta él estaban tan claros que Brooke estaba enfadada consigo misma por haberlo puesto todo en marcha. ¿Por qué no había mantenido las distancias en el acuario, por qué no había rechazado el vino de la cena y el coqueteo posterior? ¿Por qué se había quedado la noche anterior en el coche tanto tiempo una vez que la conversación se volvió inapropiada?

Y tal vez lo más inquietante: ¿por qué había vacilado tan claramente cuando Jake le preguntó si quería a Giff?

–No le amo –se escuchó decir en voz alta–. No amo a Giff apasionadamente.

–Bueno, eso podría habértelo dicho yo misma. Pero espera –dijo Meg–. Ya te lo había dicho. Me alegra que por fin te hayas decidido a escuchar. Eso significa que vas a cancelar la boda, ¿verdad?

–Meg, ¿podrías intentar disimular tu alegría?

–Lo siento. Pero, ¿vas a romper el compromiso?

La idea de deshacer sus planes cuidadosamente trazados le provocaba un nudo de miedo en el pecho.

–¿Qué le vamos a decir a su madre? Me va a odiar –la perspectiva le dolía tanto como la idea de que Giff la odiara.

Sin duda, bandera roja. Una novia no debería estar tan emocionalmente implicada con la familia del novio como con el propio novio.

Sin embargo, aunque ahora no le quedaba más remedio que admitir que la boda era un error, le parecía imposible cancelarla.

–¡Ya hemos enviado las invitaciones! Y tú y yo hemos encontrado por fin un vestido que nos gusta a las dos.

Como iba a ser una boda íntima y la otra dama de honor llevaría un vestido premamá, Brooke decidió que ayudaría a su hermana a escoger un vestido en unos grandes almacenes. Por supuesto, las dos tenían ideas distintas sobre lo que había que lucir en la ceremonia.

–Entiendo lo que quieres decir –reconoció Meg con simpatía–. Has trabajado mucho en esto. Pero estoy convencida de que su madre, mi vestido y unos cuantos sobres de correo no son razones para unirte el resto de tu vida a alguien.

–Tienes toda la razón.

–¿Quién lo iba a decir? –se preguntó Meg alegremente–. Yo dando consejos sabios.

Y supongo que esto significa que ya no eres la hermana predecible. ¿Quieres que te preste el corpiño de cuero?

–¿Prestármelo? –a pesar de todo lo que tenía encima, Brooke se rio–. ¿Te refieres al que es mío? Gracias, pero no. Creo que más bien voy a entrar en modo pijama durante un tiempo.

–Yo personalmente me esforzaría un poco más para un hombre como Jake, pero si tú…

–¿Esforzarme? –Brooke dio un respingo–. Meg, no voy a volver a verle – seguramente aquella era la única parte positiva de romper su compromiso con Giff. Se libraría de la desafiante presencia de Jake y

de sus perturbadores besos.

–Pero…

–¡No! Él es todo lo que no quiero de un hombre.

Meg se rio entre dientes.

–Creo que no estamos hablando del mismo tipo.

–Gracias por escucharme, Meg, pero creo que deberías volver al trabajo. No quiero que tengas problemas.

–La mayoría de la gente ha terminado ya de cenar y solo estamos rellenando las bebidas. Eso es lo que voy a hacer, pero no creas que no me he dado cuenta de que quieres colgar para no hablar de Jake. ¿Puedo decir, solo para que quede constancia, que creo que estás cometiendo un error?

–Puedes. Pero te equivocas –afirmó Brooke.

–No tomes una decisión tan rápida. Después de todo, estaba en lo cierto respecto a Giff, ¿no es así?

Cuando colgaron, Brooke apagó la lámpara de la mesilla de noche y se quedó tumbada en la oscuridad sin poder dormir. Giff no tendría que haber sido un error. Tendría que haber sido perfecto para ella. ¿En qué momento se había equivocado de forma tan desastrosa? Estaba destruyendo su oportunidad de construir la vida que siempre había querido tener al lado de un gran hombre.

Poco antes del amanecer dio algunas cabezadas. Pero tras varias horas cabeceando y despertándose cada vez más asustada, decidió rendirse. No descansaría hasta que hubiera hablado con Giff.

–¿Hola?

El familiar sonido de su voz provocó que se le pusiera el estómago del revés. Giff no se merecía aquello.

–Hola, soy yo. No… no te he despertado, ¿verdad? –cabía la posibilidad de que hubiera aprovechado la oportunidad de dormir hasta tarde el sábado por la mañana.

–En absoluto. He madrugado para solucionarle un problema a un cliente. Iba a llamarte dentro de una hora aproximadamente para preguntarte si querías que comiéramos juntos hoy.

–Yo… –¿sería mejor decírselo en persona o dejar que asumiera la noticia en la intimidad de su propia casa, donde podría despotricar y gritar sin que nadie le viera?

Aunque no se imaginaba a alguien tan caballeroso como Giff despotricando contra ella.

–¿Qué tal el viaje? –le preguntó él–. ¿El aterrizaje fue más suave que el otro que me contaste?

Para horror de Brooke, se le escapó un sollozo.

–¿Brooke? ¿Qué pasa? El otro día ya me pareció que estabas disgustada. Dime qué ocurre para que podamos arreglarlo.

–No puedes –al menos, no sin una máquina del tiempo, y tal vez ni siquiera así.

Besar a Jake había sido una de las mayores estupideces que había cometido en su vida, pero aunque pudiera borrar aquel momento no significaba que casarse con Giff fuera lo que debía hacer. Hasta el momento había sido únicamente la opción más fácil. La más segura.

–Te mereces algo más que esto.

–¡Le mataré!

Durante un angustioso instante, Brooke pensó que Giff había adivinado de alguna manera lo sucedido la noche anterior.

–Brooke, si Jake te ha hecho sentir que no eres lo suficientemente buena o que no nos conocemos lo suficiente…

–No es eso. Es que me he dado cuenta de que soy… Bueno, de que soy superficial.

–No, no lo eres. Créeme, he conocido a muchas mujeres materialistas en el club y tú no eres como ellas.

–No me refiero a ese tipo de superficialidad. Es más bien que no me permito sentir las cosas de un modo intenso ni profundo –era una verdad a medias, porque cuando estaba entre los brazos de Jake sus reacciones habían sido extremadamente intensas–. Deberías encontrar una mujer capaz de amarte con todo su corazón.

Solo se escuchaba el sonido de la agitada respiración de Giff. Al parecer, no sabía qué decir. Brooke le entendía. A ella también le estaba costando trabajo escoger las palabras. Por un lado quería dejar las cosas completamente claras y confesar que había besado a Jake. Pero no sabía si el impulso de soltar el resto de la historia nacía de la necesidad de hacer lo correcto o era una forma de librarse de la culpabilidad a expensas de Giff.

–¿Estás segura de que el problema es que no eres lo suficientemente apasionada? – preguntó él finalmente–. Sé que trabajo demasiado y que no bailo contigo todo lo que debería. Y aunque todavía no hayamos hecho el…

–¡Por favor, déjalo! Tú eres perfecto. Para otra mujer.

Se escuchó un sonido como si Giff estuviera apretando los dientes.

–Esto no tiene sentido. Te vi a principios de semana y estabas perfectamente.

Hablamos de ir a probar el menú de la boda. Luego me llamaste desde Tennessee claramente disgustada, y ahora… ha pasado algo.

–Lo siento. Lo siento mucho –las palabras sonaban vacías comparadas con el daño que le había hecho. Pero no podía parar de

decirlas–. Lo siento, lo siento de verdad.

–¿Lo sientes tanto como para contarme la verdad, toda la verdad? Sea lo que sea, Brooke, podré soportarlo.

CAPÍTULO 15

–¡ERES un hijo de perra! –Giff todavía no había salido del coche cuando le gritó el insulto.

Y luego se dirigió hacia el jardín delantero de Jake a una velocidad que no había mostrado desde que jugaban al fútbol americano en el instituto.

Jake, que acababa de salir de su casa para ir al trabajo, se quedó paralizado por la sorpresa y no tuvo tiempo para evitar que le derribara.

Los dos hombres cayeron al suelo, y Jake pensó vagamente que por suerte tenía otro uniforme dentro y que iba a llegar tarde a su turno.

Una vez superada la sorpresa inicial, se puso de pie y esquivó a su enfurecido amigo.

–Está claro que Brooke…

–¡No! ¡Ni se te ocurra nombrarla! –le ordenó Giff con tono intimidatorio–. Iba a casarme con ella.

–Lo sé, y lo siento –Jake se echó a la derecha–. No tendría que haberla tocado nunca. Pero casarte con ella habría sido un error. Te conozco, y sé que no la amas de verdad.

Giff se lanzó sobre él.

–Tú no eres quién para decidir eso, maldito arrogante.

–¿Puedes estarte quieto? –Jake esquivó un puñetazo que sin duda se merecía–. No quiero hacerte daño.

–¡Demasiado tarde! –bramó Giff tratando de atizarle un golpe en el hombro que Jake esquivó de refilón–. Yo confiaba completamente en ti.

La enormidad de lo que había hecho era más dolorosa que cualquier lesión física que pudiera causarle Giff, así que Jake se quedó quieto. Giff se sorprendió tanto que perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse.

–Defiéndete –le retó Giff–. Me lo debes.

–No. Pero pégame. Me lo merezco.

Y de pronto Giff soltó una carcajada amarga.

–Y pensar que fui yo quien te pedí que la llevaras al concierto, quien sugirió que escribiera ella el artículo. Quería que os llevarais bien. Parece que lo he conseguido con creces, ¿verdad?

Jake se sentía demasiado miserable como para decir nada en su defensa. Traicionar a su hermano era indefendible.

–Si te sirve de ayuda, no quiere volver a verme en su vida.

–Ni yo tampoco –Giff se sacudió las briznas de hierba de los pantalones y estiró los hombros.

Ya estaba más tranquilo, pero tenía las mandíbulas apretadas y un brillo de frialdad en los ojos.

–No vengas al Santa Lucia en el cumpleaños de mi madre. Es una cena familiar.

–¡Uff! –Kresley entornó los ojos para ver algo en el oscuro apartamento, que parecía una caverna comparado con el sol de junio que brillaba detrás de ella–. Decías en el mensaje de voz que estabas bien, pero no lo parece.

–Gracias –sin energía para levantarse y hablar, Brooke volvió al sofá en el que llevaba varias horas llorando, castigándose a sí misma y viendo la televisión.

Sabía que Kresley la seguiría. Era demasiado curiosa.

–Así que has oído mi mensaje sobre la ruptura de mi compromiso con Giff en el que te avisaba que me iba a tomar el día por asuntos propios.

–Sí, y por cierto… ¿un mensaje? Soy una de tus mejores amigas. Y además soy curiosa. Es algo imprescindible para una periodista. Tenías que haber imaginado que vendría a verte.

–Pensé que lo harías después de trabajar, no durante la hora de comer. De haberlo sabido, tal vez habría hecho un esfuerzo por recoger un poco esto –o tal vez no.

Kresley se sentó en una silla con expresión seria.

–Cariño, ¿qué ha pasado? Nunca os he visto discutir por nada. Y los dos sois demasiado estables como para echaros atrás.

–Déjame preguntarte algo, Kresley. ¿Dane y tú os peleáis alguna vez?

Su amiga frunció el ceño.

–Sí, claro, a veces. Nunca me he ido de casa dando un portazo y asegurando que volvía con mis padres y él no me ha faltado al respeto, pero a veces discutimos como cualquier pareja normal. ¿Te he contado los nombres que sugiere para el bebé? Cualquier mujer en su sano juicio discutiría por algo así.

–Ya –Brooke apoyó la cabeza en el respaldo del sofá–. Así que crees que es normal que las parejas discutan a veces. Giff y yo nunca discutimos por nada. No creo que fuéramos una pareja normal.

–Entonces, ¿habéis roto porque nunca discutís?

–Por eso y porque besé a su mejor amigo.

Kresley trató de levantarse de golpe, pero se lo impidió su trasladado centro de gravedad. Así que se reclinó en la silla y gimió.

–¿Qué? Estás hablando de Jake McBride, ¿verdad? El mismo que al principio era un discípulo de Satán porque te odiaba y estaba en contra de la boda, y que luego te llevó a bailar y pasó a ser un buen

tipo después de todo, y luego… ¡Te envié a Tennessee con él!

¿Fue allí donde os besasteis? Oh, Dios mío, he roto tu matrimonio.

–Respira, Kresley. Esto no es culpa tuya. Y por cierto, nos besamos justo allí – señaló hacia la puerta de entrada–, cuando me trajo a casa el sábado por la noche. Ayer le dije a Giff que no creía amarle lo suficiente como para casarme con él.

–Uf.

–No es culpa suya, por supuesto –Brooke se pasó la mano por el pelo revuelto–.

Tengo un defecto de fabricación o algo así. Desde que terminé la universidad sé lo que busco en un hombre, y Giff se ajustaba perfectamente a la descripción.

Kresley guardó un silencio pensativo y luego dijo:

–Bueno, de eso hace algunos años. La gente cambia. Tal vez hubiera sido adecuado para ti en el pasado, pero ya no. O tal vez estuvieras equivocada respecto a lo que querías.

O tal vez cometiste un error. ¿Tiene que se irreversible? Jake y tú solo os habéis besado, ¿verdad?

–Sí –pero como con Giff no había hecho mucho más, no era un consuelo.

Meg se había burlado de su decisión de esperar a la noche de bodas para hacer el amor con Giff, y Brooke se daba cuenta ahora de que su hermana tenía razón. Estaba bien haber decidido esperar, era una opción personal. Pero, ¿no tendría que haberse sentido al menos un poco tentada? ¿No tendría que haber fantaseado sobre la luna de miel? Era un hombre guapísimo y besaba bien. No jugaba en la misma liga que Jake, pero…

–Ay –Brooke se tapó los oídos con las manos como si así pudiera ahogar sus pensamientos–. Soy una mala persona.

–Normalmente no. Te pones de mal humor una vez al mes y cuando tienes que entregar algún trabajo importante, pero… lo siento –Kresley se detuvo cuando se dio cuenta de que su broma no había despertado ni una sonrisa–. Estoy intentando ayudar. Dime qué puedo hacer.

–¿Ayudarme a devolver los regalos y enviar cartas de disculpa? No lo sé. Nunca me he metido en un lío tan grande.

Cuando estuvo cegada por el deseo hacia Sam y se saltaba las clases tenía al menos la excusa de la juventud. Y solo se había hecho daño a sí misma. Ahora era una mujer madura que había herido a un buen hombre.

–Nunca he tenido que arreglar algo de esta magnitud.

No era de extrañar que Didi y Meg se dejaran llevar en ocasiones por la histeria.

Aunque a Brooke le había parecido en ocasiones que su falta de control encerraba afán de protagonismo, ahora se sentía más tolerante respecto a ellas. Y respecto a sus errores.

Todavía estaba asombrada por el modo en que se había destrozado la vida de un modo tan espectacular a pesar de tener un plan sólido y buenas intenciones.

–Voy a tener que ir a ver a Giff –dijo–. Tengo que devolverle el anillo. Es demasiado caballeroso para pedírmelo, pero no me lo puedo quedar. Y en algún momento tendré que hablar con su madre, aunque quién sabe qué le voy a decir.

–No te arriendo ninguna de las dos ganancias –Kresley se mordió el labio–. Si no te importa que te pregunte, ¿qué hay de Jake?

Brooke exhaló un hondo suspiro.

–Sí, para él tampoco será fácil enfrentarse a los Baker. Cuando colgué con Giff echaba espuma por la boca.

–Me lo imagino, pero no me refería a eso. ¿Qué pasa contigo y con Jake? ¿Tienes pensado volver a hablar con él?

–Ah. No –Brooke apartó la vista y trató de no pensar en Jake para no volverse loca– . No a menos que tenga que escribirle alguna pregunta por correo electrónico antes de que se publique el reportaje. No le interesa tener novia, él mismo lo ha dicho. No quiere hacer planes y le gusta viajar solo. Y además, aunque quisiera, ¿te imaginas qué lío? Giff y él han sido toda la vida los mejores amigos. Esto que ha ocurrido pasará, Giff no es rencoroso.

Pero sería muy extraño que quedaran para salir con sus novias si yo fuera una de ellas.

Kresley asintió.

–Te entiendo. Pero es una pena. Eres una de las personas más estables y confiables que conozco tanto personal como profesionalmente. Que hayas hecho algo tan…

–¿Estúpido y autodestructivo?

–Iba a decir impetuoso. En cualquier caso, debes de sentir algo muy fuerte para haber actuado de esa manera.

Brooke quería negar que sintiera algo. Pero dijo:

–Lo superaré.

Jake le devolvió la sonrisa a la camarera y trató de mostrar algo de calidez a pesar del frío interior del que no había logrado desprenderse durante toda la semana. Esta noche en particular, en la que tendría que haber estado en el Santa Lucia, sentía como si estuviera congelado por dentro.

–Llega a tiempo para el menú especial que tenemos para clientes tempranos –le dijo la joven apartándose la melena del hombro–. Venga por aquí y le llevaré a su mesa.

–¿Tiene sitio en la zona de Maggie?

Al ver que la mujer fruncía el ceño y le miraba desconcertada, lo volvió a intentar.

–¿Meg?

–Ah, claro. Meg es una de nuestras camareras más populares –bajó la voz y adquirió un tono misterioso–. ¿Le gusta?

–No, solo somos amigos –aseguró.

Y con un poco de suerte, aliados. ¿Cabría alguna posibilidad de que ganara a la hermana de Brooke para su causa?

Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. En el trabajo se pasaba el tiempo deseando que hubiera más llamadas para poder distraerse. No quería que fueran accidentes trágicos, por supuesto, sino tal vez algún que otro gato atrapado en un árbol. Sacaba el móvil una docena de veces sin tener nunca muy claro a quién tenía más ganas de llamar, si a Giff o a Brooke. Le parecía que hablar con ella sería más fácil porque al menos ahí sabía que tenía algo de razón. Sabía que en el fondo se sentía tan atraída hacia él como él hacia ella, el beso del sábado lo demostraba.

Si tuviera la oportunidad tal vez podría llegar hasta ella, hacer que considerara al menos la idea de salir con él. Sospechaba que enfrentarse a Giff sería más difícil porque ahí no tenía ninguna razón. No se besaba a la prometida de tu mejor amigo. Aunque el compromiso fuera un error. ¿Echaría tanto de menos Giff a Brooke como él, no dormiría pensando en ella o habría vuelto al trabajo como siempre lamentando que todo hubiera terminado pero sin reaccionar emocionalmente con fuerza? Jake apostaría su casa por lo último. Pero como no se hablaban, no tenía forma de comprobar su teoría.

–Aquí –la camarera le señaló una mesa pequeña para dos y le dio una carta–. Los precios rebajados son válidos siempre y cuando pida antes de la cinco y media. Su camarera vendrá enseguida.

Jake no tuvo que esperar mucho a que Meg apareciera. La sonrisa de bienvenida se le borró en cuanto le reconoció.

–Vaya, vaya –dijo llevándose una mano a la cadera–. Mira quién está aquí.

Él suspiró.

–Supongo que tú también me odias, ¿verdad?

–Trato de no odiar a nadie por aquello del karma, pero no. Le has hecho daño a mi hermana pequeña y por eso me siento tentada a

darte una patada en el trasero, pero…

Aquella última palabra le hizo sentir una esperanza que no había experimentado en toda la semana.

–¿Sí?

–Pero creo que en cierto modo la has despertado. No quiero ofender a tu amigo, pero me parece que estaba sonámbula cuando salía con Giff. Ahora mismo no es feliz, aunque posiblemente ahora tiene más posibilidades de ser realmente feliz que si se hubiera casado con él.

–¡Gracias! –estaba tan agradecido de que alguien viera las cosas desde su mismo punto de vista que podría haberla besado. Pero ya había tenido suficientes problemas por dar besos–. Entonces, ¿le hablarás bien de mí, me ayudarás a convencerla de que hable conmigo?

Parecía que Meg sentía lástima por él cuando sacudió la cabeza.

–No puedo hacer eso, Romeo. Tú has montado este lío y vas a tener que arreglarlo tú solo.

Solo. Estuvo a punto de gritar al escuchar aquella odiosa palabra. Brooke le había calificado de solitario y en el pasado habría estado de acuerdo con ella. Pero no después de esa semana, en la que una soledad desconocida se había apoderado de él. Había perdido a su mejor amigo y había estado por primera vez en su vida a punto de enamorarse, aunque también había perdido eso.

La pregunta ahora era: ¿cómo recuperar a aquellas dos personas?

–No puedo creer que esté aquí –como si buscara apoyo divino, Jake alzó los ojos al cielo. Ni siquiera había llamado antes, así que tal vez no hubiera nadie en casa.

O tal vez eso fuera lo que él deseaba.

«Deja de ser un cobarde y llama a la puerta». El comentario de Giff diciendo que el cumpleaños de Grace era una ocasión familiar le había calado hondo. Jake se había sentido abandonado aquella semana en parte porque también se sentía huérfano. Había sido él quien rechazó las invitaciones de su madre para ir a cenar algún día y ver los cambios que había llevado a cabo su padre, así que, ¿cómo podía acusar a Brooke de ser una cobarde si él no estaba dispuesto a enfrentarse a sus propios padres?

Además, la mención del karma que había hecho Meg le había llegado al alma.

Deseaba de todo corazón que Giff le perdonara. Tal vez él tendría que empezar a perdonar también.

Decidido a seguir adelante, subió las escaleras del porche de dos en dos con pasos largos y decididos. Eran más de las ocho, pero como en

verano los días eran muy largos todavía no había oscurecido. Pensó en llamar al timbre, pero le pareció una estupidez y un acto demasiado formal teniendo en cuenta que había crecido en aquella casa. Así que llamó con los nudillos y se quedó esperando.

Desde el otro lado de la puerta escuchó cómo su madre contenía el aliento cuando le vio por la mirilla. La puerta se abrió con fuerza.

–¡Jake Michael McBride! ¿Eres tú de verdad?

En su recuerdo su madre siempre aparecía encorvada y tenía un aspecto frágil, como si el siguiente golpe duro que le diera la vida fuera a acabar con ella. Aparte de tener los mismos ojos, lo que Jake había heredado, aquella mujer de mejillas sonrojadas no se parecía en nada a la de sus recuerdos.

Se inclinó para abrazarla.

–Estás estupenda, mamá.

–Esto es tan… No recuerdo cuándo fue la última vez que recibí una sorpresa tan grande –de pronto se apartó y le miró con recelo–. Espera, no pasa nada malo, ¿verdad? ¿Se trata de alguna mala noticia que tienes que darme en persona?

–No –entró con ella y cerraron la puerta. El mobiliario de la salita de la entrada no había cambiado, pero ya no había botellas de cerveza a los pies de la silla de su padre ni manchas de whisky en la mesita hexagonal–. No pasa nada malo. Pero ya era hora de que viniera.

–Estoy de acuerdo –su madre le dio un golpecito en el hombro.

Jake inclinó la cabeza.

–¿Cómo está la tía Deb después de la operación?

–Se recupera muy bien –su madre le miró fijamente–. Pero no has cruzado toda la ciudad para preguntarme algo que podrías haber hecho por teléfono. No es que necesites una excusa para venir, siempre eres bienvenido pero… ¿qué te trae realmente por aquí, hijo?

Jake tenía la sensación de que ella ya lo sabía. Su tono era tan compasivo que se le formó un nudo en la garganta.

–Pensé que tal vez… pensé en venir a ver a papá.

–Está en su reunión de los martes –brilló de orgullo–. Nunca se la salta. Es un hombre distinto, Jake.

Jake era escéptico, pero tras comprobar lo mucho que había mejorado su madre resultaba imposible pensar que su padre no hubiera evolucionado también.

–Me alegra oír eso.

Ella le apretó la mano.

–Tienes que prometerme que te quedarás. No tardará mucho y se moriría si te vas antes de que haya vuelto.

–Esperaré –accedió Jake–. No tengo nada que hacer esta noche de todas formas.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de lo insultante que había sonado, pero la señora McBride no pareció molesta.

–Bien, entra en la cocina y prueba mis galletas de nueces.

–¿Las has hecho tú? –ahora que lo mencionaba, sí olía a nueces. Pero no recordaba que su madre cocinara mucho cuando él era niño.

–Sí. Cuando eras pequeño sentía que con dos trabajos no llegaba para comprar todo lo que necesitabas. Te juro que nunca he visto a nadie comer tanto. Y luego tenía que llevarte y recogerte de los entrenamientos. No tenía mucho tiempo para… –dejó la frase sin terminar–. Parece como si te estuviera culpando de mis carencias, pero no es eso lo que quiero decir. Tal vez el problema fue que no saqué tiempo para desarrollar mis aficiones.

Ahora sí lo hago.

–Me alegro por ti –no era de extrañar que pareciera mucho más sana. Seguro que su vida era mucho mejor ahora que su marido estaba sobrio y no tenía que ocuparse diariamente de un adolescente malhumorado.

Sintió una punzada de remordimientos. Había pasado tanto tiempo enfadado con sus padres que nunca se le ocurrió pensar en facilitarle la vida a su madre. Podría haber hecho de vez en cuando la cena o poner una lavadora. Y sin embargo se escapaba cada vez que podía a casa de los Baker, donde vivía la fantasía de tener una familia que no era la suya.

Abrazó a su madre siguiendo un impulso.

–Tú siéntate, yo serviré las galletas con un poco de leche.

–Bien –su madre suspiró. Esta noche estás lleno de sorpresas. Y tú también tienes muy buen aspecto.

Tal vez. Pero no se sentía bien por dentro. Durante un instante lamentó no tener la misma relación que Giff compartía con Grace. Giff siempre le pedía consejo a su madre, pero Jake no sabría ni por dónde empezar.

Y eso era culpa suya. Si hubiera respondido a las iniciativas de su madre, aunque hubiera sido quedar a comer con ella fuera para no ir a su casa y ver a su padre, podría haber cultivado una relación con ella. Entonces tal vez podría contarle lo de Brooke sin sentirse incómodo.

–Mamá –dijo de pronto–. Espero que no te importe, pero tengo pensado venir más a menudo.

–¡Si hubiera sabido que hoy era mi día de suerte habría comprado un décimo de lotería! Creo que la única manera de mejorar esto es que

conocieras a una chica y la trajeras a casa de vez en cuando.

Jake apretó las manos. La imagen de la sonrisa de Brooke le atravesó como un rayo de luz.

–Sí, eso sería estupendo. ¿Quién sabe? Tal vez se me pegue algo de tu reciente buena suerte.

Eran las diez cuando Jake insistió en marcharse, sobre todo por respeto a sus padres, cuya energía parecía estar agotándose.

–Lo siento –dijo su madre con timidez cuando le acompañaron a la puerta–. Nos estamos haciendo mayores. Yo siempre me quedo dormida antes de que empiece el programa de la noche.

–Tú no eres mayor –afirmó el padre de Jake mirándola embelesado–. Eres la mujer más guapa de Houston.

Ella se rio como si tuviera quince años en lugar de cincuenta y abrazó a los dos hombres a la vez.

–Jake, tienes que prometerme que te volveremos a ver antes del Cuatro de Julio. En caso contrario no te dejaré salir.

–Te lo prometo, mamá. Y tal vez… me gustaría invitaros a cenar alguna vez.

Todavía no conocéis mi casa.

Sus padres intercambiaron una mirada.

–Hemos pensado en ello –aseguró su madre–. Queríamos llevarte un regalito para la casa pero no queríamos autoinvitarnos.

Jake tragó saliva.

–Consideraros oficialmente invitados –abrazó a su madre y luego estrechó la mano de su padre, sorprendido al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Te acompañaré al coche –dijo su padre, que tenía que apoyarse en un bastón.

Había una rampa a un lado de la casa que llevaba a la entrada para que no tuviera que utilizar las escaleras.

Cuando estuvieron a solas fuera, su padre empezó a hablarle de Alcohólicos Anónimos.

–Hoy he estado en una reunión. Lo normal es que la gente cuente cómo empezó a beber y qué les llevó a dejarlo finalmente. Sé que cuando eras pequeño querías que lo dejara y tendría que haberlo hecho, no sabes cuánto lamento haberos hecho daño a tu madre y a ti.

»Pero cuando te fuiste me di cuenta de que había dinamitado mi última oportunidad de ser un padre para ti. Y cuando te alistaste en el ejército ni siquiera sabía si volvería a verte. Tuve algunas recaídas, dejarlo no es un proceso fácil. Pero el día que me enteré de que volvías a Texas supe que había tomado la decisión correcta. Sentí

como si tuviera una segunda oportunidad y cada vez me resulta más fácil no pensar en beber.

–Lo estás haciendo muy bien, papá. Me siento muy orgulloso de ti.

Su padre lloraba ahora abiertamente, y a Jake le sorprendió ver que él también tenía los ojos húmedos.

–Yo… tendría que irme.

El señor McBride asintió.

–No te alejes tanto tiempo.

–No lo haré.

Ya no. Sentía como si le hubiera sucedido un milagro, como si hubiera sido bendecido de pronto con la madre cálida y el padre responsable que siempre quiso tener.

Condujo hasta su casa algo desconcertado pensando en el otoño y preguntándose por primera vez cómo se plantearía las vacaciones. Como era soltero y no tenía hijos ni fuertes lazos familiares, siempre se había presentado voluntario para hacer turnos extra y que los demás pudieran pasar más tiempo con sus seres queridos. Este año quería ser más egoísta. Lo único que le hacía sonreír aparte de la idea de que su madre preparara tarta de calabaza era la esperanza de que para Acción de Gracias Brooke ya le hablara otra vez.

Después de aquella noche sentía que todo era posible. Y cuando paró el coche en la entrada de su casa le pareció que el universo respondía a sus pensamientos positivos.

–Que me aspen.

El coche de Giff estaba aparcado cerca de su casa, y el propio Giff estaba recostado en el capó mirando las estrellas. No parecía estar preparándose para la segunda ronda del combate.

Confiando en que todo fuera bien, Jake salió del coche.

–Menuda vista tienes aquí –dijo Giff–. Se me había olvidado cómo eran las noches estrelladas.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –le preguntó Jake.

–Unos quince minutos. Mamá me obligó a traerte un trozo de tarta. Está en el coche, por si la quieres.

¿Así que Grace había obligado a su hijo a ir? No era tan alentador como si se le hubiera ocurrido al propio Giff, pero era un comienzo.

–Lo cierto es que estoy lleno. Mi madre me ha llenado de galletas de nueces.

Giff se apoyó en un codo.

–¿Has ido a ver a tu madre? ¿En serio?

–Y también a mi padre. Están estupendos.

Giff soltó un silbido.

–No creí que llegaría a ver este día. Mi madre decía que teníamos

que tener paciencia, pero ella siempre está dispuesta a pensar lo mejor de ti. Sinceramente, yo no creía que fueras capaz de dejar de mirarte el ombligo.

Jake estaba impactado, pero no por el cinismo con que Giff le estaba hablando, sino porque su amigo nunca había expresado ninguna opinión sobre el tema de sus padres.

Nunca antes se había mostrado crítico al respecto.

–Creí que entendías por qué no sentía nostalgia de mi hogar. Las pocas veces que viniste a mi casa cuando éramos pequeños viste cómo era.

–Sí, cuando éramos pequeños. Pero tu madre lleva tiempo diciéndote que tu padre está limpio y a mí me daba rabia que no le dieras siquiera una oportunidad. ¿Sabes lo que yo daría por tener un día más con mi padre, por preguntarle su opinión sobre mi vida o simplemente por ver un partido con él? Tenías una oportunidad por la que yo hubiera vendido mi alma y nunca la aprovechaste. Estaba resentido contigo por ello.

Jake se quedó asombrado. ¿Giff Baker celoso de él?

Giff se bajó del capó del coche.

–Fui consciente hace mucho tiempo de que mi padre no conocería a mis hijos. Y

cuando mi madre enfermó empecé a pensar que ella tampoco. Al conocer a Brooke me pareció tan perfecta, tan adecuada para mí que me dejé llevar. Pasé de preguntarme si estaba enamorado a imaginarme la cara de mi madre el día de mi boda y lo feliz que sería abrazando a su nieto. Puede que me saltara un par de pasos.

–Pero eso no excusa lo que hice –aseguró Jake.

–No. Pero mi madre es de la opinión de que ahora soy yo quien se está mirando el ombligo. Ya he perdido a mi padre y he estado a punto de perder a mi madre. Sería un idiota si estuviera dispuesto a sacrificar también a lo más parecido a un hermano que he tenido nunca.

El alivio de Jake fue demasiado poderoso, demasiado grande para expresarlo con palabras. Asintió repetidamente con la cabeza sin saber por qué y finalmente gimió:

–Gracias.

–La vi ayer. A Brooke. Me dio algunas cosas que tenías mías, incluido el anillo. Y

me sentí mal por ella. Parece que la pobre lo está pasando mal. Pero a eso voy, solo hubo unas palabras de consuelo y luego «ah, así que ahí estaban mis gafas de sol». Si la hubiera amado lo suficiente

como para casarme con ella entonces tendría que haber habido mucho más, ¿no es cierto? Rabia, dolor, el preguntarme si debía luchar por recuperarla…

Jake, que quería andarse con mucho cuidado, se limitó a decir:

–Supongo.

Giff se metió las manos en los bolsillos y le miró fijamente.

–La gran pregunta ahora es: ¿a ti te importa lo bastante como para luchar por ella?

–¿Te refieres a pelearme contigo?

–No, idiota –Giff soltó una carcajada–. Me refiero a la gala temática de *El sueño de una noche de verano* que se va a celebrar el sábado para recaudar fondos para la lucha contra la leucemia infantil. Brooke lo cubrirá para la sección de sociedad. Y resulta que tengo una entrada que no voy a utilizar.

Jake estaba noqueado.

–¿Harías eso por mí?

–Solo voy a darte una entrada, amigo. O te hundes o sales nadando solo. Si ocurre lo primero, me reservo el derecho a alegrarme de tu caída.

–Trato hecho.

CAPÍTULO 16

–¡KRESLEY, me siento una idiota! –Brooke se revolvió en el banco antiguo y mantuvo el tono de voz bajo para no ofender a alguna dama de la alta sociedad–. Una idiota con peluca. ¿Por qué le dijiste a Sugar que estaba de acuerdo en venir disfrazada?

Sugar Reese-Archibald, hija de un millonario y esposa de otro, era la organizadora de la gala de aquella noche.

–Es un baile de disfraces. Y no me lo preguntó, lo dio por hecho.

Lo cierto era que había funcionado. La mayoría de las mujeres iban disfrazadas, pero la mayor parte de los hombres había escogido ir de esmoquin.

–Mézclate con la gente –le aconsejó Kresley–. Hay cosas peores que pasar la noche en un lujoso salón de baile rodeada de hombres ricos y fuentes de champán.

–¿Ah, sí? No he visto que saltaras ante la oportunidad.

Sabía que estaba rozando la mala educación, pero le costaba trabajo estar de humor para ir a una fiesta. La última de las dificultades de aquella semana. También le estaba costando trabajo dormir, comer y pasar más de un minuto sin pensar en Jake.

–Estoy muy embarazada –le recordó Kresley. Nadie quiere ver este cuerpo con medias brillantes y disfraz de hada. Además, los invitados se sentirán más cómodos contigo. Muchos te conocen por las bodas de sociedad o por…

Por Giff. La mayoría de la gente que podía permitirse pagar la entrada a aquella gala eran socios suyos. En un principio tenían pensado acudir como pareja. Cuando le devolvió el anillo, Giff le dijo que no tenía pensado ir. Brooke sospechaba que se debía a que sabía que ella estaría allí trabajando para el periódico.

–De acuerdo –dijo con resolución–. Ya voy. Y me mostraré ingeniosa y alegre.

–Estoy orgullosa de ti. Y por cierto, el reportaje sobre Jake quedó fantástico. Ya he recibido correos electrónicos de varias personas.

Eso ponía sin dudas las cosas en perspectiva. Lo que quedaba de noche no podía ser tan doloroso como lo había sido escribir aquel reportaje. Había sido como abrirse el corazón con un bolígrafo.

Tras despedirse, Brooke se puse de pie y comprobó cómo tenía el maquillaje en un enorme espejo oval. Llevaba los ojos y los labios del mismo tono lavanda, y había dejado que Meg le pusiera brillantina en la cara, el cuello y los brazos. El vestido que había escogido era muy sencillo, blanco, con los hombros descubiertos y con una falda abullonada con hilos plateados. Pero la corona de flores se la caía

constantemente de la cabeza, por no hablar de las malditas alas, que le estaban poniendo muy nerviosa.

Cuando regresó al salón de baile aceptó la copa de champán que le ofreció un camarero y acababa de dar el primer sorbo cuando alguien le dio una palmadita en el hombro.

Sugar le había presentado a mucha gente, benefactores importantes que querían asegurarse de que sus nombres aparecieran en el periódico. Así que esperaba encontrarse con uno de ellos cuando se dio la vuelta.

–¡Jake! –estuvo a punto de derramar el champán–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Buscarte –se limitó a contestar él con una sonrisa–. Y me alegro mucho de haberte encontrado.

Aquello era peor que las pesadillas en las que no encontraba la clase en la que se iba a examinar y entonces se daba cuenta de que estaba desnuda en medio del pasillo del colegio.

Ninguna mujer que llevara unas alas puestas debería encontrarse con un hombre de su pasado.

Brooke miró fijamente el esmoquin de Jake.

–Es una pena que nadie te haya dicho que es un baile de disfraces temático. Podrías haber venido disfrazado de príncipe que se transforma en burro –le dijo con falsa dulzura.

Lo cierto era que estaba dolorosamente guapo. Mirarle era como mirar al sol, pero no podía apartar la vista de él. Clavó los ojos en su rostro como si quisiera memorizar todo de él por si volvían a separarse. Le había echado mucho de menos. Aunque había insistido ante Meg y Kresley que lo que más infelicidad le provocaba era haber cancelado la boda, lo cierto era que con Jake delante no podía negar la verdad.

–Te dije que no quería verte –le dijo vacilante.

–Lo sé –murmuró Jake–. Pero confiaba en hacerte cambiar de opinión. Y en que bailaras conmigo.

–De acuerdo –bailar le daba la posibilidad socialmente aceptable de seguir cerca de él sin tener que mantener una conversación coherente.

Podría decirle muchas cosas, pero ninguna le parecía adecuada. Con la mano en la suya, la magia de aquella gala de *El sueño de una noche de verano* empezó a hacer efecto.

No podía creer que estuviera otra vez en brazos de Jake, y que ahora pudiera disfrutar de ello sin sentirse culpable. La sostenía más cerca de lo que debería, y Brooke disfrutó de los musculosos contornos

que se adivinaban bajo la chaqueta y la corbata de lazo.

–¿Cómo sabías que estaría aquí? –murmuró en voz baja por temor a que un tono normal rompiera el hechizo.

–¿Sientes que te haya encontrado?

–No –incluso las malditas alas de hada valían la pena por conseguir aquello a cambio–. Solo tengo curiosidad.

–Me lo dijo Giff.

Brooke perdió el paso y estuvo a punto de tropezarse, pero Jake la sostuvo.

–Está claro que es mejor hombre que yo –continuó Jake–, porque si yo te hubiera perdido… aunque no puedo perderte porque no eres mía –admitió.

Pero la deseaba. Eso quedaba claro en su mirada.

–Tengo algo que preguntarte, Brooke.

–¿S-sí?

–¿Querrás cenar conmigo la semana que viene? No porque tengas que escribir un artículo ni porque tengas que hacerle un favor a nadie, sino simplemente porque quieras estar conmigo.

¿Cuándo habían dejado de bailar?

–Sí quiero –respondió ella mordiéndose el labio inferior. El pulso le latía con fuerza–. Me apetece mucho.

Los labios de Jake rozaron los suyos, fue solo un contacto fugaz. Luego se dirigió hacia el lóbulo de la oreja, provocando que se estremeciera entre sus brazos.

–¿Quieres que salgamos de aquí?

Cualquier sitio en el que estuvieran solos sería el paraíso para ella.

–Sí, por Dios.

–Confiaba en que dijeras eso.

Una vez fuera del salón de baile, en la penumbra del pasillo, Jake fue incapaz de resistir el impulso de volver a besarla, esa vez de verdad. Fue un beso con todo el cuerpo, sin restricciones. Los dos jadeaban cuando pararon para tomar aire.

–¿Y ahora qué? –preguntó ella gimiendo suavemente cuando Jake le deslizó los labios por el cuello–. ¿En tu casa o en la mía? ¿En qué coche vamos? Ahora mismo no me acuerdo ni de dónde he aparcado.

–Podríamos reservar una habitación aquí –a Jake le sorprendió su propia audacia.

Era demasiado pronto, demasiado arriesgado. ¿Y si Brooke se ofendía con la sugerencia?

Pero tenía los ojos brillantes como el zafiro derretido y solo tardó un segundo en responder:

–Perfecto.

Los minutos que pasaron en el mostrador de recepción transcurrieron en medio de una nebulosa mientras Jake trataba inútilmente de entender su buena fortuna. Antes de que se diera cuenta, Brooke y él estaban en una habitación en penumbra, y todavía no entendía cómo ni cuándo había conseguido que le perdonara.

–¿Ya no estás enfadada conmigo por haberte besado? –insistió.

Ella le agarró las solapas de la chaqueta.

–Lo cierto es que confiaba en que me besaras más.

Jake le sujetó la nuca.

–Haré todo lo que tú quieras.

–¿Todo? –ronroneó ella–. ¿Crees que podrías ayudarme a quitarme las alas?

Él se rio entre dientes y obedeció, tomándose también su tiempo para quitarse él la chaqueta. Las prendas de ropa cayeron al suelo entre besos y Jake se vio recompensado con una imagen inesperada que conservaría para siempre en la memoria: la de Brooke vestida únicamente con unos zapatos de tacón brillante, una corona de flores y una sonrisa pícara.

La acostó sobre la cama con el propósito de besar cada centímetro de su piel.

–No te merezco –murmuró sobre su ombligo.

Brooke le habría dicho que estaba equivocado, pero no podía hablar. La boca de Jake la estaba volviendo loca. No tenía palabras ni podía pensar con claridad. No se sentía cohibida ni tenía ningún plan. No había filtros. Estaba desnuda ante él en todos los sentidos posibles. Las sensaciones que Jake había despertado bajo su piel la abrumaban, urgiéndola a alcanzar el orgasmo.

Gritó, impactada por la intensidad de lo que había experimentado. Pero entonces Jake volvió a besarla y el anhelo que tendría que haberse saciado empezó a despuntar de nuevo. Jake murmuró su nombre y se deslizó en su interior sin tratar de calmarla cuando Brooke marcó un ritmo frenético y salvaje que les llevó a ambos hacia el abismo.

Se sentía liberada de su cuerpo. Veía puntos brillantes y sentía que no volvería a sentir aire en los pulmones.

–Te amo.

Estaba todavía tan aturdida por aquel acto sexual tan arrebatador que tardó unos instantes en darse cuenta de que había pronunciado aquellas palabras.

–Oh, Dios –se apartó de él. ¿Había perdido la cabeza?–. No tendría que haber dicho eso.

Jake no parecía confundido por sus impulsivas palabras. Al contrario, sonreía.

–Yo también te amo.

–No, no –se acercó al borde de la cama llevándose la sábana–. Estaba confundida por este momento de sexo tan intenso. Yo no… esa no era yo.

–Claro que sí –aseguró Jake sin dejar de sonreír–. Lo sé porque yo estaba ahí.

–Nos hemos dejado llevar –el pánico creció dentro de ella. Todas las emociones que había tratado de reprimir surgieron de pronto como una ola.

Había hecho algo más que «dejarse llevar». Había perdido completamente el juicio.

Hacía menos de una semana que había puesto fin a su compromiso y ya se había metido en la cama de otro hombre al que además le había dicho que le amaba.

Era una versión de pesadilla de sí misma, la que siempre temía ver algún día en el espejo. La soñadora apasionada que haría parecer a Meg y a Didi racionales a su lado.

Aspiró con fuerza el aire y trató de encontrar la calma interior.

–Jake, tú me importas, pero…

–Es más que eso –él le apartó un mechón de pelo–. No intentes que parezca menos de lo que es.

–¡No me agobies! Solo nos conocemos desde hace poco más de un mes.

Jake alzó una ceja pero le ahorró la vergüenza de comentar que se había prometido después de solo dos meses. Se limitó a sacudir la cabeza sonriendo.

–Estoy demasiado relajado para pelearme. Ven a la cama y ya hablaremos de esto por la mañana.

Brooke dudaba mucho que fuera capaz de tenerle tan cerca durante tanto tiempo sin lanzarse otra vez sobre él. Era un enemigo para su fuerza de voluntad y para su capacidad de pensar.

–Jake –le dijo con voz pausada–, necesito tiempo para procesarlo. Y es mejor que no volvamos a hacer el amor. Al menos durante un tiempo.

Él abrió la boca estupefacto.

–No me lo puedo creer. Nos ha ido de maravilla.

–Esto no es un rechazo –trató ella de tranquilizarle.

Teniendo en cuenta que había vuelto a ponerse el vestido y que estaba buscando los zapatos por toda la habitación, no lo parecía.

–Solo necesito… –continuó ella.

–¿Meter tus sentimientos en una caja? ¿Controlarte de un modo inhumano? Quiero estar contigo, Brooke. Pero quiero que estemos juntos de un modo libre y sincero. La relación que puedas tener conmigo no será tan cordial y aséptica como la que tuviste con…

como la que tuviste antes. Será una relación real, imperfecta y maravillosa.

Brooke le creía.

–No sé si estoy preparada para eso –admitió–. Haces que suene muy bien, pero nunca he querido pasión y arrebatos.

–Entonces, ¿no me quieres a mí? –le preguntó él con cierto tono de vulnerabilidad en la voz.

–No es eso y lo sabes. Solo quiero tomarme las cosas con calma, pensármelo bien.

–De acuerdo –Jake apartó la vista–. Pero tengo la sensación de que siempre estás buscando excusas. Estás demasiado ocupada pensando que te olvidas de vivir. Y si no tienes cuidado, la vida pasará de largo.

Brooke trató de mimarse el domingo. Se levantó tarde y se preparó unas tortitas con fresas y azúcar. Pero nada de lo que hiciera sola iba a resultar tan reconfortante como lo que había compartido con Jake la noche anterior. Estaba desconcertada.

Cuando sonó el teléfono, dio un respingo. ¿Podría tratarse de Jake? Aunque tuviera decisiones que tomar, tenía muy claro que quería oír su voz.

Pero era Kresley.

–¿Estás viendo las noticias locales?

–No, ¿por qué? –Brooke agarró el mando de la televisión.

–Y supongo que no sabes si Jake trabaja hoy, ¿verdad?

Brooke contuvo el aliento cuando encendió la televisión y la imagen de unas llamas llenó la pantalla. La voz de un locutor explicaba que se había producido un incendio a primera hora de la mañana en un edificio de apartamentos mucho más antiguo que el de Brooke.

La noticia mostraba imágenes de bomberos uniformados luchando contra el fuego.

Resultaba imposible reconocer a nadie con el equipamiento.

–No creo que esté ahí –aseguró Brooke–. Esta mañana no trabajaba.

Jake había querido despertarse con ella aquella mañana en la cama de hotel donde Brooke había disfrutado del mejor sexo de su vida. Si se hubiera quedado ahora mismo sabría que estaba a salvo en lugar de

estar mirando la pantalla rezando para que así fuera.

–¿Crees que habrán pedido refuerzos? –preguntó Kresley con cautela–. Parece que les vendrían bien.

–¿Tenemos a alguien cubriendo la noticia? –preguntó Brooke consciente de que su amiga tenía razón.

–Sí. Whalen está allí.

–Quiero reunirme con él –aseguró–. No sé si Jake estará allí, pero por si acaso quiero estar cerca. No te preocupes, me mantendré alejada del peligro.

–De acuerdo. Llámame si sabes algo más.

Brooke estaba todavía a varias manzanas del edificio de apartamentos cuando empezaron a arderle los ojos y a quemarle la garganta. Una enorme columna negra de aspecto siniestro se alzaba hacia el cielo.

Whalen la esperaba en el perímetro donde se agolpaba la gente.

–Kresley me avisó de que venías. Creen que ha sido un cortocircuito lo que ha provocado el fuego, pero no están seguros. El jefe de bomberos dice que ya está bajo control.

–¿Podemos acercarnos un poco más? –preguntó ella.

Mostrando sus credenciales de prensa, Whalen se abrió paso entre la gente que se había congregado allí. Aunque estaban a una distancia segura, Brooke sintió el brutal calor en la piel.

–Oh, Dios, creo que le conozco –no estaba completamente segura, pero le dio la impresión de que el hombre que acababa de quitarse el casco era Ben Hoskins, el joven bombero que había coqueteado con ella cuando fue a visitar a…

–¿Brooke?

No fue Hoskins quien la reconoció detrás de la cinta que marcaba el perímetro de seguridad, sino Jake, que también estaba al otro lado, en la zona segura.

Gracias a Dios.

–¡Estás a salvo! –exclamó corriendo hacia él a través de la gente.

Cuando llegó a su lado le echó los brazos al cuello y le cubrió la cara de besos.

–Oh, Dios, me alegro tanto de verte… he visto el incendio en las noticias y…

–Estoy bien –le prometió él tomándole las mejillas y besándola directamente en la boca–. Pero no deberías aparecer a toda prisa en un incendio cada vez que salga en las noticias. No podría trabajar porque estaría preocupado por ti.

–Pero ahora no estás trabajando, ¿no?

–Vine para ver si necesitaban ayuda. Tengo que ir a buscar mi

equipación y luego volveré. Se va a necesitar bastante tiempo para apagar esto. ¿Por qué no te vas a casa y te llamo esta noche?

Brooke no quería estar en su casa preocupándose por la seguridad de Jake. Sabía que era una petición extraña, pero no pudo evitar preguntarle:

–¿Puedo esperar en el parque de bomberos?

Jake la miró pensativo.

–¿Y si esperas en mi casa? Sé que nunca has estado ahí, pero…

–Gracias –le interrumpió ella–. No puedo explicar por qué, pero estar ahí hará que me sienta más tranquila respecto a tu seguridad.

Jake no sabía qué esperar cuando entró por la puerta de su casa. Se había llevado una sorpresa al ver a Brooke aquella mañana en el incendio, y se quedó más sorprendido todavía cuando le dijo que prefería esperar en su casa. Así que le dio la dirección y la llave y la dejó ir.

La noche anterior había salido prácticamente huyendo después de hacer el amor. Tal vez la había juzgado con demasiada dureza y realmente necesitaba algo de tiempo a solas para pensar en todo.

–¿Hola?

–En la cocina –respondió Brooke.

Su casa era tan pequeña que con unos cuantos pasos atravesó el salón y entró en la cocina. Una tetera humeaba en el fuego y Brooke estaba mirando la despensa. Y entonces Jake sintió una punzada en el pecho ante aquella imagen de paz doméstica.

Brooke se giró hacia él con la felicidad reflejada en el rostro.

–Me alegro mucho de que estés bien. Gracias por llamarme desde el parque de bomberos.

–No quería que te preocuparas.

Brooke señaló hacia la despensa.

–Tenía pensado hacerte la cena tras un día tan duro, pero me faltan al menos dos ingredientes básicos para todas las recetas que sé cocinar.

–Me conformo con un abrazo tras un día duro –sugirió.

–No sabía que los tipos duros necesitaran abrazos –le dijo ella abrazándole antes de besarle con dulzura.

Jake sintió de pronto el anhelo de que todos sus días fueran así, cruzar una puerta y saber que ella estaría allí esperándole al otro lado. Los besos pasaron de tiernos a juguetones y de ahí a directamente sexuales. Y justo cuando estaba pensando en llevársela al sofá del salón, Brooke se apartó.

–Tienes que estar cansado después del día de hoy –dijo con

timidez–. ¿Quieres sentarte? Estaba haciendo té. ¿Te sirvo una taza?

–Sí. ¿Qué es esto? –preguntó él mirando un bloc de notas con páginas dobladas y escritas.

–Espero que no te importe, no he traído mi ordenador portátil y vi el bloc al lado del teléfono. Puedo comprarte otro.

Jake se rio.

–Podemos llegar a un acuerdo.

–Puede ser –Brooke se sonrojó al decirlo, pero sus ojos tenían un brillo travieso–. El caso es que se me ocurrieron algunas cosas y quería escribirlas antes de que se me olvidaran. Me ha ayudado a pasar el tiempo.

Jake extendió la mano hacia el bloc.

–¿Puedo leerlo?

–¡No! –Brooke se aclaró la garganta–. Quiero decir, algún día, cuando haya cobrado forma de artículo. Ahora mismo son solo notas de algunas ideas. Me gusta trabajar en el periódico, sé que no voy a ganar el Pulitzer con las notas sobre bodas, pero es entretenido.

Brooke dejó una taza delante de él y luego se sentó a su lado con las piernas encogidas. Parecía una estudiante universitaria más que una mujer de treinta años.

–Así que no quiero dejarlo, pero he estado pensando… Puedo conservar mi trabajo y probar otras cosas, ¿verdad? Nada me impide escribir en mi tiempo libre. Tal vez solo obtenga rechazos, pero el trabajo diario seguirá pagando las facturas. Y también alguna que otra copa medicinal.

Jake se rio.

–Me parece una gran idea.

–Esperaba que dijeras eso. ¿Te acuerdas cuando hablamos de escribir sobre viajes?

Él asintió.

–¿Qué te parecería que fuera contigo a Hawái?

Jake estaba demasiado asombrado para responder. ¿Qué había sido de la necesidad de espacio y de tiempo de Brooke?

–Esta vez no escribiría sobre ti –le aclaró nerviosa–. Y desde luego no espero viajar gratis. Yo…

–Brooke, estoy bien. Hoy no he corrido peligro mortal. Ni siquiera he resultado herido. No tienes que cruzar el océano conmigo solo porque te sientes aliviada.

A ella le tembló el labio inferior.

–¿Te estoy agobiando?

–No es eso. Agóbiame todo lo que quieras. Lo importante es que

estés segura de que eso es lo que tú quieres. Por ejemplo, anoche creí que estábamos en el mismo barco…

hasta que saliste corriendo por la puerta.

–Lo siento –reconoció Brooke–. No tengo mucha experiencia en esa área y no tenía muy claro cómo actuar. No tenía planeado decirte que te amaba y luego no supe cómo echarme atrás. Pero hoy he estado pensando mucho.

–¿Por el incendio? –preguntó Jake.

Ella se encogió de hombros.

–Sí, tal vez. Pero el hecho de que a veces sea necesario un suceso externo para tener una revelación no convierte esa revelación en menos cierta. Cuando iba en coche hacia el edificio de apartamentos en llamas estaba preocupada por ti, claro, pero también me di cuenta de que me alegraba de haberte dicho anoche lo que siento. Si hoy te hubiera pasado algo…

Se estremeció al decirlo y Jake extendió la mano por encima de la mesa para apretarle la suya.

Brooke aspiró con fuerza el aire y volvió a intentarlo.

–La vida es incierta. Una vez me dijiste que quien trata de actuar como si no lo fuera o está negando su esencia o es un cobarde.

Jake se estremeció al escuchar sus propias palabras repetidas. Le sonaron demasiado ásperas.

–Brooke…

–No, tenías razón. No estoy diciendo que todos debamos vivir en la anarquía – aclaró–, pero tengo que aceptar que mis sentimientos no van a ser siempre predecibles y que no todas mis relaciones van a seguir los términos y condiciones que soñaba cuando tenía doce años porque creía que así estaría segura.

–Eras una niña con las cosas muy claras.

Ella se rio.

–En cualquier caso, si mañana me cae un meteorito encima no quiero irme sin que la gente que me importa sepa lo que siento por mi temor a decírselo. Te amo. Suena muy loco al decirlo en voz alta. Somos muy diferentes, ¿verdad? Pero creo que ya he sido sensata demasiado tiempo.

Jake se sentía el hombre más afortunado del mundo. Una oleada de felicidad se le subió al pecho.

Brooke se bajó de la silla y él la sentó en su regazo.

–Yo también te amo –dijo–. Pero podemos ir con calma si te entra miedo.

–Eso ya no me preocupa –le dijo alzando la cara hacia la suya–. Tú me haces ser valiente.

«Y tú me haces más feliz de lo que nunca creí posible ».

No se lo dijo en voz alta en aquel momento porque estaba demasiado ocupado besándola, pero se lo diría más adelante. Y muchas veces.

EPÍLOGO

LOS gritos que se oían al otro lado del teléfono eran tan altos que Brooke se apartó el auricular de la oreja. Jake, que estaba en el balcón leyendo una pieza humorística que ella había escrito sobre las lunas de miel, se estremeció también.

–¿Te has fugado para casarte? –preguntó Meg con unos decibelios atronadores–.

¿Tú?

–Algunas madres les prestan a sus hijas su vestido de boda. Supongo que nuestra madre me ha prestado a mí esta pintoresca tradición –sonrió–. Ha sido algo muy apasionado y romántico.

Aquello hizo que el hombre que era su marido desde hacía cuarenta y ocho horas levantara los pulgares. Tendrían que haber llamado a la familia el día anterior para contarles la noticia, pero… habían estado ocupados. A los padres de Jake, dos personas encantadoras a las que ya adoraba, no les había sorprendido el anuncio y le habían dado la bienvenida a la familia con mucho cariño.

–Celebraremos una gran fiesta cuando volvamos –dijo Brooke–. ¿Quieres ayudarme?

Meg, cuya última aventura empresarial era un negocio de organización de eventos, se rio encantada.

–Si sale bien tienes que dejarme utilizarla como carta de presentación. Y ahora que te apellidas McBride, la gente no sabrá siquiera que somos familia.

Brooke McBride. Sonrió estúpidamente, encantada con su nuevo nombre. Durante las últimas seis semanas en las que había estado saliendo con Jake había decidido que quería pasar el resto de su vida con él, pero le costaba trabajo emocionarse con la idea de comprar otro vestido y enviar invitaciones. Y aunque Giff estaba siendo un santo respecto a su relación, ni a ella ni a Jake se les ocurriría pedirle que fuera el padrino de su boda.

Así que cuando Jake comentó medio en broma que podrían casarse en secreto durante su viaje a las islas, Brooke decidió que era una oportunidad perfecta del destino.

–¿Has hecho fotos? ¿Se lo has contado ya a papá y mamá?

–Sí a las dos cosas. Te daré los detalles cuando vuelva a casa – prometió Brooke–.

Pero tengo que hacer otras llamadas.

–De acuerdo. Dale a tu guapo marido un abrazo de mi parte.

–Lo haré –Brooke colgó y fue a reunirse con Jake bajo la brisa tropical–. Por si no te lo he dicho en los últimos cinco minutos, te amo.

–Lo mismo digo –Jake la besó apasionadamente y luego la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Brooke se rio.

–¿Te das cuenta de que te quedan otros veinte estados por visitar? Y has puesto el listón muy alto. Va a ser imposible superar este viaje.

Jake movió las cejas y dijo:

–Tengo algunas ideas. ¿Quieres oírlas?

Brooke negó con la cabeza.

–Sorpréndeme.